Campanas de Nagasaki

Takashi Nagai (1908-1951)

Traducción por Froilán León

Sobre el autor

Por Froilán León

Takashi Nagai (1908-1951) es recordado hoy como médico, científico y sobreviviente de la bomba atómica de Nagasaki. Pero su figura no puede comprenderse sin penetrar en el centro luminoso de su vida: su fe católica. En él, ciencia y caridad, tragedia y esperanza, muerte y resurrección se unieron en una síntesis profundamente cristiana.

Nagai nació en el seno de un Japón aún permeado de sintoísmo y tradiciones ancestrales. De formación racionalista, se apasionó desde joven por la medicina y la física, convencido de que la ciencia era el camino más seguro hacia la verdad. Su mente entrenada en el análisis parecía alejarlo de toda religión. Sin embargo, su espíritu no estaba en paz. Durante sus años universitarios en Nagasaki, comenzó a sospechar que la razón por sí sola no alcanzaba a explicar la totalidad de la existencia humana, su origen, su sufrimiento y su destino.

Viviendo en la ciudad donde los cristianos perseguidos habían preservado clandestinamente la fe durante siglos, Nagai entró en contacto por primera vez con una comunidad católica viva. El encuentro con esta fe - prohibida y perseguida durante casi 300 años - lo cuestionó profundamente. La fortaleza silenciosa de aquellos creyentes, su vida de oración, su caridad, su humildad, lo llevaron a preguntarse qué fuerza interior los movía.

La lectura de Pascal - otro importante científico convertido al cristianismo - terminó de despertar su alma. De Pascal aprendería que la fe no contradice a la razón, sino que la lleva más lejos.

En Nagai, la conversión no fue un acto emocional repentino, sino una purificación progresiva de su inteligencia y su corazón. La muerte de su madre, cuando él estaba lejos, fue un golpe devastador que quebró su autosuficiencia científica. Comprendió, como él mismo diría, que “la ciencia cura, pero no salva”. La medicina puede aliviar el cuerpo, pero no toca el misterio de la muerte ni la sed de eternidad.

En medio de esta crisis interior, encontró una guía inesperada: Midori, una joven católica de una familia descendiente de los “cristianos ocultos”. Esta joven que vivía la fe con un amor sereno, acercó poco a poco a Nagai a la fé verdadera.

Su encuentro con Cristo culminó en 1934, cuando fue bautizado. Dejó escrito que en ese momento sintió “una luz nueva penetrar en su interior”, una luz que no anulaba su intelecto, sino que lo hacía completo. A partir de entonces, enfrentaría todo -la guerra, la enfermedad, la destrucción atómica- con la certeza de que Dios es Amor.

Ya convertido, Nagai trabajaba como radiólogo, aun sabiendo que la exposición prolongada a la radiación podía matarlo. Su vida profesional estaba impregnada de caridad: atendía a los pobres, visitaba a los enfermos, consolaba a las familias. Poco antes de la guerra, a causa de años de trabajo con rayos X, le diagnosticaron leucemia terminal. Le daban pocos años de vida.

Este sufrimiento se convirtió para él en un camino de purificación espiritual. En su diario escribió que la enfermedad era “la visita discreta de Cristo”, invitándolo a unirse a su cruz. No la buscó —nadie busca el dolor—, pero la ofreció con amor, descubriendo que el sufrimiento aceptado con Cristo se convierte en fuente de vida.

El 9 de agosto de 1945, la bomba atómica destruyó Nagasaki. En un instante, la ciudad cristiana más antigua del Japón quedó reducida a un infierno incandescente. Nagai, herido por los fragmentos de vidrio que le perforaron la arteria temporal, corrió al epicentro para socorrer a los heridos. Allí encontró los restos carbonizados de innumerables personas que, en pocos segundos, se convirtieron en víctimas del fuego nuclear.
Entre ellos estaba Midori, su esposa. Su muerte fue para Nagai el golpe más duro de su vida. Pero incluso entonces, su fe permaneció firme. Nagai afirmaba que Nagasaki ha sido ofrecida como holocausto. Interpretando así, desde el cristianismo, que el sacrificio humano —injusto, terrible— podía ser ofrecido a Dios por la paz del mundo. Allí donde muchos veían solo destrucción, él veía una posibilidad de redención.

Después de la bomba, Nagai vivió en una pequeña cabaña. Desde allí escribió, oró, consoló y ayudó a reconstruir espiritualmente a los sobrevivientes. Nagai encontró en su fe católica la fuerza para transformar la tragedia en esperanza.

Sus escritos —como su libro Las campanas de Nagasaki — no son simples reflexiones humanas: están cargados de teología vivida. En ellos resuena una misma convicción:
el mal no tiene la última palabra, porque Cristo ha vencido a la muerte.

Aun cuando el dolor físico lo consumía, recibía a visitantes, rezaba el rosario, participaba en la misa y repetía que cada día era un regalo de Dios. Su fe no era sentimentalismo ni evasión: era una entrega total. Sabía que moriría pronto, pero esperaba la muerte como encuentro, no como tragedia.

Takashi Nagai murió en 1951 rodeado del cariño de sus hijos y de la comunidad cristiana. Su rostro, según testigos, parecía sereno y luminoso. Había cumplido su misión: vivir la ciencia con caridad, la enfermedad con esperanza, la tragedia con fe, y la muerte con amor.

1) Justo antes

Era el 9 de agosto de 1945. Como de costumbre, el sol salió tranquilamente detrás del monte Kompira; y la hermosa Urakami dio la bienvenida a su última mañana. A lo largo del río, las chimeneas de las fábricas de municiones arrojaban humo blanco. Los tejados de tejas del distrito comercial junto a la calle principal parecían ondas violetas. Desde el barrio residencial de la colina se elevaba el humo que hablaba de familias felices reunidas para desayunar. Los campos en terrazas en la ladera de la montaña brillaban mientras el rocío brillaba sobre las batatas. En la primera catedral de Asia, multitudes de cristianos, vestidos con velos blancos, oraron y repararon los pecados del mundo.

En la Universidad de Nagasaki, las clases comenzaban puntualmente a las 8 de la mañana. "¡Lucha y estudia!" era el lema del Ejército Nacional Voluntario. Y cada clase, cada instituto de investigación, cada edificio hospitalario se organizó en un cuerpo de socorro, cada uno con su propia tarea específica. Profesores y estudiantes vestidos con trajes antiaéreos y con botiquines de primeros auxilios a su lado se dedicaron a conferencias, a estudiar, a curar a los enfermos. En caso de emergencia, cada uno estaba en su puesto para ayudar a las víctimas de los ataques aéreos. Ya habíamos sufrido ataques aéreos muchas veces. En particular, la semana anterior la universidad fue bombardeada y tres estudiantes murieron instantáneamente y más de diez resultaron gravemente heridos. Pero, gracias a la valiente acción de los estudiantes y enfermeras, ni un solo paciente resultó herido. La universidad ya estaba acostumbrada a la guerra.

Se oyó el gritó de la alarma de ataque aéreo. Desde las salas de conferencias, los estudiantes salieron a los pasillos, formaron grupos y se dispersaron a sus respectivos roles. Los responsables corrían rápidamente por los pasillos dando órdenes a través de megáfonos. Hoy, como siempre, debe haber una incursión a gran escala en el sur de Kyushu. De nuevo sonó la advertencia de ataque aéreo. Al mirar el cielo despejado de la mañana, mis ojos fueron captados por una nube centelleante en lo alto, muy alto.
Se acercaban aviones enemigos. Qué espeluznante era el sonido que provenía de algún lugar invisible allá arriba. Una tras otra, de aquí y de allá, las sirenas gemían y gritaban.
"¡Puedo oír! ¡Entiendo! ¡Tu significado es muy claro!" Pero las sirenas continuaron gritando y callando, gritando y callando, hasta que sentí ganas de taparme los oídos para dejar todo fuera. ¿Qué clase de coraje nos dio este lamento?

Las flores de mirto eran de un rojo intenso. De color rojo intenso también eran las adelfas.
Los lirios eran rojos, rojos como la sangre. Los estudiantes de primer año de medicina designados como camilleros permanecían alerta en el refugio cercano a la entrada del hospital disfrutando de la sombra de los arbustos rojos y esperando cualquier emergencia que pudiera ocurrir.

"¿Cómo va realmente la guerra?" preguntó un joven estudiante de la escuela secundaria de Kagoshima. "Muchos de mis compañeros de clase van a recibir entrenamiento militar.
¿Qué está pasando realmente?"

"¿Qué están haciendo nuestros aviones?", preguntó una voz con acento de Osaka desde el interior del refugio. "¡Es horrible! ¿De qué sirve pelear? ¿Qué posibilidades tenemos?

Nadie respondió. Todos eran vagamente conscientes de que esta voz de Osaka hablaba con sentido común. ¿Pero no estaba Japón, nuestra patria, atrapado en una lucha de vida o muerte? Nuestros líderes habían comenzado esta guerra con la intención de ganarla.
No habían levantado el telón de esta tragedia sólo para ser derrotados. Y, sin embargo, después de la caída de Saipán, el lenguaje del Cuartel General sonaba extraño: en cierto modo era sospechoso. Los estudiantes más sensibles se dieron cuenta rápidamente de esto. Era bastante obvio que estaban incómodos.

'¡Fujimoto! ¿Qué opinas? ¿Qué va a pasar en esta guerra? " El tipo con acento de Osaka mostró su rostro rojo desde la estrecha entrada del refugio. Llevaba gafas con montura de concha y parecía un poco como un pulpo asomando desde su escondite, Fujimoto, el presidente de la clase, había estado parado inmóvil bajo un árbol fénix con los brazos cruzados, mirando fijamente al cielo. Era un hombre pequeño con nervios de hierro. Desde su casco de acero hasta sus ajustadas polainas negras, su uniforme era perfecto y sus modales impecables. Muchas veces había rescatado a los heridos del peligro de las bombas, ganándose así la confianza y la aprobación de sus compañeros. Cuando vieron a este hombrecito hundirse en el humo y el fuego, lo siguieron sin dudarlo. Siempre llevaba consigo los binoculares que le había regalado su padre. Los usaba cuando aparecían aviones enemigos sobre sus cabezas y, escudriñando el cielo, daba un informe de sus movimientos.

“¿Qué va a pasar en esta guerra?”, insistió el chico de Osaka.

“¿Qué pasa con la guerra?", dijo Fujimoto, como si reprimiera sus verdaderos sentimientos.
“Nuestro destino no lo determinará la guerra: el destino de la guerra lo determinaremos nosotros. Lo que cuenta es la fuerza y la perseverancia de los jóvenes japoneses o de los jóvenes estadounidenses. Según eso, la victoria recaerá en un bando o en el otro.”

“Pero la situación es muy mala. La diferencia en recursos materiales es tremenda. Nuestros pequeños esfuerzos son simplemente inútiles.”

"Eso puede ser cierto. Pero escucha. Si las bombas comienzan a caer sobre la ciudad, ¿de qué sirven todas sus teorizaciones y especulaciones? ¡Ponte en marcha y deja de darle vueltas al asunto! Voy a cumplir con mi deber hasta el final”. Fujimoto habló con decisión y resolución. Pero el chico de Osaka no quedó convencido.

Justo en ese momento apareció el vicepresidente de la clase cargando un enorme trozo de madera. Se había graduado de la escuela secundaria Kokura y era un hombre de pocas palabras que hacía su trabajo. Su única preocupación ahora era reforzar el puesto de observación. Trabajando solo, estaba bañado en sudor.
“Hola”, dijo una voz dirigiéndose al vicepresidente.
“Si el enemigo realmente invade, ¿qué vamos a hacer?”
“Hay un tiempo para vivir y un tiempo para morir”, dijo el tipo de Kokura mientras abría su abanico y refrescaba su rostro sudoroso.
“Ya sea que vivamos o muramos, no queremos ser el hazmerreír del mundo”.

Nuevamente reinó un profundo silencio. Las flores de mirto, las adelfas, los lirios rojos e inmóviles, parecían sangre coagulada. Los gritos pulsantes de las cigarras en los árboles de alcanfor del Santuario Sanno flotaban en el aire.
Era mi turno de ocuparme del equipo antiaéreo.
Entré al hospital por el frente y caminé por el amplio pasillo, inspeccionando todo, hasta llegar a la puerta trasera. En la entrada de cada sala, estudiantes y enfermeras, vestidos de uniforme, estaban preparados para la acción. Los baldes estaban llenos de agua. Las mangueras estaban tendidas en el suelo. Picos, garfios, palas, palas: todo estaba listo para la lucha contra las bombas incendiarias o lo que pudiera venir.
Los pacientes eran trasladados silenciosamente al centro de acogida. Frente a la sala de radiología me encontré con un estudiante de tercer año llamado Ueno. ¡Qué tipo tan valiente era! Unos días antes, cuando el Departamento de Ginecología ardía en llamas, él se encontraba solo en la azotea del edificio vecino de Dermatología, supervisándolo todo.
Mientras corríamos hacia los edificios en llamas para arrojar cubos de agua a las llamas, los bombarderos enemigos descendieron en picado, pero Ueno se paró en medio de las bombas dando instrucciones y gritando a su vez: “¡Oygan! ¡Los aviones enemigos se han ido. Todo esta bien! ¡Salgan! ¡El fuego sigue ardiendo!” o sibo “¡Han vuelto! ¡Están cayendo bombas! ¡Al refugio! ¡Peligro!”. “Fuerza”, le dije mientras lo saludaba. Y Ueno se rascó la cabeza tímidamente. “El otro día mi mamá me regañó”, dijo. "Ella me dijo que no hiciera cosas sólo para atraer la atención de la gente, “Ya no eres un niño'", dijo.
Las personas que manejaban las bombas manuales estaban estacionadas en la puerta trasera. Todo estaba bien preparado para hacer frente a bombas incendiarias y a las bombas ordinarias.
Satisfecho, me dirigí al lado del yeso del hospital.
En los departamentos de cirugía, ginecología y otorrinolaringología, los estragos causados por las recientes bombas fueron incluso peores que las heridas infligidas en los cuerpos de las personas. Aquí también las adelfas florecían de un rojo brillante como la sangre, mientras el olor a ácido fénico flotaba en el aire. Un espasmo de miedo recorrió mi cuerpo.
Sonó la sirena de fin de alarma, disipando dudas y temores. Cuando regresé a las aulas, los estudiantes se estaban aflojando ruidosamente las correas de sus cascos de acero. La enfermera Inoue, que estaba a cargo de la información, inclinó la cabeza hacia un lado.
Sus ojos brillaron aún más de lo habitual cuando anunció: "No más aviones enemigos sobre Kyushu". Ella simplemente repetía lo que había oído en la radio.
El sudor cubría ligeramente sus mejillas rojas, sobre las que caían tres mechones de pelo.
“¡De vuelta a clases!”, se escuchó el grito desde la sede, y los responsables volvieron a correr por los pasillos gritando el mensaje. Los estudiantes regresaron a sus respectivas aulas. La universidad volvió a convertirse en una torre de marfil habitada por académicos y estudiantes en busca de la verdad. En la clínica del hospital, los pacientes se empujaban hacia el mostrador de recepción, mientras los estudiantes, ahora vestidos con batas blancas, se mezclaban con ellos preparándose para realizar pruebas preliminares.
Al otro lado del pasillo de mi habitación estaba el Departamento de Medicina. Desde dentro pude escuchar la agradable voz del presidente, el profesor Tsuno. Las conferencias habían comenzado.

2) Bomba

Chimoto-san estaba cortando pasto en el Monte Kawabira. Desde donde trabajaba podía ver Urakami a tres kilómetros al suroeste. El cálido sol de verano brillaba perezosamente sobre la hermosa ciudad y sus colinas. De repente, Chimoto-san escuchó el sonido familiar, todavía débil, de un avión. Hoz en mano, enderezó su cuerpo y miró hacia el cielo. Estaba más o menos claro, pero justo encima de su cabeza flotaba una gran nube con la forma de una mano humana. Sí, el sonido del avión vino desde arriba de esa nube, y mientras miraba, salió.
“Es un B-29.”
Desde la punta del dedo medio de la nube con forma de mano, apareció un pequeño punto plateado y parpadeante. Debía estar a unos ocho mil metros de altura en el cielo.
“¡Oh! Se le ha caído algo. Un objeto largo, estrecho y negro. ¡Una bomba! ¡Una bomba!”
Chimoto-san se arrojó al suelo. Cinco segundos. Diez segundos. Veinte segundos. Un minuto. Mientras contenía la respiración, pareció pasar una eternidad. De repente hubo un destello de luz cegador; Un brillo horrible pero sin ruido. Nervioso, Chimoto-san levantó la cabeza.
"¡Una bomba! En Urakami.” Y en la zona cerca de la iglesia vio una enorme columna de humo blanco flotando hacia arriba, hinchándose rápidamente a medida que ascendía. Pero lo que infundió terror en su corazón fue la enorme ráfaga de aire como un huracán que se precipitó hacia él. Salió de debajo del humo blanco y rodó sobre las colinas y los campos con una velocidad y un poder aterradores. Casas, árboles y todo lo demás se derrumbó ante él. Cayeron al suelo; fueron hechos pedazos; los escombros volaron de un lado a otro.
Grupos de árboles desaparecieron ante sus propios ojos cuando esta fuerza violenta se precipitó por las laderas del monte Kawabira. ¿Qué fue? Sólo podía imaginarse una enorme e invisible excavadora avanzando y arrasando todo a su paso. Me va a hacer polvo, pensó.
Juntó las manos en señal de súplica y gritó: “¡Dios mío! ¡Dios mío!” y nuevamente presionó su rostro contra el suelo. Entonces un ruido ensordecedor golpeó sus oídos y fue lanzado por los aires y arrojado cinco metros contra una pared de ladrillos.
Finalmente abrió los ojos y miró a su alrededor. Los árboles fueron arrancados de raíz. No había ramas, ni hojas, ni hierba. Todo había desaparecido. Lo único que quedó fue el olor a resina.

Furue-san regresaba en bicicleta desde Michi-no-o a Urakami. Justo cuando pasaba delante de las fábricas de municiones, le pareció oír el ruido de un avión. Miró hacia arriba y en algún lugar del cielo despejado sobre Matsuyama, aproximadamente a la altura del monte Inasa, vio una bola de fuego rojo. Era todo rojo como el estroncio ardiente de una enorme linterna, pero no era tan brillante como para cegar los ojos. Y fue bajando hacia la tierra. ¿Qué es esto? pensó. Y justo cuando ponía una mano sobre sus gafas para protegerse los ojos y ver más claramente, hubo un repentino destello de luz cegadora como la explosión de magnesio, y fue lanzado por el aire. Muchas horas después recuperó el conocimiento y se encontró tendido en un campo de arroz, atrapado debajo de su bicicleta. Se dio cuenta de que estaba totalmente ciego de un ojo.

En la escuela de Ogakura, a siete kilómetros de Urakami, un profesor, Tagawa, estaba escribiendo un relato sobre la alerta de la mañana en su diario de ataques aéreos. Levantó la vista y sus ojos se posaron en la escena que acurria fuera. Frente a él estaba el pie de la

montaña y arriba estaba el cielo azul del puerto de Nagasaki. De repente, el cielo se iluminó con un destello de luz cegadora. El sol del mediodía en pleno verano habría parecido terriblemente oscuro en comparación con lo que vio. Esta luz era ciertamente muchas veces más brillante que el sol. “¿Están usando bengalas durante el día?”, murmuró Tagawa para sí mismo, y se inclinó hacia adelante para ver qué estaba pasando. Vio un espectáculo extraño y maravilloso. “¡Miren! ¡Miren!”, gritó. Y todos los profesores en la sala corrieron hacia la ventana. En el cielo sobre el distrito Urakami de Nagasaki, algo así como un trozo de nube blanca que se movía hacia los lados y hacia arriba y con tremendo poder comenzó a hincharse, e hincharse, e hincharse. "¿Qué es? ¿Qué es?", gritaron nerviosamente mientras se convertía en un enorme hongo de un kilómetro de diámetro. Y luego vino una fuerte ráfaga de viento. La sala de profesores fue sacudida hasta sus cimientos.
Los profesores fueron arrojados al suelo y enterrados bajo una avalancha de cristales rotos.
“¡Una bomba! ¡Un golpe directo a la escuela! ¡Al refugio!", gritó Tagawa a todo pulmón mientras luchaba por ponerse de pie y caminaba a tientas hacia el refugio excavado en la colina detrás de la escuela. Y mientras Tagawa estaba sentado solo en el suelo frío, no sabía lo que sólo Dios sabía: que en ese momento, en su casa en Urakami, su esposa e hijos, llamándolo por Su nombre, exhalaron su último aliento.

Al sur del puerto de Nagasaki, en la ladera del monte Hachiro, a unos ocho kilómetros de Urakami, se encuentra el pueblo de Oyama. Desde aquí se puede ver la cuenca donde se encuentra Urakami, y más allá se puede ver Nagasaki vagamente en la distancia. El joven Kato llevaba a su vaca a pastar. En la extensión verde encontró unas fresas silvestres y las recogió y se las llevó a la boca. Y luego vino el destello. La vaca también lo vio y levantó la cabeza. En el cielo sobre Urakami se levantó una nube blanca, una nube blanca y profunda como una enorme bola de algodón, y se hizo más y más grande. Parecía una enorme linterna envuelta en algodón. El exterior era blanco, pero en el interior parecía arder un fuego rojo y algo parecido a hermosas luces eléctricas destellaban incesantemente. Los colores dentro de esta linterna ahora eran rojo, ahora amarillo y ahora morado, todo tipo de colores hermosos. A continuación, la nube tomó la forma de un bollo. Y luego, a medida que subía y subía gradualmente, empezó a parecerse a un hongo. Desde la parte de Urakami que estaba directamente debajo de la nube blanca en forma de hongo, humo negro y tierra parecían ser absorbidos por el aire, y esto también subía y subía. La nube en forma de hongo de arriba se elevaba más y más hacia el cielo despejado. Cuando alcanzó una gran altura, se derrumbó y comenzó a fluir hacia el este. En cuanto a la tierra y el humo de abajo, se elevaron más alto que la montaña. Luego una parte empezó a caer y a dispersarse, mientras que otra parte fluía con la nube hacia el este. Como el tiempo estaba despejado, la luz del sol iluminó la montaña y el mar.
Sólo Urakami, directamente debajo de la nube, estaba bajo una gran sombra y que parecía la oscuridad absoluta. ¡Y entonces vino la explosión! La ropa de Kato estaba hecha jirones.
Las hojas de los árboles fueron arrastradas, y sin embargo la ráfaga de viento ya se había debilitado considerablemente cuando llegó a él. La vaca no se volvió loca. Kato supuso que otra bomba había caído cerca.

Takami-san regresaba a Koba con su vaca. Estaba caminando por la carretera de Odorise, a unos dos kilómetros de Urakami, cuando se produjo el destello. Sintió calor, como cuando uno se calienta en un brasero, y tanto él como su vaca se quemaron. Entonces, de repente, llovieron bolas de fuego sobre ellos con un silbido. Una de esas pelotas le dio en el pie. Se levantó una columna de humo blanco y las llamas se apagaron dejando un olor parecido al

que queda cuando se apaga una lámpara de queroseno. Se produjeron incendios por todas partes.

3) Inmediatamente después

Los edificios de la universidad se encontraban entre trescientos y setecientos metros del centro de la explosión, por lo que se encontraban dentro del radio directamente afectado por la bomba. El aula de medicina fundamental estuvo cerca de la explosión y, al tratarse de una estructura de madera, inmediatamente fue destrozada y quemada. Todos los profesores y estudiantes murieron instantáneamente. El aula de medicina clínica estaba algo más alejada y era de hormigón, por lo que afortunadamente hubo algunos supervivientes.

Eran poco después de las 11 de la mañana. Estaba en mi habitación del segundo piso, encima del dispensario para pacientes ambulatorios. Estaba eligiendo películas de rayos X para enseñar a los estudiantes el arte del diagnóstico. Y ante mis ojos tuvo lugar el destello de una luz cegadora. Fue como un rayo en un cielo despejado. Debió haber caído una bomba en la misma entrada de la universidad, pensé. Inmediatamente traté de tirarme al suelo, pero antes de que pudiera hacerlo, el vidrio de las ventanas se rompió y una ráfaga de viento aterradora me arrastró por los aires con los ojos bien abiertos. Trozos de vidrio rotos entraron cual hojas arrancadas de un árbol por un torbellino. Sentí que había llegado el final. El lado derecho de mi cuerpo fue cortado y desgarrado por el vidrio y sangre cálida fluyó por mi mejilla y alrededor de mi cuello. “Debo tener una gran herida encima del ojo derecho y alrededor de la oreja”, reflexioné. Pero no sentí ningún dolor.

Era como si un puño enorme e invisible se hubiera vuelto loco y hubiera destrozado todo lo que había en la habitación. La cama, las sillas, las estanterías, mi casco de acero, mis zapatos, mi ropa fueron arrojados al aire, arrojados por la habitación con un ruido salvaje y estrépitoso, y todo se amontonó encima de mí mientras yacía indefenso en el suelo. Entonces entró una ráfaga de viento polvoriento y sucio que llenó mis fosas nasales hasta tal punto que apenas podía respirar. Mantuve los ojos abiertos, mirando siempre hacia la ventana. Y mientras miraba, afuera todo se oscureció. Se escuchó un ruido como el de un mar tormentoso, y el aire por todas partes daba vueltas y vueltas. Mi ropa, el techo de zinc, trozos de madera y todo tipo de objetos realizaban una danza macabra en aquel cielo oscuro. Luego poco a poco empezó a hacer frío, como a finales de otoño, y sobrevino un vacío extraño y silencioso. Claramente este no fue un evento cualquiera. Nuevamente llegué a la conclusión de que en la entrada del hospital había caído una bomba de al menos una tonelada. Probablemente habría un centenar de heridos. ¿Dónde podríamos enviarlos? ¿Qué podríamos hacer con ellos? Debemos reunir a los profesores. Pero probablemente la mitad de ellos estaban muertos o heridos. Pero primero debía salir de este desastre en el que estaba atrapado. Moví las rodillas y con dificultad estiré el cuerpo. Mientras lo hacía, todo se volvió negro. ¿Mis dos ojos estaban completamente ciegos? ¡En qué lío estaba! Al principio pensé que como tenía heridas alrededor de los ojos debía haber sufrido una hemorragia cerebral. Pero cuando intenté mover los ojos lo logré. No estaba ciego.

Y, por extraño que parezca, cuando llegué a la conclusión de que no estaba ciego, por primera vez quedé horrorizado. ¡Los edificios se habían derrumbado y yo estaba enterrado vivo! Qué muerte más extraña y grotesca estaba destinada a afrontar. De todos modos, déjame hacer lo que pueda, pensé. Y debajo de los escombros seguí luchando con todas mis fuerzas. Pero yo estaba aplastado como una galleta de arroz en una tostadora.

No podía imaginar qué parte de mi cuerpo podía mover ni en qué dirección.Incluso tuve que tener cuidado al mover la cara ya que yacía tirado entre un mar de vidrios rotos. Además, como estaba completamente oscuro, no sabía qué tipo de objetos había a mi alrededor ni cómo se mantenían en su lugar. Cuando moví ligeramente mi hombro derecho, algo cayó.

'¡Ayuda! ¡Ayuda!”, grité. Pero solo mi voz lastimera resonó en la silenciosa oscuridad.

La enfermera Hashimoto estaba al lado de la sala de rayos X. Afortunadamente, cuando explotó la bomba ella estaba parada entre una estantería y la pared. Y así sobrevivió sin un rasguño. Mientras todos los objetos del edificio volaban por el aire como si algún poder misterioso les diera vida, ella se quedó pegada a la pared contando los segundos. Diez. Veinte. Treinta. A su alrededor se arremolinaban polvo y humo que casi la asfixiaban, pero ella permaneció esperando decididamente. Por fin, los grandes objetos parecieron posarse nuevamente en el suelo. La enfermera Hashimoto decidió que había llegado el momento de realizar labores de socorro, por lo que salió de detrás de las estanterías caídas. ¡Y qué espectáculo encontraron sus ojos!

Todo era un desastre. Mientras caminaba entre los escombros, miró por la ventana. Y entonces el shock fue aún mayor. ¿Qué diablos había pasado? Antes, desde esta ventana se podía ver la ola violeta de los tejados en los distritos de Sakamoto, Iwakawa y Yamaguchi. Pero ahora habían desaparecido. ¿Adónde se habían ido? ¿Y qué pasó con las fábricas que expulsaban humo blanco? El monte Inasa, que estaba enterrado bajo una exuberante alfombra de verde, ahora se había transformado en una montaña de roca roja y desnuda, y todo ese verde del verano, las hojas verdes de los árboles y la hierba verde, había desaparecido, de modo que no quedaba ni una hoja, ni una brizna de hierba.

¡El universo se había quedado desnudo!

¿Y qué había pasado con toda esa gente que se agolpaba en la entrada principal? Mientras miraba hacia la plaza abierta, Hashimoto se sorprendió al ver cuerpos desnudos tirados por todas partes entre los árboles grandes y pequeños que habían sido arrancados de raíz. Espontáneamente se tapó los ojos con las manos. "¡Infierno! ¡Esto es el infierno!” Nadie siquiera gimió. Realmente era el mundo de los muertos. Mientras se presionaba los ojos con las manos, todo se volvió completamente oscuro. Abrió los ojos y miró a su alrededor. No se escuchó el más mínimo ruido. Y no había ningún rayo de luz en esa oscuridad total.

Comenzó a pensar que era la única persona que quedaba con vida en todo el mundo y se sintió invadida por el miedo y el temblor. Pudo ver al dios de la muerte pronto hundiendo sus garras en ella; y ante sus ojos flotaba la imagen de su hogar. Apareció el rostro de su madre. Hashimoto levantó la voz y empezó a llorar. Ella era sólo una niña de diecisiete años.

Pero entonces escuchó una voz que gritaba: "¡Ayuda! ¡Ayuda!" Parecía cerca, pero debía haber venido desde lejos y a través de varias paredes. "¡Ayuda! ¡Ayuda!", volvió a sonar la voz. ¡Es la voz del decano! ¡El doctor Nagai está vivo! Si está vivo, podemos hacer algo para cuidar esa masa de cadáveres frente al edificio. Hashimoto inmediatamente pasó de ser una niña llorona a una enfermera decidida y valiente. Guiada por la voz, intentó pasar a la habitación contigua pero se enredó en los cables eléctricos de la cámara de rayos X y apenas podía mover las piernas. Finalmente, buscó a tientas en el rincón donde solía haber una pala, pero se la había llevado el viento y en su lugar sólo encontró un megáfono. Recordó que había una azada en la sala de rayos X de abajo y que la jefa de enfermeras también debería estar allí, y al darse cuenta de que debía conseguir la cooperación de todos, abandonó la sala de rayos X.

Hashimoto estaba acostumbrado a caminar por pasillos oscuros durante los apagones nocturnos. Pero ahora era diferente. Había dado sólo dos o tres pasos cuando chocó contra algo blando. Al agacharse y tocarlo, se dio cuenta de que era un cuerpo humano.

Su mano se frotó contra algo húmedo y pegajoso como sangre. Encontró el brazo y luego bajó hasta la muñeca. No había pulso. Tristemente juntó sus manos en una breve oración y siguió adelante. De nuevo, después de un par de pasos, chocó contra un cadáver caído.
Mientras se inclinaba, el pelo mojado se le pegó a las manos. Todavía estaba completamente oscuro por todas partes. Se preguntó cuántas personas yacían muertas en la oscuridad a su alrededor. Mientras buscaba el pulso en el cuerpo, abrió mucho los ojos y trató de mirar a su alrededor, aunque no podía ver nada.
De repente todo se puso rojo. Al otro lado de la ventana se había producido un incendio. Las llamas eran cada vez más grandes. ¡Qué visión tan horrible se extendía ante ella ahora que podía ver con esta luz roja! Casi inconscientemente dejó caer la muñeca que sostenía y se puso de pie. La luz roja inundó el amplio pasillo del hospital para revelar los cuerpos convulsionados de los muertos. Algunos estaban de rodillas. Algunos parecían estar agarrando el aire vacío. Algunos parecían estar luchando por ponerse de pie. Y así habían muerto.

Hashimoto sabía que no podía hacer nada sola. Primero debía formar un equipo de rescate: éste tenía que ser el trabajo de un grupo organizado. Debe reunir a la gente en el lugar donde el decano yacía enterrado bajo los escombros. "¡Perdóname! ¡Perdóname!", les dijo a los muertos mientras pasaba por encima de sus cuerpos. Y bajó a la sala de examen.

Las personas en la sala de exámenes de rayos X estaban armando el aparato para examinar los rayos X. De repente escucharon el sonido de un avión.
“¿Qué es eso?” exclamó la enfermera Tsubakiyama.
*Es un B-29”, dijo el técnico Shiro, y siguió manipulando sus fórceps.
'*¡Han lanzado una bomba!” gritó el técnico Choro, que había resultado herido en el muslo durante el asalto de unos días antes.
“Vayamos a un lugar seguro. ¡Cubranse! ¡Cubranse! " Los tres se precipitaron debajo de una mesa grande. Y luego vino el destello.
“¡Ha caído otra bomba!” gritó Shiro. Pero su voz fue ahogada por la ráfaga de viento que barrió la habitación. Permanecieron quietos, esperando que amainara la tormenta. Tsubakiyama contuvo la respiración. Finalmente preguntó: “¿Hay alguien herido?” “No”.
¿Y tú?’’ “No siento dolor en ninguna parte”. "¡Hola! ¡Jefa de enfermería!", gritó una voz fuerte.
"Sí", llegó la voz familiar y encantadora desde la habitación de al lado, "Se me han caído muchas cosas encima".
En ese momento hubo un terrible rugido por todos lados. Todo se volvió completamente oscuro, como cuando un tren entra en un túnel. Mientras se miraban, el rostro pálido de la enfermera Tsubakiyama desapareció de la vista.
“¿Qué diablos es esto?” Era la voz del Choro.
“Es un nuevo tipo de bomba como la que cayó sobre Hiroshima.”' Este era Shiro.
“No, el sol debe haber explotado”, dijo el Choro.
“Tal vez sea así, la temperatura ha bajado repentinamente." La voz de Shiro era pensativa.
“Si el sol explota, ¿qué le pasará a la tierra?” Ahora era la voz ansiosa de la enfermera Tsubakiyama.
“Es el fin del mundo”, dijo el Choro con resignación.
Permanecieron en silencio y esperaron. No volvió la luz. Pasó un minuto y el reloj de Somcone seguía marcando en la oscuridad: Tic, tic, tic…
“¿Qué pasa con el almuerzo? " Era la voz de Shiro.

“Traje el mío. ¿Trajiste el tuyo?”
Choro sonaba como si quisiera una última comida antes de morir.
"Está bien", dijo. "Dividamos el almuerzo y comamos antes de morir.
Y entonces, como cuando un tren sale de un túnel, el entorno se fue iluminando poco a poco. Los dientes blancos del Choro. La larga nariz de Shiro. El pequeño y encantador hoyuelo de Tsubakiyama.
"Ah, el sol estaba bien después de todo", dijo Shiro.
“¡Pero compartan ese almuerzo!”, instó el Choro.
Y los tres salieron de debajo de la estrecha mesa, sobre el cristal pulverizado, la maquinaria fragmentada, las sillas destrozadas, los cables eléctricos enredados.
“¿Dónde diablos cayó la bomba? Sólo un impacto directo en esta habitación podría causar este tipo de daño. Pero no veo ningún agujero en el techo.
“¿Escuchaste el ruido de la bomba cayendo?”’ “No, no escuché nada.
“Me pregunto si fue una especie de bomba de altitud”.
“De todos modos, fue algo diabólico”.
El jefe de enfermería Hisamatsu saltó desde la habitación de al lado como una pelota de goma. Estaba acariciando su cabello enredado con ambas manos mientras preguntaba: “¿Están todos Bien?”

En ese momento, una estudiante de enfermería de primer año apareció de algún lado y, abrazando a la jefa de enfermeras, comenzó a llorar.
“¡No seas tonto!”, dijo la jefa de enfermeras.
“Estás vivo, ¿no?” Pero el joven estudiante seguía llorando.
Una amiga había muerto ante sus ojos.
"'Bueno, pónganse los cascos y busquen las vendas”, dijo la enfermera Hisamatsu; y con calma y autocontrol se dirigió a un lugar donde corría agua de una tubería, se lavó silenciosamente ambas manos, se lavó la cara, se lavó la boca y hizo gárgaras con agua.
"Me siento como si hubiera respirado profundamente un gas", dijo, y, como si quisiera enjuagarse los pulmones, se lavó de nuevo la boca e hizo gárgaras cuatro o cinco veces.
“Tsubakiyama, ven y lávate las manos. Si manipulas la gasa con esas manos sucias, las heridas solo se infectarán. Tomokiyo, tú también, ven y lávate las manos y la cara. Fuse, prepárate de inmediato. Hay muchísimos heridos por ahí.”
La jefa de enfermeras seguía secándose las manos mientras daba órdenes.
"Está bien", respondieron Tomokiyo y Shiro.
"Esta bien” dijeron Choro y Fuse. Y en seguida acataron las órdenes. Y luego se escuchó un crujido. Tsubakiyama corrió hacia la ventana.
"'¡Fuego! ¡Fuego!'", gritó.
Y los cinco, recogiendo los cubos que había allí tirados, corrieron hacia el depósito de agua.
En el espacio abierto frente a la antigua sala de rayos X, que no se utilizaba, se había incendiado un montón de madera que no había sido retirada cuando se evacuó todo lo demás; Había un mar de pequeñas llamas. Siguiendo las instrucciones que habían recibido en el entrenamiento, comenzaron a arrojar cubos de agua al fuego, concentrando sus esfuerzos en un solo lugar. Pero, lamentablemente, el incendio no se limitó a un solo lugar.
El pasillo del hospital ahora estaba envuelto y el comedor se derrumbaba mientras enviaba llamas por todas partes. Todo lo que quedó fueron las barreras de hormigón. Los edificios de madera habían desaparecido y en su lugar había un lago de fuego. Los cinco siguieron arrojando agua a las llamas, pero éstas se estaban propagando rápida y descontroladamente. Se hizo evidente que estos cubos de agua no servían de nada.

“Salvemos las máquinas”, dijo Shiro.
“Ayudemos a los heridos”, dijo el Choro.
“Llevemos a los pacientes a un lugar seguro”, dijo Tsubakiyama.
Mientras observaban, las llamas arrojaban humo negro; y se dieron cuenta de que se iba a desarrollar un enorme incendio.
“Recibimos órdenes del decano”, dijo la enfermera Hisamatsu.
Y en ese momento apareció Hashimoto.
"¡El decano! Dr. Nagai! ¡Está enterrado vivo!", gritó.
Se miraron el uno al otro.
"¡Es tan grande! ¿Cómo podremos sacarlo? " espetó el pequeño Tsubakiyama.
“Esta bien, nos las arreglaremos”, dijo el Choro mientras corría hacia la puerta.
Siguiendo el ejemplo de Hashimoto, los cinco saltaron sobre la madera y los escritorios caídos, ayudándose unos a otros mientras se dirigían a la sala de rayos X.
La ruta habitual estaba bloqueada y no podían pasar. Entonces, saliendo por la ventana y agarrando un tubo, treparon, ansiosos sobre todo por salvar a su decano. Pero la ventana de la sala de farmacia estaba muy arriba, y para llegar allí tuvieron que formar una escalera humana. Choro agarró un medidor de gas y se convirtió en la base; Shiro se puso encima de él. Entonces la jefa de enfermeras y Tsubakiyama treparon por encima de ellos y entraron por la ventana. Entonces Shiro subió. Y finalmente todos levantaron a Choro de las manos, manos que parecían pinzas de langosta.
“¡Guau!”, gritó en su forma característica. Y saltó.

En la sala de revelado, el profesor Fuse estaba a punto de sacar una imagen de rayos X del tanque de revelado. De repente escuchó al estudiante estacionado en el puesto de observación en la colina detrás del hospital gritar: "Avión enemigo entrando al espacio aéreo directamente encima de nosotros".”¡Cúbranse! ¡Cúbranse! " Y al momento siguiente escuchó el sonido familiar de un avión en lo alto del cielo. Pensando que era un bombardero en picada, iba a arrojarse al suelo; pero, pensando que sus cuadros podrían destruirse, los lavó y los colocó suavemente en el tanque fijador. Y entonces, cuando estaba a punto de agacharse, el golpe cayó y quedó inconsciente. Cuando recuperó el conocimiento, estaba tendido en el suelo con unos trozos de madera en el pecho inmovilizándolo contra el suelo. De alguna manera logró moverse y liberar su cintura y sus manos, y poco a poco fue capaz de quitar la madera amontonada encima de él. Miró a su alrededor para ver qué había pasado con las fotografías en el tanque de reparación, pero se le habían caído las gafas y no podía ver con claridad. ¿Pero qué le pasó a Moriuchi-san que había estado trabajando a su lado? Una y otra vez la llamó, pero no hubo respuesta. Buscó debajo de toda la madera caída, pero no había señales de ella. Debió haber salido justo a tiempo, supuso.
Cruzando el montón de escombros y saliendo al pasillo, quedó completamente atónito.
Era como si hubiera llegado por primera vez a un lugar completamente desconocido.
Toda la escena cambió por completo. ¿Fue porque había perdido sus gafas? Se frotó los ojos dos o tres veces y miró a su alrededor.

Hasta ahora he contado historias de personas que tuvieron la suerte de estar en edificios de hormigón y no estuvieron expuestos directamente a los rayos radiactivos. Pero ¿qué pasa con las personas que estaban al descubierto? Detrás del Departamento de Farmacia, el profesor Seiki y sus alumnos estaban trabajando arduamente cavando un refugio. El profesor estaba cavando en el interior, mientras los estudiantes se llevaban la tierra. ¿Quién hubiera imaginado que en ese momento estaban echando suertes con sus vida sin saberlo?

Los de afuera elegían la muerte, mientras que los de adentro elegían la vida. Con pantalones cortos, parecían mineros mientras cavaban vigorosamente en el suelo. Se encontraban a unos cuatrocientos metros del centro de la explosión. Un destello cegador iluminó el refugio hasta sus profundidades. Luego vino el terrible rugido.
Tomita, que cesta en mano estaba trabajando en la entrada, salió volando hacia adentro, golpeando la espalda del profesor Seiki que estaba agachado y trabajando con su pala. “¿Qué está pasando?” gritó enojado el profesor, mientras enderezaba la espalda. Pero después de Tomita, trozos de madera, jirones de ropa y trozos de tejas volaron por el aire.
Un gran trozo de madera golpeó al profesor de lleno en la espalda y cayó inconsciente al barro. Pasaron unos minutos. El profesor Seiki recuperó la conciencia y se encontró tendido en una vorágine de humo y vapores que llenaban el refugio. El aire caliente seguía entrando, pero el profesor, tambaleándose, se dirigió hacia la entrada. Al principio se sintió aliviado de haber sobrevivido. Pero la sensación de alivio no duró mucho. Inconscientemente dejó caer su pala y se quedó horrorizado con la boca y los ojos bien abiertos, aturdido por lo que vio. Los grandes edificios del Departamento de Farmacia ya no estaban. El aula de bioquímica no estaba allí. El aula de farmacología no estaba allí. La valla no estaba allí. Las casas fuera de la valla no estaban allí. Todo había desaparecido y lo único que quedaba era un mar de fuego. Aunque era especialista atómico y doctor en física, Seiki no se dio cuenta de que se trataba de una bomba atómica. Nunca soñó que los científicos estadounidenses hubieran logrado tales avances. Pero ¿qué pasa con los estudiantes? Miró el suelo a su alrededor y un escalofrío recorrió todo su cuerpo.
“¿Es posible que estos seres sin vida sean mis alumnos? ¡No, no puede ser! En el refugio me golpearon en la espalda y todavía estoy inconsciente. Es una pesadilla. No importa lo terrible que sea la guerra, no puede ser tan cruel”.
Se pellizcó el muslo. Sintió su pulso. Sí, su cuerpo estaba despierto y vivo.
“Si esto no es una pesadilla, ¿qué es? Es peor que cualquier sueño.”
El profesor se dirigió rápidamente hacia el primer cuerpo carbonizado que yacía cerca.
"¡Oye! ¡Oye!", gritó.
Pero no hubo respuesta. Agarró los hombros con ambas manos e intentó levantar el cuerpo, pero la carne se despegó como la piel de un melocotón. Okamoto estaba muerto.
El chico a su lado gimió y se dio vuelta.
"¡Murayama! ¡Murayama! ¡Espera!", gritó el profesor mientras acunaba en sus brazos al estudiante cuya piel se estaba despegando.
"¡Maestro! ¡Maestro! ¡Ah!” Y con estas palabras Murayama rodó sobre su costado. Estaba muerto. Con un profundo suspiro, el Dr. Seiki dejó el cuerpo frío y desnudo en el suelo, juntó las manos en oración silenciosa y se agachó junto al siguiente cuerpo carbonizado. Araki estaba hinchado como una calabaza y la piel se le estaba despegando de la cara. Pero los ojos blancos y entrecerrados estaban abiertos cuando dijo en voz baja: “Profesor, ya no hay esperanza para mí. Gracias por todo.”
La sangre manaba de los oídos y narices de los estudiantes muertos y moribundos. A algunos les habían destrozado el cráneo y habían muerto instantáneamente. Evidentemente habían sido arrojados violentamente al suelo. Había otros de cuyas bocas brotaban burbujas de sangre como espuma. Tomita, la única otra persona que no estaba gravemente herida, se dirigió rápidamente hacia ellos dándoles agua para beber y profiriéndoles palabras de aliento. Ninguno de ellos podía moverse por sí solo. Después de ayudar a uno y seguir adelante, Tomita miraba hacia atrás sólo para descubrir que el estudiante que se quejaba se había quedado en silencio. Estaba muerto. De esta manera veinte estudiantes,

uno tras otro, dieron su último suspiro. Pero dos personas por sí solas no pudieron ayudar a todas estas personas.
¿Nadie vendría en su ayuda? El profesor Seiki gritó: “¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Que alguien venga!” Miró hacia el norte y gritó. Luego miró hacia el oeste y volvió a gritar. Aguzó el oído y escuchó. Pero el ambiente aún no había vuelto a la normalidad. Inquietas ráfagas de viento se arremolinaban ferozmente por todos lados. Y mezclado con el sonido de ese viento, desde debajo del techo roto y aplastado, podía escuchar gritos interminables, voces que pedían ayuda. "¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Me muero!' "¡Que alguien venga!' "¡Me estoy quemando! ¡Agua! ¡Agua!" "¡Mami! ¡Mami!" El profesor se sintió mareado. Nuevamente perdió el conocimiento y cayó al suelo. Después de un tiempo, abrió los ojos y descubrió que una nube espesa, negra y sólida llenaba todo el cielo. El sol había perdido su luz y parecía un disco de color marrón rojizo. Estaba oscuro como la tarde. Hacía frío. Seiki aguzó el oído y escuchó. El número de voces que pedían ayuda había disminuido un poco. El niño que gritaba llamando a su madre debió haber muerto quemado.

Los estudiantes de primer año tomaban notas en silencio. Sus oídos aún no estaban acostumbrados al sonido de las palabras latinas utilizadas en la clase de anatomía. Pero empezaban a sentirse médicos de pleno derecho mientras seguían las palabras del profesor y escribían con orgullo en horizontal en escritura romana. Luego el repentino destello. Colapso total de todo. El profesor ni siquiera tuvo tiempo de hacer una pausa en su frase.
Los estudiantes ni siquiera tuvieron tiempo de levantar la cabeza y mirar a su alrededor.
Tal como estaban, sentados atentamente en el aula, fueron aplastados bajo el pesado techo. Fujimoto, el presidente de la clase, se encontró atrapado bajo una viga o algo así, pero no era extremadamente pesado. Todo alrededor estaba completamente oscuro. Comenzó a ahogarse al respirar el polvo y el humo que se arremolinaban. Pero finalmente logró liberar el tronco de su cuerpo y moverse hacia el estrecho espacio entre los bancos.
A su lado la gente gemía. Otros gritaban. Pero al contar las voces se dio cuenta de que pocos de sus ocho compañeros seguían vivos. Y ahora, a través de las grietas de la madera, empezó a filtrarse el olor a quemado. Pronto entró un humo caliente y punzante.
Se había producido un incendio; y, en un momento de pánico, se dio cuenta de que debía trabajar rápido si quería sobrevivir. Intentó liberarse y levantarse, pero las vigas, los tablones, las tejas y la tierra apiladas sobre él pesaban demasiado y no podía moverlos.
El sonido crepitante de las llamas se acercaba cada vez más. Podría morir quemado en cualquier momento, pensó. Y empujó. Empujó. Reunió toda la fuerza de su cabeza, sus hombros, su espalda y todo su cuerpo, pero no pudo mover el peso ni un solo centímetro.
Pensó en las leyes de la mecánica, pero era inútil hacer esos cálculos aquí. El viento que soplaba a través de las grietas de los escombros gradualmente se volvió más caliente, y el reflejo de las llamas rojas que bailaban de un lado a otro se volvió más brillante.
De repente alguien empezó a cantar “Umi yukaba’’: ‘‘Si voy al mar." (el himno imperial Japonés) Era una voz fuerte, plena y continuó cantando lentamente, Fujimoto perdió todas sus fuerzas. Ahora se recostó sin resistencia, aguzando el oído para escuchar la última, gloriosa y patriótica canción de su amigo. “No volveré”, cantó la voz. Y la canción llegó a su fin.
"Adiós, amigos míos", dijo la voz, "me estoy quemando lentamente desde los pies hacia la cabeza.” Después de un par de minutos, yo también moriré quemado, reflexionó Fujimoto. Él conocía su destino. Juntó sus manos en oración silenciosa y vio el rostro de su padre. "Cálmate", parecía decir su padre. Entonces vio el rostro de su madre. La forma de su

hermano menor, Masao, flotaba ante sus ojos. Sí, Masao se convertiría en médico en su lugar. Uno a uno recordó los rostros de sus compañeros en la sala de rayos X.
Hasta que ingresó a la universidad y recibió su gorra de estudiante, había trabajado como técnico en este departamento.
Se preguntó qué le había sucedido a su buen amigo Tako-chan, el "Pequeño Pulpo", que hizo el examen y entró con él. Las pocas palabras que intercambiaba con sus compañeros de radiología cada mañana y tarde también flotaban en su mente.
"Que no cunda el pánico", se dijo Fujimoto.
"¿Por qué entrar en pánico cuando estás prisionero, en esta estrecha franja de escombros sin salida, cuando estás a punto de morir quemado, reducido a cenizas? Tu cuerpo, es cierto, no tiene defensas, no tiene poder para actuar. Pero pronto tu alma se lanzará a través del universo imperturbable, imperturbable y serena. Sólo queda un minuto de prisión". El olor a carne quemada golpeó sus fosas nasales: el dulce olor de los cuerpos jóvenes ardiendo. "Mi cuerpo también olerá dulce", reflexionó. "Este es el momento más grande de mi vida y, sin embargo, también el más común. Sí, es así de simple. ¿Qué es al final el cuerpo? El cuerpo es sólo para la asimilación y el rechazo. Sólo para comer y digerir, para orinar y defecar". A pesar de sí mismo, Fujimoto soltó una risa irónica. Pero ahora recordó las palabras que el profesor Fuse solía dirigir a los estudiantes que trabajaban para los exámenes: "Cuando no puedas resolver un problema, piensa en lo contrario".
"¡Sí, eso es todo!" En un momento de iluminación, en lugar de mirar los escombros de arriba, comenzó con sus manos a sentir el suelo debajo. Sus dedos encontraron una grieta entre las tablas. Con todo su poder concentrado en esos dedos, comenzó a tirar de una tabla hacia arriba. Él podría hacerlo. Con un crujido, el tablero cedió. Cuando la explosión atómica golpeó el suelo, rebotó en las tablas, soltando los clavos. Metió la mano debajo del tablero y lo levantó. ¡Cuán delicioso fue el sonido cuando la tabla del piso se separó y el aire de la salvación entró corriendo! Una segunda y una tercera tabla se desprendieron con bastante facilidad. Y de repente Fujimoto cayó por el suelo hasta ponerse a salvo en el piso inferior.

La Doctora Yamada y Tsujita-san acababan de regresar de la estación donde habían comprado sus billetes para Tokio. Abrieron la ventana trasera del aula del departamento de bacteriología para dejar entrar un poco de aire fresco y poder relajarse. Las dos mujeres estaban a punto de ir al Instituto de Enfermedades Contagiosas de Tokio, donde realizarían un curso de tratamiento con suero. Con el tiempo llegaría la hora del asedio de Nagasaki; deben prepararse rápidamente en este ámbito como en otros. La mayoría de los hombres habían ido al campo de batalla, por lo que el peso de la responsabilidad recaía sobre los hombros de estas dos jóvenes científicas. En la cancha de tenis crecían malas hierbas. Los deportes y la recreación eran cosas del pasado, olvidados hace algunos años cuando el esfuerzo bélico tomó prioridad sobre todo lo demás. Más allá de la cancha de tenis se alzaban los altos alcanforeros y pinos, y más allá estaba el campo de juego, ahora convertido en un rico campo de batatas. Y por encima de todo se alzaba la gran catedral roja. Dos chicas, vestidas con pantalones anchos, saludaron mientras cruzaban la cancha de tenis. Eran Hama-san y Oyanagi-san, enfermeras del departamento de rayos X. Tsujita-san había trabajado anteriormente como técnica en este departamento y al ver su rostro en la ventana la saludaron calurosamente. Tsujita-san, a su vez, se levantó y agitó su pañuelo. En el campo de batatas, el antiguo campo de juego, Yamashita, Yoshida e Inoue, enfermeras del mismo departamento, estaban agachadas arrancando malas hierbas.

Aquí y allá, en los campos en terrazas de las laderas de Urakami, se podía ver a los agricultores, aprovechando el fin del aviso de ataque aéreo, realizando el mismo trabajo de deshierbe. Una larga fila de fieles se dirigía a la catedral, con sus paraguas brillando intensamente mientras caminaban. “¡Qué hermosa es Nagasaki! Uno nunca se cansa de mirarla.”
“Sí. Pero cuando regresemos de Tokio dentro de dos meses, ¿seguirá así?"'
“Algo me dice que Nagasaki va a ser destruida”.
“Algo me dice que Nagasaki será la única que sobrevivirá.”
Y luego el flash.
La doctora Yamada se arrojó al suelo y así se salvó. Sólo ella sobrevivió para contar la historia. A su lado, Tsujita-san cayó moribunda. "¡Oh! ¡Que dolor! ¡Que dolor!", jadeó.
Y con estas palabras murió. Fue como un sueño.
El aula de bacteriología se convirtió en una bola de fuego, el profesor Naito y todos los demás murieron instantáneamente. Cuando la Doctora Yamada salió del edificio, todo estaba oscuro y el viento gemía. ¡Y qué escena vieron sus ojos! Los enormes pinos y alcanforeros fueron arrancados de raíz y todos los edificios escolares se derrumbaron.
En cuanto a la catedral, alrededor de un tercio del edificio fue derribado, incluido el campanario de cincuenta metros de altura, y los restos parecían ruinas de la antigua Roma.
Sobre las vallas de piedra había gente colgada boca abajo con brazos y piernas arrancados. El camino estaba lleno de hombres, mujeres y niños muertos. En los campos, innumerables cadáveres yacían hasta donde alcanzaba la vista. La Doctora Yamada pensó en las enfermeras que lo habían saludado desde el campo de juego.
¿Qué les había pasado? Sin duda los habían volado en pedazos y yacían inmóviles en el suelo. Todos los que estaban afuera parecían estar muertos. La propia doctora Yamada no había sufrido ninguna herida grave. Sin embargo sintió algo anormal en todo su cuerpo. Apenas había dado cuatro o cinco pasos cuando sus rodillas flaquearon y se tumbó sobre una lámina de zinc que estaba en el suelo. A su lado había un viejo libro de texto alemán sobre bacteriología. Este tipo de aprendizaje es inútil ahora, reflexionó. Y usó el libro como almohada. Y allí yacía, su mente vagaba hacia un mundo agonizante de dolor y angustia mientras esperaba desesperadamente ayuda en su angustia.

4) Socorro

El 9 de agosto de 1945, a las once y dos minutos de la mañana, una bomba atómica de plutonio explotó a unos quinientos metros de altitud sobre Matsuyama, en el centro del distrito Urakami de Nagasaki. Se liberó una energía tremenda, y esta energía, una tempestuosa ráfaga de aire que viajaba a una velocidad de dos mil metros por segundo, destrozó, pulverizó y despedazó todo lo que encontró a su paso. El vacío creado en el centro de la explosión absorbió todo lo que había en el suelo, lo elevó hacia el cielo y lo arrojó violentamente contra la tierra. El calor de 9000 grados Fahrenheit quemó los alrededores. Fragmentos de metal incandescente llovieron en bolas de fuego que inmediatamente incendiaron todo. Se estima que treinta mil personas perdieron la vida y que más de cien mil sufrieron heridas leves o graves, mientras que otras innumerables sufrieron enfermedades atómicas causadas por la radiación. En algunos casos los síntomas de estas enfermedades aparecieron inmediatamente; en otros aparecieron mucho más tarde. La nube de humo en el cielo, provocada por la bomba y los escombros que habían sido aspirados, ocultó los rayos del sol, provocando una oscuridad total como un eclipse.

Sin embargo, después de unos tres minutos, a medida que esta inmensa nube de humo y tierra crecía, se dispersó y se volvió menos densa. Y una vez más la luz y el calor se filtraron hasta la tierra. Como ya he dicho, yo mismo quedé sepultado bajo un montón de escombros. Pero finalmente logré liberarme por mis propios esfuerzos y me dirigí a la sala de fotografía donde encontré al Profesor Fuse con la enfermera Hashimoto, la jefa de enfermeras, y los demás. Todos corrieron hacia mí. "¡Oh, bien! ¡Bien!", gritaban mientras me abrazaban alegremente. Yo miré sus rostros uno por uno. Qué preciosa es la vida, reflexioné. ¡Qué bueno que estés vivo!

"Pero falta gente", dije. "¿Qué pasa con Yamashita? ¿Qué pasa con Inoue? ¿Qué pasa con Umezu? Busquemos a los demás y ayudémoslos. Vuelvan aquí en cinco minutos."

Y con eso salimos de la habitación y nos dispersamos en todas direcciones.

El profesor Fuse y Shiro fueron a la sala de revelado.

Sacando pedazos de escombros y mirando debajo, seguían gritando: "¡Hola! ¡Hola!" y aguzando el oído. Pero no hubo respuesta.

"Moriguchi, ¿estás vivo?" rugió Shiro. Pero todo quedó en silencio. Choro trajo a Umezu gravemente herido. Lo había encontrado entre los instrumentos de la sala de radioterapia.

Cubierto de sangre, Umezu se arrojó al pasillo.

"He perdido los ojos", gimió.

"¡No digas tonterías! Tus ojos están bien", dijo el Choro examinando la herida.

Sobre sus ojos había un corte profundo y cortes por todo el cuerpo.

"Está bien, está bien", dijo alentadoramente la jefa de enfermeras mientras aplicaba yodo, ponía un poco de gasa en la herida y la vendaba hábilmente. Le tomé el pulso a Umezu y le di algunas instrucciones sobre cómo debíamos tratar a los heridos.

"¡Doctor, ayúdeme!" "¡Deme medicina!" "¡Mire esta herida!" "Doctor, tengo frío.

¡Deme ropa!". Un extraño grupo de seres humanos desnudos se agolpaba a nuestro alrededor, todos gritando. Estas fueron las personas que de alguna manera sobrevivieron cuando todos y todo fue arrastrado por el aire y arrojado en todas direcciones por la explosión. Como la bomba cayó justo cuando los pacientes ambulatorios acudían en gran número a consulta, esta parte del pasillo y la sala de espera estaban llenas de una enorme cantidad de personas caídas. Les habían arrancado la ropa; su piel estaba cortada y

desprendida. Cubiertos de tierra y humo, eran grises como fantasmas, y era difícil creer que fueran humanos o que pertenecieran a este mundo. Algunos, en los que quedaba una chispa de vida, se liberaron del enorme e inmóvil montón de carne muerta y se arrastraron hacia mí. Aferrándose a mis pies, gritaban: “¡Doctor, ayúdeme! ¡Doctor, ayúdeme! Alguien levantó una muñeca de la que manaba abundante sangre.
"¡Mami! ¡Mami!", gritaba una niña mientras corría de un lado a otro. Y las madres, retorciéndose de dolor, seguían gritando los nombres de sus hijos.
“¿Dónde está la salida?” rugió un hombre corpulento mientras corría, “¡Camilla! ¡Camilla! ", gritaron los estudiantes agitados. Y todo el lugar cayó en una agitación y confusión cada vez más profunda. Comenzamos tratamiento de emergencia. Pero rápidamente nos quedamos sin vendas y tuvimos que rasgar las camisas y usar las tiras para vendar las heridas. Apenas habíamos atendido a diez o veinte víctimas, cuando por detrás llegaron más y más gritos: “¡Ayúdenme!”. ¡Ayúdenme! " Una y otra vez vinieron y parecía que no había límite para su número.
Como tenía que mantener una mano apretada contra mi propia frente herida, me resultaba difícil trabajar. Cada vez que retiraba esta mano para atender la herida de un paciente, la sangre brotaba como tinta roja de una pistola de agua, salpicando la pared y el hombro de la jefa de enfermeras. Me había cortado una arteria en la sien. Pero como era una arteria pequeña, pensé que mi cuerpo aguantaría unas tres horas. A veces me tomaba el pulso y luego seguía tratando a los pacientes. Hashimoto y Tsubakiyama, que habían ido en busca de sus amigos, regresaron. Y su informe fue desalentador.
“No se encuentran por ningún lado”, dijeron.
“Probablemente fueron al campo de juego”.
Intentamos llegar allí, pero el camino estaba bloqueado por el fuego, los árboles caídos y los cadáveres. Los edificios de medicina fundamental han desaparecido. Todo es una masa de llamas. El centro del hospital arde en un gran incendio y no hay forma de llegar a la entrada trasera. El número de heridos es simplemente incalculable." Tal fue su informe.
Yamashita, Inoue, Hama, Oyanagi, Yoshida: los rostros de estas cinco enfermeras pasaron por mi mente uno por uno. ¿Estaban muertas? ¿Agonizantes? ¿Estaban gravemente heridas y retorciéndose de agonía como los pacientes ante mis ojos? ¿O se habían refugiado a salvo en algún lugar tranquilo? Sin embargo, si estuvieran vivas, seguramente habrían venido aquí para unirse a nosotros. De todos modos, había sucedido algo espantoso, algo que normalmente no ocurre en el curso de una guerra. Esta fue una tragedia cruel de dimensiones sin precedentes. Sin duda, se contaría entre los acontecimientos más importantes y terribles de la historia de la humanidad. Sin embargo, era una situación que debíamos afrontar con tranquila determinación. Regresé a la sala de rayos X y me senté en el suelo con las piernas cruzadas. El doctor Fuse y la jefa de enfermeras sanaron mi herida y, apretando fuertemente una gasa, intentaron detener la hemorragia. Sobre la gasa pusieron un triángulo de lino y volvieron a apretarlo con fuerza.
Pero se trataba de una hemorragia arterial. El vendaje rápidamente se volvió rojo brillante y la sangre, que corría por mi mejilla, comenzó a gotear desde mi barbilla.
“Todos revisen los instrumentos”, dije. Y todos desaparecieron rápidamente, dispersándose en varias habitaciones. Pensé seriamente. El lugar se había convertido en un sangriento campo de batalla. Éramos el cuerpo de ambulancias. Nuestro verdadero trabajo apenas comenzaba; debemos permanecer firmes con determinación. Sin duda el enemigo seguiría lanzando estas bombas. Al cabo de una semana invadiría nuestras costas y estallarían los combates. No era momento de vacilar. De caer en confusión, no podríamos hacer nada. Debíamos reunir a los miembros principales del personal y organizarnos. Debíamos

asegurarnos de tener suficientes suministros de medicinas y alimentos. Debíamos preparar un campamento. Después de eso, tuvimos que establecer un sistema de comunicaciones eficiente y elegir un lugar adecuado en el país para un hospital. Tarde o temprano Nagasaki sería bombardeada desde el mar. Debíamos sacar a los pacientes rápidamente y reunirnos nuevamente en un valle cercano. Miré por la ventana. No pude ver nada más que un bosque de fuego. Todo el barrio se había convertido en una gran masa de llamas. El fuego se había extendido incluso a una esquina del edificio en el que nos encontrábamos, y ahora podíamos oír el crepitar de las llamas que se acercaban. Los que habían ido a examinar los instrumentos regresaron uno por uno.
“Todo esto es un desastre'.' "Las válvulas están todas destruidas”. “Los cables eléctricos están cortados”. “No pudimos sacar el transformador porque el camino estaba bloqueado.” “Los especímenes han sido arrastrados por el viento y no podemos encontrarlos.”
Todos los informes fueron duros y crueles. Los ojos de todos estaban fijos en mí y todos esperaban que yo hablara. Profesores, estudiantes y enfermeras de otros departamentos, de dos en dos o de tres en tres, tomados de la mano y cubiertos de sangre, pasaban apresuradamente sin decir una palabra. Se oía el rugido y el crepitar de las llamas y por la ventana empezaron a salir chispas. ¿Qué debía hacer? Miré las caras a mi alrededor.
Era importante no entrar en pánico. Sin embargo, si manteníamos la calma sin hacer nada, moriríamos quemados. No podíamos permanecer inactivos. Mientras estos pensamientos pasaban por mi mente, estallé en una risa nerviosa. Mi reacción fue tan repentina e inesperada que todos se unieron a mí en una carcajada.
“¡Miren el estado en el que están!’’ Dije.
“No pueden ir a la guerra así. ¡Preparense! ¡Preparense! Y nos encontraremos frente a la entrada principal. ¡No se olviden de comer! No se puede luchar con el estómago vacío.
“¡Vamos!’’ gritaron con entusiasmo y regresaron a sus habitaciones.
Mientras los veía partir, me di cuenta de que todos habían vuelto a la normalidad.
El doctor Fuse recogió mis zapatos y la jefa de enfermeras encontró mi casco de acero y mi abrigo. Y lentamente me dirigí hacia la entrada principal. En el pasillo frente al Departamento de Ginecología, una enfermera con mirada perdida caminaba dando vueltas y vueltas y vueltas. Le di una palmada vigorosa en la espalda.
"Vamos. ¡Sé valiente! ", dije. Pero ella no pareció darse cuenta y siguió caminando en círculos. El shock había sido demasiado para ella y la había vuelto temporalmente loca.

El espacio frente a la entrada principal estaba lleno de muertos y heridos. Además, del centro seguían llegando y llegando personas mutiladas. Sosteniendo sus heridas, pidieron el puesto de primeros auxilios y la recepción del hospital. Además, grupos de personas que llevaban a los heridos a la espalda o a hombros salían a trompezones de las salas del hospital y me rodeaban en la entrada. ¿Qué diablos iba a hacer? Cada vida era preciosa.
Para todas estas personas sus cuerpos eran un tesoro precioso. Todos estaban preocupados por sus heridas, grandes o pequeñas. Querían ser tratados por un médico competente. Esta era la situación que de alguna manera debía enfrentar. Pero entonces, con esta multitud de heridos, con nuestra medicina que se desvanece rápidamente, con las llamas presionando, con tan pocos de nosotros...
Después de tratar sólo a algunos de los heridos, supe que si no adoptaba una visión integral de esta situación, todos quedaríamos envueltos en las llamas, junto con las mismas víctimas que estábamos vendando y tratando de salvar. Ya habían transcurrido veinte minutos desde la explosión y Urakami se había convertido en un paisaje en llamas. Desde el centro del hospital las llamas se extendieron por todo el campus. El único lugar libre de

fuego fue la colina en el lado este del hospital. Bombas, mangueras, tanques de agua, personas enérgicas: cualquier cosa o alguien capaz de apagar esas llamas se había desvanecido en un momento. Sólo quedaba una posibilidad: dejar que las llamas se extendieran y se extendieran.

Por otra parte, los supervivientes habían sido penetrados por potentes rayos radiactivos. Tenían la ropa rasgada y muchos de ellos estaban completamente desnudos. Desde el centro corrieron, subiendo la montaña con pasos tambaleantes en un esfuerzo por escapar de las llamas. Pasaron dos niños arrastrando a su padre. Una joven corría con un niño decapitado en las manos. Una pareja de ancianos, de la mano, subió lentamente la montaña. Mientras corría, la ropa de una niña estalló en llamas y ella cayó retorciéndose en una bola de fuego. En lo alto de un techo envuelto en llamas, vi a un hombre bailando y cantando salvajemente: estaba loco. Algunas personas seguían mirando hacia atrás, mirando hacia atrás mientras corrían; otros ni siquiera volvieron la cabeza. Una niña regañaba a su hermanita que se quedaba atrás, pero la pequeña le rogó que esperara.

Y detrás las llamas seguían avanzando. Aproximadamente solo una de cada diez personas tuvo la suerte de sobrevivir. Los demás yacían carbonizados y muertos bajo los escombros de sus casas quemadas. A medida que el fuego avanzaba, la dirección del viento cambió y de lejos y de cerca se oía el sonido de voces que pedían ayuda incesantemente. Me quedé estupefacto, con los brazos cruzados, contemplando el espectáculo. Nunca en mi vida había sentido tan profundamente mi propia impotencia. ¿No había manera de ayudar a estas personas que sufrían y que corrían hacia la muerte ante mis propios ojos?

“¡Doctor, usted parece el ardiente guardián del templo!” Miré a mi alrededor. Dos estudiantes de tercer año, Nagai y Tsutsumi, estaban a mi lado. Mis alumnos del departamento de rayos X también se habían reunido, todos preparados para la acción.

Y Moriuchi, que se había metido en un refugio, apareció sano y salvo. Entonces alguien llegó corriendo y abrazó a la jefa de enfermeras. Era Kosasa-san, el técnico de rayos X del departamento de ginecología. Había salvado a dos enfermeras del corazón del incendio y corrió frenéticamente hasta aquí a través de las llamas. Ahora los únicos que faltaban eran Sakita-san y Kaneko-san, técnicos de rayos X en los departamentos de dermatología y cirugía. Tomé mi decisión. "Las máquinas pueden esperar. Atendamos a la gente”, dije.

Divididos en grupos de dos, sacaron a los heridos de las salas en llamas. Kosasa y Moriuchi regresaron al fuego furioso en busca de Sakita y Kaneko. Choro tomó a Umezu sobre su espalda y subió la montaña. Toda la escena parecía una imagen de la guerra ruso-japonesa. Cuando volvimos a entrar al edificio, las personas que finalmente habían logrado salir de los escombros bajo los cuales estaban enterrados salieron corriendo, huyendo para salvar sus vidas con ojos desorbitados y centelleantes. Presa del pánico, no sabían lo que hacían. Pero si salen del hospital, pensé, ¿a dónde irán y quién los cuidará? “¡Que no cunda el pánico!”, grité. Pero no prestaron atención a mi grito.

Fui al quirófano del sótano y descubrí que una tubería había reventado y todo el lugar estaba inundado de agua. Luego me dirigí a la siguiente habitación donde se guardaban las medicinas y los instrumentos, pero aquí la escena era aún más desgarradora. Incluso las camillas fueron destrozadas y arrojadas aquí y allá, mientras que los instrumentos quirúrgicos quedaron esparcidos por todo el suelo. Los contenedores de medicina líquida, medicina en polvo y líquido para inyecciones fueron destrozados y arrojados en un gran desastre sobre el cual seguía fluyendo agua de una tubería.

¡Ah! ¿No fue acaso por un día como hoy que reunimos todo este material? ¿No fue por un día como hoy que practicamos con esas camillas y dimos todas esas conferencias sobre el

trabajo de socorro? Y ahora nos enfrentamos al fracaso total. Como un mosquito al que le han arrancado las patas, como un cangrejo al que le han arrancado las pinzas, nos enfrentamos a una multitud de heridos, indefensos y con las manos vacías. Era una medicina realmente primitiva a la que ahora estábamos reducidos. Nuestro conocimiento, nuestro amor, nuestras manos: sólo teníamos esto para salvar a la gente. Abatido y deprimido, subí las escaleras y, de pie en la entrada, examiné toda la situación una vez más. Aunque estaba desanimado, sabía que a mi alrededor había médicos, enfermeras y estudiantes (unas veinte personas en total) que trabajarían hasta desmayarse. Los grupos de dos que habían ido de habitación en habitación para recoger a los heridos regresaron y los metieron en el cobertizo de carbón junto a la entrada. Este era el único lugar que estaba a salvo de la caída de chispas. Me quedé impotente en medio de ellos, sin hacer nada.
El fuego se hacía cada vez más violento. El humo negro se arremolinaba en el cielo; y la espesa nube, que reflejaba el color del fuego, brillaba con una siniestra luz roja. Fue una escena absolutamente desalentadora.
“¡Hemos salvado al presidente!” gritó una voz.
Era Tomokiyo parado en la puerta sosteniendo una masa de color rojo brillante. Corriendo hacia él, vi que la masa roja no era otro que el presidente, el profesor Tsuno. Desde su cabello blanco y su rostro hasta su bata blanca, pantalones y calcetines, estaba totalmente empapado de sangre. Sus gafas habían desaparecido.
“¡Ah! Nagai. Es terrible. Pero lo has hecho bien", dijo.
Sentí su pulso. No era particularmente débil o irregular.
"La colina de atrás es segura", le dije a Tomokiyo.
“Llévalo doscientos metros cuesta arriba y busca un lugar adecuado donde pueda descansar.” El profesor Fuse preparó una inyección y los siguió colina arriba. El presidente estaba atendiendo a los pacientes ambulatorios cuando fue golpeado.
El Doctor O también había sufrido una herida grave. Había ayudado al presidente a salir al pasillo, pero se desplomó por la pérdida de sangre y no pudo levantarse. Fue entonces cuando Tomokiyo se encontró con ellos y pudo ayudarlos. Maeda-san, jefa de enfermeras del departamento de medicina interna, salió corriendo de la sala y, al verme, preguntó: "¿Qué pasa con el presidente?"
“Esta bien”, Respondí.
“El doctor Fuse está con él cuesta arriba. Su rostro estaba mortalmente pálido y la sangre manaba de encima de su ceja. Sin embargo, ella inmediatamente corrió hacia la colina. La miré mientras desaparecía de mi vista.

¿Cómo podía una enfermera tan regordeta subir esa colina rocosa con tanta agilidad? Pero permítanme decir unas palabras sobre dos de nuestras propias enfermeras.Hashimoto tenía diecisiete años y Tsubakiyama dieciséis. Para ambas, su altura en proporción a su circunferencia era un poco inusual. Nos gustaba llamarlas por sus apodos; “Barrilito” y ‘‘Porotito”. Pequeñas y fornidas, “Barrilito’’ y ‘‘Porotito” se dirigieron a la sala de espera, donde siete pacientes y estudiantes se retorcían de agonía en el suelo. Encontraron a un tipo grande tirado en la entrada y juntas lo rodearon suavemente con sus brazos, lo levantaron y lo llevaron escaleras abajo hasta el cobertizo del carbón. Luego regresaron inmediatamente y recogieron a la siguiente persona de la misma manera. Y así atendieron a tres o cuatro personas; y cuando terminaron su trabajo en esa habitación, se trasladaron a la sala de consulta que estaba al lado. Allí encontraron a una enfermera a la que conocían vagamente. Tomándola en sus brazos y llevándola escaleras abajo, Barrilito se llenó de una profunda alegría como nunca antes había experimentado. Fue una alegría noble

acompañada de una profunda felicidad. “Esta enfermera Hamazaki, que gime débilmente, no sabe que la estoy sacando de las llamas en mis brazos. Si Porotito no se lo dice, nunca sabrá que le salvamos la vida. Si salimos vivos de todo esto, nos encontraremos con ella en el pasillo, hará una pequeña reverencia y seguirá adelante sin tener idea de lo que ha pasado.” Y mientras reflexionaba sobre esto, una sonrisa vibró en sus mejillas.
Lo asoció con la pura alegría que había experimentado en la infancia. Cuando era niña guardaba frutos rojos en una botella de crema vacía y los conservaba con sal. Mantuvo esta botella escondida en un rincón del pequeño almacén en un lugar que sólo ella conocía. Su hermana no sabía nada al respecto y su hermano nunca pudo encontrarlo. Por la mañana y por la tarde iba secretamente a este lugar y comía una baya. Ella contemplaba estas hermosas bayas como si fueran rubíes o alguna otra piedra preciosa.

Mientras tanto, Frijolito tenía pensamientos bastante diferentes. “¿Por qué estos adultos son tan livianos?” En el pasado había llevado a heridos y enfermos a la ambulancia.
En la sala de consulta ayudó a levantar a los pacientes desde el carrito hasta la camilla de rayos X. Incluso cuando los llevaban tres enfermeras, la gente parecía muy pesada. Pero ahora eran ligeros. Esto era extraño. Probablemente su peso había disminuido por la pérdida de sangre.

Pensó en el entrenamiento antiaéreo del profesor Nagai. Fue demasiado duro.
Si la guerra real fuera tan aterradora, dolorosa y difícil como lo que ella estaba experimentando ahora, entonces el entrenamiento no tenía por qué haber sido tan aterrador, doloroso y difícil como lo había hecho el profesor Nagai. Poco después de ingresar en la escuela de formación de enfermeras, pasó por una prueba de valentía. Los técnicos, estudiantes de último año y enfermeras, imitando a los muertos y heridos, yacían gimiendo en una habitación con poca luz. Luego, los estudiantes de primer año, que aún no habían estudiado anatomía, debían entrar en esta sala y tomar el pulso a los que simulaban ser heridos y moribundos. Se le ocurrió que el miedo que la había invadido entonces no le surgía hoy, cuando tenía en sus brazos a personas reales muertas y heridas. Una vez más recordó los ejercicios para transportar personas y cómo les habían atado cuerdas alrededor del cuerpo en la empinada y vertiginosa ladera de la montaña de Arakobo. Eso era mucho más aterrador que la realidad que enfrentaba ahora. También pensó en la práctica sobre apagar incendios. Una verdadera bomba incendiaria fue arrojada a la habitación y le dijeron: “¡Apague esto de inmediato o se convertirá en un incendio real!”

Y luego comenzó a pensar en sus amigos Koyanagi-san y Yoshida-san con quienes había pasado el último año. Juntos habían llorado y reído. Juntos habían recibido entrenamiento y habían trabajado durante ataques aéreos reales. Se sentía sola sin ellos. Pero las llamas los separaron de ella y ella no sabía si estaban vivos o muertos. Y, sin embargo, de alguna manera sentía que volverían. Porotito asomó la cabeza por la ventana y gritó: “¡Yoshida-saaan! ¡Yoshida-saaan! " Barrilito, de pie junto a ella, asomó la cabeza también y gritó: "¡Inoue-saaan! ¡Mitsu-chaaan! " Pero no hubo respuesta. Las llamas seguían rugiendo y los edificios se derrumbaban cada vez más cerca del lugar donde se encontraban. Cuando fueron a ayudar al siguiente paciente, vieron que el fuego se había extendido y el número de habitaciones envueltas en llamas iba en aumento. Y, sin embargo, mientras entraban en aquellas habitaciones envueltos en fuego, con toallas de mano atadas fuertemente a la nariz y la boca y sacaban a los heridos, experimentaron un estremecimiento de alegría como nunca habían experimentado. Al salir del terrible calor,

notaron que sus ropas estaban en llamas. Sin embargo, ambas sintieron la alegría extática de ser enfermeras.

Era más fácil manejar a los pacientes que estaban inconscientes. Los que estaban conscientes seguían dando problemas, quejándose de que les dolían las heridas o tenían algún otro dolor, y que por favor llévaramos lentamente. Y también nos pedían que volviéramos por cosas que habían olvidado; o querían papel de seda. De esta forma, sin darse cuenta, perdieron un tiempo precioso. Además, no conocían la terrible tragedia que había azotado a Nagasaki con esta bomba, ni entendían hasta qué punto las llamas envolvían el hospital. Y por eso nos enfurecieron con sus pequeñas exigencias.

En la sala de medicina interna se encontraba un paciente con reumatismo articular agudo. El Dr. Okura y Yamada lo tomaron en brazos e intentaron salir de la habitación. Pero gritó de agonía, pensando que en lugar de soportar tal dolor prefería quedarse donde estaba. Entonces no tuvieron más opción que sacar a los otros pacientes. Finalmente, como era el único que quedaba, se volvieron hacia él. Una vez más lo rodearon con sus brazos. Pero se quejó de que no iría a menos que trajeran una camilla. Así que buscaron por todas partes pero no pudieron encontrar nada que les fuera útil. En ese momento habían perdido mucho tiempo; y cuando regresaron a la habitación, la encontraron envuelta en llamas.
“Solo queda uno. ¡Se niega a venir!”, gritó el Doctor Okura, corriendo hacia mí con angustia en su voz.”
“Has hecho todo lo que has podido”, dije.
“Asumo la responsabilidad de ese paciente.”
Pero los rostros de los dos hombres estaban llenos de dolor. Parecían sentirse responsables de la muerte del hombre mientras miraban hacia la sala en la que lenguas de fuego ya parpadeaban y bailaban.

Miré mi reloj. Eran las dos. Antes de que nos diésemos cuenta, habían pasado tres horas. El fuego ya estaba en su apogeo. Desde hacía bastante tiempo el viento soplaba del oeste.
Las llamas, de decenas de metros de altura, se elevaron hacia el cielo hasta donde alcanzaba la vista.Parecían estar compitiendo entre sí para ver cuál podía llegar más alto hasta que, presionados por el viento, se desplomaron hacia el este.
Como el viento soplaba en dirección a la universidad, el cobertizo del carbón empezó a estar en peligro y decidí que había que llevar a los pacientes al campo, más arriba de la colina. ¡Pero qué tarea resultó ser esa! El camino era estrecho y estaba bloqueado por los escombros de las casas, y tuvimos que trepar por rocas desnudas y vallas de piedra llevando a los pacientes uno por uno. Yo mismo subí dos veces y cada vez llevé a un paciente a cuestas. Pero cuando llegó el tercero, supe que me habían abandonado las fuerzas y no podía seguir. La arteria de mi sien no dejaba de sangrar y tuve que cambiar el vendaje tres veces. La jefa de enfermeras me advirtió que mi cara estaba terriblemente pálida y me di cuenta de que mi pulso estaba muy débil. Barrilito y Porotito levantaron hábilmente a un hombre grande sobre sus hombros.
Un bebé lloraba y lloraba. La madre, gravemente herida, yacía inconsciente. Y a su lado yacía este bebé, de unos dos meses, con el ombligo prominente, llorando terriblemente.
Como el fuego se acercaba rápidamente, sentí que al menos debía salvar al bebé.
Así que lo tomé en mis brazos y, subiendo la colina, la acerqué a la enfermera Hamazaki.
Justo en ese momento Hamazaki lanzó un profundo gemido y se dejó caer de costado.

Sintiendo que había llegado su fin, tomé unas tijeras, corté un mechón de la parte delantera de su cabello y lo guardé en mi bolsillo.
Yamada y la jefa de enfermeras, diciendo que era demasiado terrible separar al bebé de su madre, tomaron a la mujer en sus brazos y la levantaron. Cuando pusieron al bebé en el pecho de su madre, lloró aún más. La mano de la madre inconsciente se movió hacia su bebé. Comenzaron a caer grandes gotas de lluvia. Era una lluvia negra, del tamaño de la punta de un dedo. Cuando salpicaba algo, dejaba una mancha como la que deja el petróleo crudo o algo así. Parecía venir de la nube oscura que había sobre nosotros. Y ahora la situación se estaba volviendo aún más espantosa. El fuego había consumido el oxígeno del aire y se produjo un aumento extraordinario de dióxido de carbono, por lo que era difícil respirar en este valle de llamas. Mientras trabajábamos, jadeábamos como perros. La siguiente vez que miré mi reloj, eran las cuatro. Los pacientes habían sido llevados sanos y salvos a la colina y yacían en el campo. Los estudiantes, haciendo de exploradores, corrían de aquí para allá buscando algún tipo de techo que los cubriera. Pero había fuego por todas partes y no había mejor lugar que éste para los heridos y los moribundos.
Nos sentamos y comimos algo. Al principio, las enfermeras protestaron porque estaban demasiado excitadas emocionalmente para comer; pero cuando les expliqué que esta situación podría continuar durante días o incluso meses, todos se sentaron para disfrutar de esta extraña comida. Cuando terminamos de comer nos calmamos y pudimos descansar. Ahora pudimos escuchar una a una las quejas de los pacientes y comenzamos a darles un trato esmerado y cariñoso. Les arreglamos las vendas, vendamos nuevamente las heridas, les volvimos a poner la gasa triangular, les aplicamos yodo y les dimos agua para que pudiesen beber. Encontramos edredones y cortinas para cubrirlos. Les aplicamos férulas.

“¡Está saliendo humo de la sala de especímenes!” Era la voz del joven Nagai
“¡Ah! ¡Esos especímenes, fruto de más de diez años de sudor y trabajo! ¡Las preciosas e irremplazables fotografías! Todo esto se convirtió en una nube de humo.”
“¡La sala de fotografía está ardiendo! ¡Adiós a nuestros instrumentos médicos!"
Dando todo nuestro tiempo al cuidado de los pacientes, no habíamos podido salvar las muestras, ni los instrumentos. Los documentos y registros que habían sido nuestro alimento diario, los especímenes que eran muestras de nuestro progreso académico, todos esos instrumentos que habíamos amado como a nuestras propias manos, a nuestros propios hijos, ahora se convirtieron en llamas rojas que se elevaban hacia los cielos. Ante nuestros ojos, innumerables recuerdos se estaban convirtiendo en humo negro y desaparecían de la vista.
Nos quedamos en silencio y estupefactos, contemplando la terrible escena. El fuego se volvió aún más violento. Entró en el sótano donde se guardaban nuestras películas y, arrojando humo negro y llamas rojas, explotó con un rugido ensordecedor. Mis rodillas temblaron y sentí que todas mis fuerzas se desvanecían. “Es el fin”, murmuré y me desplomé en el campo donde estaba. La jefa de enfermeras y los demás que la rodeaban rompieron a llorar y a sollozar.
La universidad se había convertido en una gran bola de fuego. De hecho, fue el final. El presidente, el profesor Tsuno, había sufrido graves heridas. Nadie había visto al director del hospital, el profesor Naito, y se presumía que había corrido la misma suerte que el propio hospital. Según los informes de los estudiantes, sólo los profesores Koyano y Cho estaban a salvo. Casi todos los demás habían desaparecido, aunque alguien informó que los profesores Kitamura y Hasegawa habían sido rescatados por trabajadores del hospital y habían sido vistos cubiertos de sangre subiendo la colina de atrás. El ochenta por ciento de

los estudiantes y enfermeras habían muerto. Entre los que sobrevivieron, muchos resultaron gravemente heridos. Combinando mi grupo, compuesto principalmente por personas del departamento de cirugía, y otro grupo de los departamentos de dermatología y pediatría que trabajaban en el área de la entrada trasera, el número total de supervivientes fue de unos cincuenta.
Como habíamos perdido toda esperanza de encontrar supervivientes en las salas de medicina básica, tuvimos que admitir que, en términos de personal y equipamiento, la universidad había quedado completamente destruida. Nosotros, que estábamos parados en la colina mirando los últimos vestigios de aquella universidad en llamas, éramos los heroicos soldados de la era de Showa.

Desde una de las habitaciones del hospital, el Doctor Okura sacó una gran sábana blanca.
Tomando un puñado de la sangre que goteaba de mi barbilla, tracé un enorme sol circular sobre la sábana, que ahora se convertía en una bandera japonesa. Colocamos este "Sol Naciente" en un poste de bambú, lo levantamos y lo vimos revolotear ruidosamente mientras el viento caliente soplaba a nuestro alrededor. Con las mangas arremangadas y una banda blanca alrededor de la cabeza, el joven Nagai agarró el asta con ambas manos e izó la bandera en el aire. Y luego avanzó lentamente llevando el sangriento Sol Naciente hacia esa colina cubierta de humo negro. Y todos lo seguimos en procesión solemne y silenciosa. Eran las cinco de la tarde.
Así nuestra Escuela de Medicina de Nagasaki perdió la batalla y quedó reducida a cenizas.

5) Esa Noche

Todos juntos nos dirigimos al campo donde yacía el rector de la universidad. Al verlo en un rincón del campo de batatas, todo acurrucado, cubierto con un abrigo y empapado por la lluvia, no pude contener las lágrimas. Bajo la dirección del profesor Cho, los estudiantes corrían de aquí para allá ayudando a los heridos. Le informé al presidente sobre lo sucedido y comencé a alejarme. Apenas había dado unos veinte pasos cuando me sentí mareado y me di cuenta de que mis piernas flaqueaban. Sin embargo, al ver a Umezu tirado en el suelo, empapado por la lluvia pero bajo el atento cuidado de Choro, me incliné y le tomé el pulso. Era inusualmente fuerte y me sentí muy aliviado. Me quité el abrigo, lo tapé y me levanté para seguir adelante. Pero apenas había dado unos cinco o seis pasos por una de las terrazas sentí que la cabeza me daba vueltas. Y finalmente me desplomé inconsciente en el suelo.
“Presione la arteria carótida.” Reconocí la voz del profesor Fuse. "Haga presión en la nuca.” Abrí los ojos y levanté la vista para ver los rostros ansiosos del profesor Fuse, la jefa de enfermería, Porotito y el técnico Kaneko mirándome.
"¡Hilo! ¡Fórceps! ¡Gasa! ¡Gasa!" El médico gritaba mientras metía algo en la herida alrededor de mi oreja, causándome un dolor agudo. Escuché un sonido frío y metálico mientras sangre cálida brotaba y fluía por mi mejilla.
“¡Presiona hacia abajo! ¡Límpialo! ¡Gasa!”’ De manera intermitente podía escuchar al médico gritar. A veces la punta de las pinzas parecía pellizcar la fibra misma de mis nervios. Temblores de dolor vibraron a través de mi cuerpo y los dedos de mis pies parecieron tensarse de dolor. Casi inconscientemente mis manos se aferraron a la hierba sobre la que yacía.
Vi al Doctor Cho correr a mi lado; El doctor Fuse le estaba diciendo algo en un susurro; De nuevo alguien estaba sintiendo mi pulso. Cerré los ojos, preparada para lo peor.
"El extremo de la arteria ha quedado detrás del hueso", dijo el profesor. Y de nuevo los dedos de mis pies parecieron apretarse por el dolor y mis manos seguían aferrándose a la hierba. Pero finalmente la operación fue un éxito rotundo.
“Doctor Nagai, todo está bien. El sangrado ha parado”, dijo el profesor mientras se enderezaba. Le agradecí. Y entonces, de repente, una pesadez se extendió por mi cuerpo y nuevamente perdí el conocimiento.

Cuando abrí los ojos, toda la tierra todavía ardía ferozmente, mientras la nube oscura que cubría el cielo brillaba misteriosamente con una luz roja. Sólo hacia el oeste, sobre el monte Inasa, se veía una pequeña porción del cielo y se podía ver una fina y afilada media luna.
En el valle sobre el pabellón Konan del hospital, grupos de hombres recogían tablas y paja para hacer cabañas provisionales, mientras las mujeres preparaban la cena cocinando calabazas con cascos de acero. Los jóvenes Nagai y Tajima fueron a la oficina de la prefectura para conseguir raciones de emergencia. Los demás hicimos un pequeño círculo alrededor del fuego donde se cocinaban las calabazas.
Un pequeño círculo de supervivientes. Al mirarnos los unos a los otros sentimos que nosotros, los hombres y mujeres que formamos este pequeño grupo, estábamos unidos por un destino incomprensible. Agarrándonos de las manos y abrazándonos con fuerza, nos sentamos allí en silencio.
Desde la oscuridad del bosque arriba llegaban gritos lastimeros: “Camilla! ¡Consiganme una camilla!’’ “‘¿Alguien quiere ponerme una inyección?’’ Se escuchaba alguna voz que lloraba

por un amigo. Una voz que lloraba por un padre o una madre. Una voz familiar. El gran grito de varias voces alzadas al unísono.
Nos quedamos muy quietos, nos resignamos a la muerte de siete de nuestros compañeros.
La enfermera Sakita del departamento de dermatología yacía en una zanja gravemente herida en la pierna y sin poder moverse. Fujimoto había escapado por poco cuando cayó por el suelo del auditorio. Poco antes había pasado cerca de nosotros apoyado en un palo y le dijimos que se fuera a casa.
Pero ¿qué pasa con Kataoka (cariñosamente llamado “pequeño pulpo”), Tsujita, Yamashita y las otras enfermeras, cinco en total? Si hubiera quedado una chispa de vida en sus cuerpos, habrían regresado a nuestro departamento. Así eran ellos. Nuestra relación era tan profunda que incluso si estuvieran heridos de muerte y sus almas estuvieran a punto de abandonar sus cuerpos y estuvieran unidas a ellos solo por el cabello de sus cabezas, aun así llegarían hasta aquí para dar su último suspiro a nuestro lado. Pero habían pasado ocho horas sin señales de ellos y sólo podíamos suponer que estaban muertos. Inclinamos la cabeza en oración silenciosa. Un hombre corpulento y desnudo hizo acto de presencia con torpeza.
“Doctor ¡Nagai!” gritó. “¡Por fin lo encontré!” “Doctor ¡Seiki! ¡Está vivo!” “Soy el único”, respondió mientras se sentaba pesadamente en el suelo. El trozo de madera ennegrecido que había estado usando como palo cayó de su mano con un sonido sordo. Con los hombros agitados y respirando pesadamente, parecía un enorme toro herido.
“Vengan ahora mismo”, jadeó. "Los estudiantes están muriendo. Más de la mitad de ellos ya están muertos. Vengan y ponganles inyecciones. No podemos dejarlos morir así. Están en un refugio en la escuela de farmacia."
“Iremos inmediatamente. Pero espera un momento. Toma un poco de calabaza.”
“No tengo tiempo para calabazas; Cien calabazas no salvarán a estos estudiantes. Vámonos de una vez.”
El doctor Fuse, la jefa de enfermeras, Hashimoto y Kosasa tomaron sus botiquines de primeros auxilios y se levantaron.
El doctor Seiki, recibiendo la ayuda de Shiro, finalmente se puso de pie. “La universidad está acabada”, dijo. "Es horrible. Todos están muertos. El camino hasta aquí fue simplemente espantoso. Me tomó una hora recorrer trescientos metros. Pero debo regresar. ¡Bien! Ahora podremos ayudar a los estudiantes.”
Apoyándose en el hombro de la jefa de enfermeras, el médico regresó tambaleándose a la universidad en llamas. Y entonces nos dividimos en grupos. Un grupo pasó la noche ayudando a los heridos en la colina detrás del aula de medicina fundamental.
El Doctor Okura, la enfermera Yamada y los demás continuaron su labor desde la cabaña, que ya estaba terminada. A Umezu y a mí nos ordenaron dormir sobre la paja dentro de la cabaña. ¡Y qué noche fue! La muerte y la desolación nos rodeaban. Incluso los insectos habían sido exterminados.
Mientras tanto, los socorristas, confiando en la luz de aquel enorme fuego que abrasaba la tierra y llenaba el cielo, y guiados por los gritos de angustia que surgían por todas partes, se dirigieron hacia los heridos y moribundos. Vendaron sus heridas, les aplicaron inyecciones, los tomaron en brazos y los llevaron al refugio en la colina.
En ocasiones el camino quedaba bloqueado inesperadamente por una cortina de llamas y cambiaban de dirección, solo para encontrar una barrera de árboles caídos que no podían pasar. En otras ocasiones treparon muros de piedra que se habían derrumbado por la explosión. O también, al no ver que un puente de madera había sido derribado, caían en una zanja junto con el paciente que llevaban. Los clavos habían perforado las suelas de sus

zapatos y sus pies heridos les provocaban un dolor insoportable a cada paso. Las rodillas, cortadas por cristales rotos y cubiertas de sangre, se les pegaban a los pantalones. Encontraron al profesor Takagi, jefe del departamento médico, y lograron ponerlo a salvo. Luego regresaron llevando a los profesores Ishizaki y Matsuo. Y a medida que entraban más y más personas, la cabaña se llenaba de gemidos y gritos.
La hija del Doctor Tani, jefe del departamento farmacéutico, resultó gravemente herida. Un empleado de la compañía de seguros entró y entró. Y dos prisioneros imploraron ayuda.
Dos veces aviones enemigos sobrevolaron el lugar y con un ruido sordo arrojaron fajos de panfletos.

Hacia la medianoche el fuego empezó por fin a extinguirse. Ya estuvieran muertos, resignados a su destino o dormidos por el cansancio, cualquiera que fuera el motivo, los gritos de los heridos cesaron por completo. Y un gran silencio reinó en la tierra y en el cielo.
Fue un momento solemne en Nagasaki. Y también fue un momento solemne en Tokio.
Porque precisamente en ese momento, en el Palacio Imperial, Su Majestad el Emperador estaba tomando la decisión de poner fin a la guerra.
La Segunda Guerra Mundial, un drama que se había representado en todos los continentes y todos los océanos del mundo, esta gran guerra que gradualmente se había extendido más allá del control humano hasta que nadie supo el sufrimiento interminable que podría traer, esta guerra había alcanzado repentinamente un clímax con la aparición en el escenario de un nuevo actor: la bomba atómica. Ahora, de forma bastante inesperada y repentina, caía el telón de este terrible drama. Seguramente fue un momento solemne.
Con el corazón desbordante me quedé contemplando el cielo sobre el cual se cernía la siniestra nube radiactiva. ¿En qué dirección flotaba esta nube atómica? ¿Hacia el bien o hacia el mal? ¿Hacia la justicia o hacia la maldad?
Una cosa era segura. En ese momento y en ese cielo, se levantaba el telón de una nueva era: la era atómica.

6) El poder de la bomba

El 10 de agosto el sol, como de costumbre, mostró su rostro amable; pero su luz no fue recibida por un hermoso Urakami sino por un Urakami de ceniza. No por una ciudad viva sino por una ciudad de muerte.
Las fábricas estaban en ruinas. Las chimeneas estaban rotas. El distrito comercial era una masa de tejas rotas. En el barrio residencial sólo quedaron los escalones de piedra.
Los campos quedaron desnudos. La madera fue quemada hasta los cimientos. Los altos árboles habían sido arrancados violentamente y esparcidos como cerillas. La desolación reinaba por todas partes. No quedó ni un solo perro vivo para moverse en aquel lugar de muerte. En mitad de la noche, la catedral se había incendiado repentinamente, lanzando enormes llamaradas hacia el cielo, como para poner punto final a esa sentencia de muerte.

Al amanecer nos trasladamos al refugio del centro farmacéutico y comenzamos a ayudar a los heridos. En un rincón del campo de juego alguien yacía boca abajo bajo una lámina de zinc. Era la Doctora Yamada del departamento de bacteriología. Por ella conocimos los últimos momentos de la enfermera Tsujita. Luego nos dirigimos al Departamento de Bacteriología. Entre las cenizas del laboratorio incendiado descubrimos montones de huesos carbonizados. ¿Eran los huesos de los profesores que habían estado trabajando allí? Dirigiéndose a la habitación que había indicado el profesor Yamada, encontramos el esqueleto de una mujer. Esta debe haber sido la enfermera Tsujita. ¡Qué dolor de corazón! Estos huesos nunca más volverían a reír con esa risa alegre que habíamos llegado a amar.
Recogiendo los huesos y poniéndolos en una hoja de papel, pensaba para mis adentros: “¡Si tan sólo fuera una pesadilla!”. ¡Si tan solo fuera una pesadilla!”. Luego llegamos al auditorio donde Pequeño Pulpo había estado asistiendo a clase. Entre las cenizas, que brillaban blancas a la luz del sol, yacían varios esqueletos en fila. ¿Estaba Kataoka-san, nuestro pequeño pulpo, entre ellos? Mientras los estudiantes sostenían sus bolígrafos para tomar notas, sus jóvenes vidas fueron arrebatadas en una fracción de segundo. ¡Ayer por la mañana habían cruzado alegremente la puerta de la universidad, luciendo orgullosos sus gorras universitarias!
Y luego ocurrió lo terrible que habíamos temido y esperado … nuestros temores se convirtieron en una trágica realidad cuando nos acercamos al campo de batatas, el antiguo campo de juego, y encontramos cinco cadáveres. Habíamos esperado y esperado pero no habían venido. Habíamos llamado y llamado pero no habían contestado. Aquí estaban.
Tenían las manos levantadas por encima de la cabeza. Probablemente lo que sucedió fue que las enfermeras Hama y Oyanagi se acercaron a donde las enfermeras Yamashita, Yoshida e Inoue estaban arrancando malezas. Se acercaron por detrás y dijeron algunas palabras de saludo. Los demás se levantaron para hablarles. Y entonces, justo cuando se despedían y se alejaban a toda prisa, se produjo la explosión y fueron golpeadas. Los cinco cuerpos yacían allí con las manos levantadas. Los dos grupos estaban ligeramente separados uno del otro. Las víctimas eran tan jóvenes e inocentes que la jefa de enfermeras no podía creer que estuvieran muertas. Agarrándolos por los hombros, los llamó por sus nombres familiares: "¡Hide-chan!". ¿¡Mitsu-chan!?” Si hubiera sabido que estas jóvenes morirían tan pronto, no habría sido tan duro con ellas, reflexioné mientras miraba la bonita naricita de Yamashita.

Puse mi mano sobre su frente helada. Sí, siempre estaba regañando a la pequeña Yamashita pero la quería más que a Inoue a quien nunca le dije una palabra dura.
Sobre su pecho permanecía una insignia con la forma de un perrito, mientras tierra suelta se pegaba a sus labios.
Pero esa bomba que en un momento se había cobrado todas esas vidas y había causado una destrucción tan indescriptible, ¿qué clase de cosa podría ser? La jefa de enfermeras se acercó corriendo y me entregó una hoja de papel. Era uno de los panfletos lanzados por aviones enemigos la noche anterior. Al mirarla grité espontáneamente: "¡La bomba atómica!". En lo más profundo de mi ser sentí una tremenda conmoción. ¡La bomba atómica ha sido perfeccionada! ¡Japón está derrotado! Sí, se terminó, pensé.
Ese poder destructivo sólo puede ser la bomba atómica. Consideré todo lo que había sucedido desde el día anterior y coincidía en todos los detalles con lo que esperábamos del fenómeno de la bomba atómica. ¿Había llegado a la perfección este laborioso trabajo de investigación? La victoria de la ciencia: la derrota de mi país. El triunfo de la física: una tragedia para Japón. Emociones encontradas se agitaban en mi mente y mi corazón mientras contemplaba el espantoso páramo atómico que me rodeaba. Una lanza de bambú yacía en el suelo. Le di una patada feroz y emitió un sonido sordo y hueco.
Agarrándolo en mi mano, lo levanté hacia el cielo, mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas. ¡La lanza de bambú contra la bomba atómica! ¡Qué comedia tan trágica fue ésta! Esto ya no era una guerra. ¿Nos veríamos obligados los japoneses a permanecer en nuestras costas y ser aniquilados sin decir nada? Estas son las palabras que estaban escritas en el folleto:

Al pueblo de Japón
Lean atentamente lo que está escrito en este folleto. Estados Unidos ha conseguido inventar un explosivo más potente que todo lo que ha existido hasta ahora. La bomba atómica ahora inventada tiene una potencia igual a la capacidad de dos mil enormes B-29. Deben reflexionar seriamente sobre este terrible hecho. Juramos que lo que aquí decimos es la solemne verdad. Ya hemos comenzado a utilizar esta arma contra el territorio continental japonés. Si todavía tienen dudas, miren la destrucción causada en Hiroshima por una sola bomba. Antes de que esta bomba destruya todas las instalaciones militares que están prolongando esta guerra inútil, esperamos que soliciten al emperador que detenga la guerra. El Presidente de los Estados Unidos ya les ha esbozado trece condiciones para una rendición honorable. Les aconsejamos que acepten estas condiciones y comiencen a reconstruir un Japón nuevo y mejor, amante de la paz. Deben tomar inmediatamente medidas para poner fin a toda resistencia armada. Si no lo hacen, estamos decididos a utilizar esta bomba y otras armas excelentes para llevar esta guerra a una conclusión rápida e irresistible.

Leí el folleto una vez y quedé atónito. Lo leí por segunda vez y sentí que nos estaban tomando el pelo. Lo leí por tercera vez y me enfurecí por su descaro. Pero cuando lo leí por cuarta vez cambié de opinión y comencé a pensar que era razonable. Después de leerlo por quinta vez supe que no se trataba de un truco propagandístico sino de la cruda verdad. Con una lanza de bambú en una mano y el folleto en la otra, regresé al refugio antiaéreo donde yacía el profesor Seiki.
"¡Um!" gimió el gran profesor mientras rodaba por el suelo. Y permaneció allí en silencio, contemplando el cielo vacío, durante casi una hora. Si el átomo explota, ¿qué pasa? Esta fue la pregunta que llenó mi mente mientras yacía junto al cuerpo desnudo del Profesor

Seiki. Y me vinieron a la mente cuatro temas a considerar: el enorme poder del átomo, las partículas elementales, el calor, las ondas electromagnéticas. Permítanme decir unas palabras sobre cada uno de ellos. Primero, el enorme poder. Por poder enorme me refiero a la fuerza que existe en el átomo desde el mismo momento de su creación, especialmente la fuerza en el núcleo atómico. Ésta es la fuerza que mantiene la forma del átomo y es la fuente de su actividad. Es una energía tremenda comparada con el volumen del átomo, y es la fuerza motriz detrás de los cambios y movimientos de todo en el universo. Algunos científicos incluso sostienen que la gigantesca cantidad de energía que emana constantemente, día y noche, del sol no es otra cosa que energía atómica resultante de la constante explosión de los átomos del sol. Si esto es cierto, podríamos llamar a la bomba atómica un sol hecho por el hombre o artificial. Cuando esta enorme fuerza atómica se libera, inmediatamente y simultáneamente ejerce presión sobre todo lo que se encuentre dentro de un radio determinado. Sin embargo, el fenómeno probablemente difiere según si la explosión se produce en el vacío, en la tierra o en el agua. En Nagasaki la explosión se produjo en el aire. La energía emitida empujó las moléculas de aire en todas direcciones y una presión de viento tremendamente poderosa se extendió por el área circundante. De esta manera se creó un vacío en el centro. Y después de la gran presión del viento vino la presión negativa. Dado que la explosión tuvo lugar sobre Urakami, que se encuentra en un valle, las ráfagas esféricas de viento chocaron con las paredes del valle, creando una situación tumultuosa. Para decirlo brevemente: la presión principal llegó primero al suelo, empujando hacia abajo, aplastando, rompiendo en pedazos y haciendo volar en pedazos todo lo que había allí. Luego siguió la presión negativa que empujó todo en la dirección opuesta y absorbió las cosas. Escombros ligeros y escombros fueron arrastrados hacia el cielo formando una nube de polvo negro. Después de eso, las complejas presiones del viento se mezclaron entre sí y azotaron todo durante algún tiempo. No es sorprendente, entonces, que la gente se sintiera desgarrada de un lado a otro, sin saber hacia dónde los empujaban. La velocidad de esta presión atómica era más o menos la misma que la de las ondas sonoras.

Mi siguiente consideración fueron las partículas elementales. Los elementos que flotan como partículas iniciales son partículas constitutivas atómicas como neutrones, protones, partículas alfa, electrones negativos, nuevos átomos creados por la fisión del núcleo atómico y átomos originales que no se dividieron. Entre ellos, el neutrón desempeña el papel más importante. Dado que el neutrón es una partícula pequeña y eléctricamente neutra, cuando sale del núcleo atómico con una determinada velocidad inicial, viaja en línea recta a esa velocidad sin recibir ninguna influencia de campos eléctricos o magnéticos.

Luego atraviesa objetos. Su velocidad es probablemente de treinta mil kilómetros por segundo. Sin embargo, cuando choca con el átomo de hidrógeno, se detiene. Por tanto, se puede detener con agua, tierra húmeda o parafina. En cuanto a las partículas alfa, el protón está cargado de electricidad positiva y el electrón de electricidad negativa. La velocidad inicial de la partícula cuando sale del núcleo puede cambiar cuando está influenciada por campos eléctricos y magnéticos. Positivos y negativos pueden unirse. O las partículas pueden sufrir una descarga eléctrica en el aire. Quizás la mayoría de ellas flotan en el aire sin llegar al suelo. El nuevo átomo producido por la fisión del núcleo atómico es más pequeño que el átomo original. Durante un cierto período es inestable y continúa su radiación. Pero siendo grande su volumen, también lo es la resistencia que recibe; y perdiendo velocidad poco a poco flota en el aire. Con el tiempo, caerá y quedará en el suelo como lluvia radioactiva. En consecuencia, durante algunos años será una fuente de

radiactividad residual, especialmente en la zona del centro de la explosión, alejada del viento. Estos grupos de partículas iniciales se difunden de forma esférica cuando explotan.
Después de ser condicionados por la velocidad, la gravedad, la flotabilidad y la presión atmosférica, toman una determinada forma. Cuando están en el centro, puede condensarse vapor de agua. De hecho, la nube atómica que apareció inmediatamente después de la explosión fue provocada por esta condensación de vapor de agua. Probablemente la lluvia negra también se produjo de esta forma.
Mi siguiente tema fue el calor. Dado que cambios enormes como este tienen lugar en un instante, se genera naturalmente un gran calor. Todos los objetos cercanos al centro de la explosión fueron quemados. Por ejemplo, el cartel en la entrada del edificio del departamento farmacéutico todavía está en pie con el lado que mira hacia el centro de la explosión quemado en negro. Los objetos negros, que atraen el calor, resultaron especialmente quemados. Permítanme dar algunos ejemplos de esto. La región del iris de los ojos de Inoue fue perforada. La superficie de las baldosas negras se volvió espumosa.
La piel de algunos pacientes sufrió quemaduras graves sólo en aquellas partes del cuerpo cubiertas por ropa negra. Y las partes negras de las piedras fueron las más afectadas.
Mi cuarto y último tema fueron las ondas electromagnéticas. Como resultado del cambio repentino de posición de las partículas electrificadas dentro del átomo, se producen distorsiones en los campos eléctrico y magnético y estos se irradian como ondas electromagnéticas. Si los ordenamos, empezando por la longitud de onda más corta, son: rayos gamma, rayos X, rayos ultravioleta, luz visible, en rayos infrarrojos.
Es posible que existan ondas eléctricas con longitudes de onda aún más largas.
La velocidad de cada uno de ellos es asombrosa: 299.790 kilómetros por segundo.
En el momento en que golpearon los ojos con un destello, ese fue el momento de la explosión atómica. Al instante, terribles rayos gamma atravesaron los cuerpos humanos y los rayos infrarrojos quemaron gravemente las partes expuestas.

Choro y sus compañeros se habían reunido alrededor del Doctor Seiki y estaban enfrascados en una acalorada discusión.
"¿Quién diablos perfeccionó realmente este trabajo? ¿Fue Compton? ¿O fue Lawrence?"'
“Puedes estar seguro de que Einstein jugó un papel importante. Y luego Bohr y Fermi y los demás científicos que fueron exiliados de Europa a Estados Unidos.”
"Luego, el científico británico Chadwick, que descubrió el neutrón, y los franceses, los Joliot-Curie"
"Hemos estado aislados de la investigación científica durante años y la literatura importante no se ha publicado".
“Entonces realmente no lo sé. Pero es bastante seguro que hayan surgido nuevos científicos. Y luego, conociendo los Estados Unidos, puedes estar seguro de que se movilizaron miles de científicos. Sin duda dividieron la investigación y trabajaron con tremenda eficiencia.”
“Pero no es todo trabajo de laboratorio. Se necesita una gran cantidad de energía industrial sólo para extraer el material, refinarlo, fundirlo, analizarlo y purificarlo. Con el tiempo, todo se hará público y entonces nos daremos cuenta de que, en comparación con su escala, el Instituto de Investigación Armamentística de Japón no es más que una caja de cerillas tirada en la calle junto al edificio Maru. Probablemente se utilizó la energía de varios miles de trabajadores para fabricar una bomba atómica. Los pocos cientos de colegialas japonesas que trabajan con papel y pegamento en nuestras armas secretas no tienen comparación.”

“¿Me pregunto qué tipo de átomos usaron? ¿Quizás uranio?”
“No es de extrañar. Quizás usaron un material más ligero como el aluminio.”
“Pero si usaran átomos tan pequeños, la energía liberada también sería pequeña.”
“Pero el mineral de uranio crudo es escaso en todo el mundo. Me pregunto si hay algún elemento que se pueda conseguir con facilidad y en cantidad suficiente para una guerra como ésta.”
“¡No te preocupes! Canadá produce cualquier cantidad de uranio.”
“Hablando de materiales, me pregunto cómo lograron provocar la explosión atómica justo en el momento adecuado y con una cantidad tan grande de cualquier elemento que utilizaran.”
"Bueno, ¡ese es el problema! Ése era precisamente el punto central de la competencia entre los físicos de todo el mundo. Hace unos minutos alguien mencionó el nombre de Lawrence.
Es el principal defensor de la teoría de la destrucción del núcleo atómico mediante un ciclotrón.”
“¿Cómo se puede poner un ciclotrón en una bomba? He visto uno en el Instituto de Investigación de Física y Química. Es tan grande como un gran edificio.”
“Tal vez haya alguna manera de hacerlo pequeño.”
“No, cuando consideras el aislamiento de alta tensión o el electroimán, no puedes hacerlo exactamente más pequeño.
“¿Qué piensas de usar rayos alfa o radio o algo así?”
“¿O no podrían haber usado el mesotrón de los rayos cósmicos?”
“¡Ah! ¡Ya lo tengo! ¡Sí, eso es! ¡Fisión!" ¡Fisión! El fenómeno descubierto por Madame Meitner.”
“¿Señora Meitner? El nombre no me suena.
¿De qué nacionalidad es?’’
“‘Ella es austriaca. Hizo su investigación en Copenhague. También es una de los académicos expulsados por Hitler. Solía ser asistente del Doctor Hahn. Pero a estas alturas ya debe ser una mujer mayor, de más de sesenta años. Su investigación tiene cierta conexión con el trabajo del profesor Fermi de Italia. Descubrió que si haces que un neutrón que se mueva lentamente golpee un núcleo de uranio, este último se rompe en dos. Un neutrón que se mueve rápidamente no sirve porque pasa a través del núcleo y no pasa nada. Si el neutrón que se mueve lentamente se introduce en el núcleo atómico y permanece allí durante un tiempo, el núcleo de repente se rompe en dos y se separa.
Entonces la gran energía atómica latente en el núcleo se libera y explota.”
“¡Guau! ¡Eso es brillante! Se puede hacer sólo con el neutrón.”
“Un dato muy interesante es que la masa de la pieza que se partió en dos es menor que la masa original. Esto prueba la teoría de Einstein sobre la equivalencia de energía y masa.
Aquella fue una revolución en la física, sin duda el avance más importante en el campo de la ciencia en los últimos tiempos. En una palabra, cuando el núcleo se rompe en dos, la masa de una parte de él cambia: es decir, la materia deja repentinamente de existir y se genera la misma cantidad de energía. De ahí surge la energía de la bomba atómica.”
“¿La materia de repente se transforma en energía?’’
“Eso es todo. Cuando la masa de la materia se multiplica por el cuadrado de la velocidad de la luz, el producto es la energía de esa masa”
“La velocidad de la luz es de unos treinta mil millones de centímetros por segundo. Entonces su cuadrado llega a ser un número enorme. Me pregunto cuánta energía se produce cuando un gramo de masa se transforma en energía.”
“En términos generales, cuando un gramo de masa se convierte en energía, esa energía puede transportar un objeto de diez mil toneladas a lo largo de un millón de kilómetros.”

“¡Guau!”
“En cuanto a la bomba que destruyó Urakami, estoy bastante seguro de que utilizaron una gran cantidad de átomos y varios mecanismos. La bomba debía tener aproximadamente el tamaño de un torpedo. Pero imagino que la masa del átomo realmente utilizado fue de unos pocos gramos.”
“¡Eso es fantástico! Pero para provocar la fisión de muchos núcleos atómicos, ¿cómo se descarga el neutrón?’’ “Afortunadamente, cuando el uranio sufre fisión, emite rayos gamma y normalmente también dos partículas de neutrones. Y estos dos neutrones, al chocar con otros núcleos cercanos, provocan la fisión en dos lugares. Luego salen otros dos neutrones de estos núcleos y provocan la fisión de cuatro núcleos. Luego 8, luego 16, 32, 64, 128, 256, 512, 1024, 2048.”
“Y al principio no hay tantos, pero después de poco tiempo una enorme cantidad de átomos explotan simultáneamente, lo que se llama una “reacción en cadena”.
“Entonces, si un neutrón sufre fisión primero, todos los demás le siguen. Pero en rigor no es simultáneo. Se necesita tiempo.”
“Eso es cierto, sentimos la presión de la explosión por más de un momento. Duró unos segundos. Recuerdo que al principio estaba bastante débil y de repente se volvió fuerte.”
“‘Lo que siguió después de eso debe haber sido la presión que surgió como resultado de la acción de resonancia.”
"¿Sabíamos todo esto en Japón?’’
“Sí, lo sabíamos. Incluso yo sé esto.”
“Entonces, ¿por qué no lo hicimos?”
“Esta experimentación de Meitner comenzó mucho antes de la guerra. En ese momento muchos países comenzaron a experimentar. El uranio es el elemento que causa la fisión: el isótopo de uranio: U-235 y U-238. El U-235 es el mejor. Si hay algún otro elemento mezclado con el uranio no sufre fisión cuando el neutrón llega hasta él y, como consecuencia, termina la reacción en cadena. Entonces, para completar la reacción, debemos tener una cierta cantidad de uranio 235 puro. Esto es muy difícil. En Japón habíamos comenzado a purificar uranio 235, pero el gobierno militar nos detuvo. Dijeron que no se podía permitir que el ejército gastara tanto dinero en investigaciones que eran poco más que un sueño. Entonces tuvimos que rendirnos. En cualquier caso, eso es lo que he oído.”
“¡Qué lástima!” '
“No sirve de nada lamentar lo pasado. Es realmente desafortunado que personas sabias tengan líderes ignorantes. Pero déjame decirte una cosa más. Dije que después de la fisión del núcleo sale el neutrón. Sin embargo, si el trozo de uranio es muy pequeño, el neutrón salta al aire y nuevamente termina la reacción en cadena.”
“No es fácil obtener una cantidad suficiente de uranio 235 puro. Incluso los estadounidenses, con toda su riqueza, debieron haber tenido algunas dificultades.”
“Es fácil imaginar los tremendos esfuerzos realizados por los científicos estadounidenses. Mientras tanto, también debió haber muchas víctimas.'"
"Por supuesto. No hay progreso en la ciencia sin víctimas.”
“Creo que usaron uranio. O tal vez usaron átomos artificiales. Parece que el Dr.
Fermi de Roma, máxima autoridad en este campo, partió a Estados Unidos.”
“Bueno, ¡no podemos negar que esta bomba atómica es un tremendo logro científico!" Éramos miembros de un grupo de investigación con un gran interés en la física nuclear y totalmente dedicados a esta rama de la ciencia, e irónicamente nosotros mismos nos

habíamos convertido en víctimas de la bomba atómica, que era el núcleo mismo de la teoría que estábamos estudiando.

¡Aquí yacimos, indefensos en un refugio! Y, sin embargo, fue una experiencia preciosa para nosotros. Colocados sobre la mesa de experimentación, pudimos observar todo el proceso de la manera más íntima. Pudimos observar los cambios que se estaban produciendo y que se producirían en el futuro. Aplastados por el dolor por la derrota de Japón, llenos de ira y resentimiento, sin embargo sentimos que surgía dentro de nosotros un nuevo impulso y una nueva motivación en nuestra búsqueda de la verdad. En este devastado desierto atómico comenzó a florecer una vida científica fresca y vigorosa.

7) Las heridas de bomba atómica

“Doctor, ¿qué ha pasado? ¿He inhalado gas? De alguna manera todo mi cuerpo se siente mal. Estoy mareado como si estuviera a punto de desplomarme.
“Doctor, debo haber inhalado la explosión. Siento náuseas. ¡No puedo levantarme!”
“Doctor, me enterraron vivo. No me lastimé y no tengo heridas. Pero hoy siento que voy a morir.”
Estas fueron las palabras de personas que habían huido a la sombra de los muros de piedra o a las esquinas de los edificios derrumbados y ahora yacían indefensas, incapaces de moverse. Yo mismo sentí lo mismo. Era como la terrible resaca que uno experimenta después de beber toda la noche en una fiesta de fin de año. O, si mis lectores no beben, que recuerden una experiencia de mareo violento y entenderán lo que quiero decir. Era una sensación terrible de cansancio en todo el cuerpo junto con dolor de cabeza, náuseas, vómitos, mareos y pérdida de energía. Me recordó la sensación de náuseas que tuve cuando estuve expuesto a rayos gamma mientras hacía experimentos de radiación. Sabía que estas personas no estaban enfermas porque habían inhalado gas. Su enfermedad no tuvo nada que ver con la explosión. Fue el efecto de los rayos gamma. En el mismo instante del destello, los rayos habían penetrado sus cuerpos. Además, los rayos gamma pueden atravesar fácilmente las paredes de madera de las casas japonesas e incluso paredes de hormigón comparativamente gruesas. En consecuencia, incluso las personas que se encontraban dentro de las casas se vieron afectadas. Los neutrones también provocaron graves lesiones.
Había leído sobre esto en informes académicos, pero como no tengo experiencia directa, no pude decir en este momento si la enfermedad en cuestión estuvo asociada con la irradiación de neutrones. Sin embargo, era bastante seguro que se podrían producir daños graves por neutrones, y dado que la acción biológica de los neutrones es mucho más violenta que la de los rayos gamma, sería realmente terrible. Además, el momento en que aparecen los síntomas difiere según los distintos órganos del cuerpo. Cada órgano tiene su propio período de incubación. Es terrible no saber qué síntomas aparecerán a continuación ni cuándo aparecerán. Me estremecí al pensar en el proceso: bomba atómica… irradiación de neutrones… enfermedad atómica.

El día terminó cuidando a los enfermos y llevándolos a un lugar de refugio. Al día siguiente, el cielo estaba brillante y sin nubes, mientras la oscura nube atómica se desviaba hacia el este. Estábamos atrapados entre el intenso calor del sol y las cenizas calientes que cubrían el suelo. Urakami era como un horno. Muchos de los desafortunados que el día anterior habían huido de la trágica escena, escapando de las manos de la muerte y corriendo frenéticamente hacia las colinas, ahora encontraron que su santuario era en realidad su último lugar de descanso. Allí yacían a la sombra de una roca o de un árbol, tal como habían caído, sin poder moverse. Algunos ya estaban muertos. Otros clamaban pidiendo agua para humedecer sus labios. Otros simplemente gemían de agonía. Como habían huido salvajemente de la ciudad, sin saber ni importarles adónde iban, no teníamos forma de encontrar dónde yacían. Todo lo que pudimos hacer fue gritar: "¡Hola!". ¡Hola! " y luego ver a donde haya alguna respuesta. Sólo en el Monte Kompira hubo varios cientos, algunos dijeron que varios miles, de víctimas. De todos modos, el número de heridos fue extraordinario.

Los departamentos de salud pública de la prefectura y de la ciudad, la asociación de médicos y la policía colaboraron para establecer un servicio de socorro que fuera eficiente y eficaz. La guardia civil cercana también trabajó vigorosamente. El hospital naval de Omura envió inmediatamente un cuerpo de socorro bajo el mando del doctor Yasuyama. Otro destacamento llegó del hospital militar de Kurume. ¿Quién hubiera pensado que nuestra universidad, considerada durante mucho tiempo el bastión de la asistencia médica en esta región, se vería obligada a suplicar ayuda? Fue triste y humillante. Sin embargo, el profesor Koyano, a pesar de que su casa fue quemada y su familia gravemente herida, asumió el papel de presidente y se convirtió en el centro de actividad, el profesor Cho, que había perdido a dos hijos, trabajó incesantemente para los heridos sin siquiera buscar los huesos de sus seres queridos. Además, la mayoría de profesores y estudiantes, olvidando que habían perdido a familiares y propiedades, trabajaron con todas sus fuerzas para ayudar, buscar a los desaparecidos y poner orden en la confusión que reinaba en todas partes.
El presidente Tsuno y el profesor Takagi, tumbados en el refugio donde el agua goteaba constantemente, continuaron dirigiendo las operaciones mientras sus condiciones empeoraban gradualmente. El profesor Yamane, que también fue encontrado gravemente herido, fue llevado y colocado junto a ellos. El banquillo se estaba llenando de estos casos graves. Los aviones enemigos seguían sobrevolando. Sabiendo que otro destello sería el final, tan pronto como escuchábamos el sonido de un avión, incluso si estaba muy lejos, todos corríamos frenéticamente hacia el refugio. Teníamos los nervios a flor de piel.

Después de enterrar a los muertos y curar a los heridos, en la medida de lo posible, pudimos recopilar gradualmente algunas observaciones sobre las heridas causadas por la bomba atómica. Algunas fueron causadas directamente por la explosión atómica. Otros acompañaron la explosión y fueron provocados indirectamente por ella. Las heridas causadas directamente por la explosión fueron el resultado de la presión, el calor, los rayos gamma, los neutrones y los fragmentos de la bomba (bolas de fuego). Las heridas causadas indirectamente por la bomba fueron el resultado del derrumbe de casas, objetos voladores, incendios y la radiactividad emitida por los objetos. Y a esta segunda categoría pertenece también la locura temporal derivada del shock. Las diferencias sorprendentes entre la bomba atómica y el tipo habitual de bomba son: primero, en el caso de la bomba atómica el daño causado por los fragmentos lanzados es insignificante; segundo, la bomba atómica emite rayos radiactivos; En tercer lugar, estos rayos radiactivos continúan causando grandes daños en los días siguientes.
La fuerza de la bomba es tan terrible que no se puede expresar con palabras. Las personas que estuvieron totalmente expuestas a ella, es decir, las personas que estaban afuera, en el techo de un edificio o de pie junto a una ventana, fueron golpeadas o arrastradas por el viento. Quienes se encontraban a un kilómetro de la explosión murieron instantáneamente o en pocos minutos. A quinientos metros de la explosión yacía una madre con el estómago abierto mientras su futuro bebé, sujeto por el cordón umbilical, colgaba entre sus piernas. Había cadáveres con el vientre abierto y las entrañas al descubierto. A setecientos metros de distancia se encontraban cabezas arrancadas de los troncos de los cuerpos. Había cráneos rotos con sangre goteando de las orejas. Permítanme decir unas palabras sobre las heridas en la piel. La piel se desprende y lo hace al instante. Pero sólo la parte de la piel quemada por el calor se desprende del sistema hipodérmico. Se desprende en largas tiras de aproximadamente un centímetro de ancho. Estos se rasgan en el centro o en los extremos y se encogen, curvándose ligeramente hacia adentro para que parezcan un trapo o un plumero.

El color es marrón violáceo y la parte de piel despegada muestra un ligero sangrado hipodérmico. En el momento de la lesión, la víctima no siente un calor violento sino un dolor agudo momentáneo seguido de frío y un dolor más intolerable. La piel escoriada es muy delicada y se puede cortar fácilmente. La mayoría de los que sufrieron este tipo de lesiones murieron casi de inmediato.
Mi conclusión sobre el proceso de las heridas por calor atómico es la siguiente: las partes expuestas de la piel son dañadas por los rayos de calor. Debido a este calor, el sistema dérmico cambia, volviéndose muy delicado y frágil. También lo hace el tejido conectivo que une la dermis al sistema hipodérmico. Como la velocidad de los rayos de calor es de treinta millones de kilómetros por segundo, estos rayos llegan a las personas en el mismo momento en que explota la bomba y provocan los cambios que he mencionado. Sin embargo, las partes no expuestas de la piel no sufren lesiones; tampoco el tejido conectivo.
Tiempo después llega la presión atómica, seguida del vacío. Cuando se genera presión negativa alrededor del cuerpo, la piel se rasga violentamente hacia afuera. La piel normal permanece intacta; pero la parte quemada se arranca y se desprende. Este fenómeno es único y no ocurre en ningún otro momento.
A una distancia de entre uno y tres kilómetros del epicentro, la deformación de la piel provocada por la explosión fue la misma que en las quemaduras normales. Algunas de las víctimas sintieron el dolor del ardor; otros no sintieron nada. Quienes lo sintieron hablaron de un calor intenso. La piel se enrojeció inmediatamente y luego, después de aproximadamente una hora, aparecieron ampollas. Estas quemaduras se diferenciaban de las quemaduras normales en que las víctimas eran al mismo tiempo penetradas por rayos gamma y neutrones. ¿Qué pasará en el futuro con estas personas? Esto no lo sabemos.
Los fragmentos de la bomba cayeron como bolas de fuego. Variaban en tamaño. Algunos tenían el tamaño de la yema de un dedo, mientras que otros eran tan grandes como la cabeza de un bebé. Emitiendo una luz blanca azulada, caían con un silbido, infligiendo heridas letales a quienes eran golpeados por ellos. Las heridas infligidas a personas atrapadas bajo escombros o golpeadas por vidrios y otros materiales voladores, así como el destino de aquellos que murieron quemados en incendios, todo esto fue el mismo que en un ataque aéreo normal. La única diferencia fue que el área y la cantidad de destrucción provocada en un solo momento fue incomparablemente mayor.

Dentro del estrecho refugio estábamos todos acurrucados: los muertos, los heridos y los aparentemente sanos. Cuando cesaba el gemido de un herido, sabíamos que estaba muerto. Por la mañana continuamos nuestra discusión sobre el átomo y sobre la clasificación de los muertos y heridos. Cuando cayó la noche, todos nos quedamos en silencio, completamente agotados. En el silencio de la noche, las horribles escenas del día anterior flotaban ante mis ojos una a una. Mi conciencia fluyó hacia esa incómoda tierra entre el mundo de los sueños y el mundo de la realidad, y mientras tanto, desde el techo del refugio, el agua seguía goteando, goteando como si quisiera medir el tiempo de alguna manera extraña. Debía ser alrededor de la medianoche cuando la jefa de enfermeras, que me había vendado la cabeza y ahora dormía a mi lado, de repente me agarró por los hombros en su sueño y gritó: "¡Oyanagi-san!" ¡Oyanagi-san! " Este era el nombre de una enfermera que había muerto el día anterior.

Era el 11 de agosto.
En las frescas horas de la mañana finalmente llevamos a todos los pacientes al hospital militar. Ahora nos sentimos aliviados, como si nos hubieran quitado un gran peso de

encima. Y una vez completado nuestro trabajo con los vivos, nos dirigimos a los muertos, buscando los cuerpos de los desaparecidos y cremando a los muertos. Aquí y allá surgían tristes llamas rojas de las piras, alrededor de las cuales dos o tres personas permanecían mirando fijamente al vacío. Enterramos a Yamashita-san y sus cuatro compañeras. Pero ¿era posible despedirse de esas preciosas vidas de forma tan sencilla y sin ceremonias? En una placa de madera hicimos una pequeña inscripción con lápiz y la colocamos junto a la tumba. No teníamos flores para decorar la tumba. Los familiares de los estudiantes y enfermeras que habían oído hablar de la tragedia y se habían apresurado al lugar se movían de aquí para allá entre los escombros y gritaban nombres. Cada vez que veían a alguien que se parecía al que buscaban, se apresuraban hacia adelante. A veces encontraban un amigo sobreviviente de su hijo o hija y se deshacían en lágrimas. Me uní a ellos en su búsqueda, por lamentable e inútil que fuera, y compartí sus lágrimas. La mayoría de ellos nunca encontraron los cuerpos que buscaban. Al enterarse de que su hijo o hija debía haber muerto en tal o cual aula, iban allí, recogían algunos huesos carbonizados y esparcidos y rezaban. Otras veces, cuando encontraban un cadáver, el rostro estaba tan mutilado que resultaba irreconocible, y sólo daban con la identidad por una pequeña pestaña cosida al borde de una prenda. Luego se quedaban allí, estupefactos, sin poder siquiera llorar.

8) Centro de ayuda Mitsuyama

Al norte de Nagasaki se encuentra una hermosa cadena de montañas azules. En el mapa, esta cadena montañosa se llama Kurodake, pero la gente simplemente la llama Mitsuyama, que significa "tres montañas". Detrás de esta cordillera se encuentra un valle con un manantial mineral famoso desde la antigüedad por sus cualidades curativas, especialmente por su curación de quemaduras. Se llama el agua de Koba Rokumai Ita, y en la era Taisho se encontraba allí una pequeña posada de aguas termales. Pensando que bañarse en aguas minerales sería especialmente útil para curar las innumerables heridas causadas por la bomba, instalamos allí en Koba un puesto de primeros auxilios.

Y así, el 12 de agosto, llevando en brazos los huesos de los muertos, salimos de Urakami y nos dirigimos al valle de Mitsuyama. Rompiendo por completo con el mundo de las cenizas, ahora nos encontramos en un mundo diferente. ¡Qué cambio! El cielo era azul como una piedra preciosa y el mundo circundante vibraba de vida. De vez en cuando nos deteníamos para respirar profundamente y expulsar de nuestros pulmones el polvo de la guerra. Con cada respiración profunda sentí que todo mi cuerpo se limpiaba de principio a fin. Al llegar a la sección Fuji-no-o de Koba, tomamos prestada una casa y la convertimos en una estación de primeros auxilios. Pero antes de hacer nada más, todos nos abrimos camino a través del bosque frente a la casa y bajamos al arroyo de montaña que fluía en el valle. Dejando nuestras ropas sobre las rocas, nos sumergimos en el agua cristalina y dejamos que la urgente inundación se derramara sobre nuestros cuerpos cansados. Las rocas eran nuestras almohadas; el agua era nuestra colcha. Mientras nos recostábamos, tal como estábamos, mirando al cielo, ambas orillas se elevaban abruptamente a ambos lados mientras los árboles cruzaban sus ramas verdes sobre nosotros. El coro de cigarras era como lluvia que caía mientras, en la estrecha franja azul de arriba, flotaban aquí y allá fragmentos de nubes blancas.

¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo! Recordé un poema que había compuesto en el frente:

Hoy de nuevo he sobrevivido;
Contemplo y disfruto
La preciosa joya de la vida.

Repetí el poema una y otra vez.
Al salir del agua comencé a secarme y, para mi asombro, vi que el lado derecho de mi cuerpo estaba cubierto de innumerables pequeños cortes causados por cristales voladores.
Y al observarlos comenzaron a dolerme. Lavé mi ropa manchada de sangre, la tendí sobre las rocas para que se secara y me fui a dormir a la sombra de un árbol verde. Por primera vez desde la explosión experimenté la alegría del sueño profundo.
Cuando desperté, oí a las enfermeras roncar levemente. Deben haber estado agotados.

Esa tarde fuimos de casa en casa, visitando a los enfermos y curando sus heridas. Primero visitamos a Okumura-san, el jefe de la aldea, solo para encontrarlo acostado en la cama con heridas graves. Era imposible, dijo, calcular el número de heridos que habían huido de

la ciudad y habían llegado a estas casas. Luego fuimos a la casa del buen granjero Takami-san.
“Más de cien personas que huyeron de Nagasaki se han refugiado en esta casa”, dijo su esposa mientras se secaba el sudor de la frente y cortaba diez u once calabazas para nuestra comida.
Muchos de los heridos eran de la escuela secundaria Junshin (el propio director estaba allí) y dormían bajo los mosquiteros. Uno a uno fueron muriendo. En cuanto a Takami-san, hoy como todos los días, había salido por la mañana a cavar tumbas. Y todavía estaba ausente.
Los heridos fueron sacados del lugar de la explosión tal como estaban y no recibieron ningún tratamiento médico. Alguien simplemente había cubierto sus heridas con cualquier trozo de tela que tuviera a mano.
Muchas de las heridas ya estaban supuradas y, cuando quitamos los vendajes improvisados que estaban pegados a la carne, el pus salió a borbotones con un hedor nauseabundo. Cuando lavamos una herida, limpiamos los alrededores y examinamos la parte afectada, de manera un tanto tosca, encontramos trozos de hormigón o trozos de vidrio y madera de puertas correderas. Aunque estábamos acostumbrados a ver escenas nauseabundas, nos estremecimos al verlas. A veces una persona tenía hasta diez o veinte heridas de este tipo. Esto fue bastante impactante. Pero la persona más afligida tenía no menos de ciento diez. Para tratar a un paciente debíamos lavar las heridas, quitar los restos, coser, aplicar medicamentos, vendar, todo esto requería tiempo.
Las quemaduras también eran un espectáculo desagradable. Grandes trozos de piel se habían desprendido, exponiendo la carne temblorosa de una manera extremadamente dolorosa. La mayoría de estas quemaduras se produjeron en la cara, el pecho o los brazos.
A veces la cara estaba tan hinchada que la persona parecía un monstruo y apenas podía hablar. En algunos casos, el paciente había sido tratado con aceite según las instrucciones médicas habituales, y luego todo había ido bien; pero en muchos casos alguien había aplicado patatas trituradas o cáscaras de calabaza o incluso tierra; y el resultado fue horrible. Tuvimos que desinfectar dichas heridas y ordenar al paciente que usara compresas calientes en las aguas minerales de Rokumai Ita.
Terminando nuestro trabajo en una casa, atravesamos el campo hasta la siguiente. Cada vez que veíamos un mosquitero, sabíamos que había una persona herida esperando, y seguimos avanzando con coraje y resistencia. A las diez de la noche habíamos completado nuestras visitas a las casas de Inutsugi y, teniendo cuidado de evitar víboras peligrosas, tomamos el sendero de montaña de regreso a nuestro centro en Fuji-no-o. La hierba ya estaba cubierta de rocío y coros de insectos llenaban el valle con su canto. En el cielo, la Osa Mayor ya había caído, mientras que sobre Mitsuyama aparecía el Escorpión en todo su esplendor. La noche anterior, Antares, tal y como la había visto desde mi lugar entre los escombros atómicos del refugio, había estado temblando con una luz roja siniestra; pero esta noche, mientras contemplaba la misma estrella desde el tranquilo valle, una sensación de íntima afinidad surgió en mi corazón. Y así caminamos con dificultad en silencio. Ante mis ojos, uno a uno, flotaban los rostros de mis compañeros muertos. Con cariño pensé también en los compañeros supervivientes que caminaron a mi lado por este sendero de montaña. Una vez más alcé los ojos al cielo, buscando la estrella Virgen en el lejano horizonte. Quería ver esa luz azul y clara y rezar por el descanso eterno de aquellas enfermeras que habían muerto con tanta belleza en Nagasaki.

El 13 de agosto volvió a ser caluroso y sin nubes.

A las seis de la mañana bajamos al valle, nos lavamos la cara en el arroyo y partimos hacia Rokumai Ita. Ese día planeamos visitar cuatro pueblos: Rokumai Ita, Toppomizu, Akamizu y Odorise. Como esto significaba un viaje de ocho kilómetros, queríamos terminar de visitar el primer pueblo antes del desayuno. Pero al llegar allí nos encontramos con que el número de heridos era mucho mayor de lo que habíamos previsto. La noticia de que había llegado un equipo de socorro viajó rápidamente y llegó gente de todas direcciones. En consecuencia, nuestro trabajo nos tomó hasta las diez de la mañana. En la casa del buen granjero Matsushita-san, descubrimos inesperadamente que nos habían preparado el desayuno. Cuando nos lavamos las manos fuimos recibidos majestuosamente.
"¡Por favor! ¡Vengan por aquí!" Estábamos sorprendidos y asombrados. Mientras me sentaba en el tatami y tomaba entre mis dedos el arroz blanco y humeante que tenía delante, mis ojos se llenaron de lágrimas. "¡Estoy vivo! … ¡Estoy vivo! … ¡Estoy vivo!" "Coman mucho", dijo nuestro anfitrión.
"Queremos que tengan energía para ayudar a la gente de nuestras aldeas. ¡Coman dos comidas: desayuno y almuerzo!"
Y así animados, todos tomamos un abundante desayuno y seguimos nuestro camino. Habíamos completado nuestro trabajo en Akamizu y estábamos a punto de partir cuando nuevamente escuchamos el sonido aterrador del motor de un avión. Rápidamente nos refugiamos en una roca. De haber un destello atómico, sería el fin.
"¡Sin flash! ¡Por favor, sin flash!" Recé.
Si se tratara de una bomba ordinaria, o de ametralladoras, uno podía escapar a menos que lo sorprendieran de improvisto. Pero contra este terrible destello atómico no había defensa.
Nadie podía prever dónde ni cuándo vendría. Si llegaba el destello, todo lo que se encontrara en un radio de varios kilómetros sería destruido. No es de extrañar que tembláramos de miedo.
Pero no pasó nada. El ruido del motor se perdió en la distancia. Volvimos al camino y continuamos nuestro recorrido.

Marchábamos cautelosamente en fila india, teniendo cuidado de no proyectar nuestras sombras oscuras y parpadeantes en el camino, donde serían más visibles.
Éramos un grupo de personas cuyas casas habían sido quemadas. No teníamos dónde vivir; no teníamos ropa que ponernos; habíamos perdido nuestros seres queridos; no teníamos a nadie que nos cuidara. Teníamos el mismo aspecto que cuando dejamos la escena de la destrucción atómica, y ahora estábamos haciendo nuestra ronda, atendiendo a los enfermos. ¿Quién hubiera adivinado que éramos un grupo de profesores, profesores asociados, enfermeras y estudiantes, miembros de la facultad de medicina de una universidad? Nuestras cabezas estaban envueltas en vendas, y algunas de esas vendas estaban manchadas de sangre fresca. Algunos de nosotros cojeábamos con las piernas heridas. Algunos resultaron heridos en el pecho y apenas podían respirar. Otros estaban mortalmente pálidos debido a las heridas radioactivas. Otros, sin embargo, habían perdido sus gafas y caminaban a tientas y tropezaban. Algunos se apoyaban en palos; otros se apoyaban en el hombro de algún amigo. Otros, en cambio, estaban recibiendo ayuda. Algunos llevaban sandalias de paja; algunos llevaban zuecos de madera; algunos caminaban con botas de goma que no les quedaban bien. Algunas llevaban faldas manchadas de sangre; otros tenían camisas rotas o pantalones andrajosos.
Llevaban cintas en las cabezas, pañuelos,y cascos de acero. Y todos nos cubrimos los hombros con hojas verdes para que sirvieran de camuflaje contra los aviones enemigos.

“¡Qué espectáculo tan lamentable!” gimió Choro.
“Si tan solo las cosas fueran normales.”’ suspiró el joven Nagai.
Sí, éramos un ejército derrotado en retirada, pero aún así éramos todavía la facultad de una universidad. Estábamos dedicados a la verdad, estábamos decididos a ayudar a los necesitados, utilizando todos nuestros recursos, en el calor y el ruido, buscando a los heridos, seguía siendo la búsqueda de la verdad lo que daba sentido a nuestras vidas.
Si bien esto permaneció vibrante en nuestros corazones, incluso si nuestras circunstancias exteriores fueran miserables, no tuvimos problemas.
Por primera vez en la historia el átomo había explotado sobre las cabezas de los seres humanos. Cualesquiera que fueran los síntomas que pudieran aparecer, el hecho era que los pacientes que estábamos tratando ahora tenían enfermedades que eran completamente nuevas en los anales de la historia médica.Ignorar a estos pacientes no sólo sería un acto de crueldad hacia personas individuales, sino que sería un crimen imperdonable contra la ciencia, un descuido de un valioso material de investigación para el futuro. Nosotros mismos ya estábamos experimentando en nuestros cuerpos los primeros síntomas de la enfermedad atómica. Si continuábamos nuestras rondas sin un descanso adecuado, nuestros síntomas empeorarían cada vez más y moriríamos. O incluso si no muriéramos, ciertamente enfermaríamos gravemente.
Y, sin embargo, mi conciencia académica dio fuerza a mi cuerpo.“¡Examinen a los pacientes!”, decía. “¡Obsérvenlos atentamente! ¡Capten la evidencia! ¡Descubran el mejor método de tratamiento!”. Tal era la inspiración constante que recibía de mi conciencia. No teníamos máquinas para hacer experimentos ni instrumentos para hacer pruebas. No teníamos papel y hasta habíamos perdido los lápices. Sólo teníamos algunos bisturíes y pinzas, algunas agujas y una reserva de desinfectantes y vendas que dividíamos en bolsas a modo de botiquines médicos, pero teníamos nuestras cabezas, nuestros ojos y nuestras manos. Con estos seguramente conseguiríamos algo.

“¡Aviones enemigos! ¡Agáchense! ¡Agáchense!” Todos nos sumergimos en la hierba alta y respiramos su fragancia de cerca. Las hormigas se arrastraban por los tallos que tocaban nuestras caras.
“¡Todo despejado! ¡De vuelta a la carretera!” Nos pusimos de pie tambaleándonos y seguimos a toda prisa. El sol abrasador nos azotaba.
“¡Aviones enemigos otra vez! ¡Un avión de combate! ¡Ponte detrás de esa roca! .
¡No rompas los frascos de medicinas! ¡No tenemos más!”.
Refugiarnos, correr, descansar nuestros cuerpos cansados a la sombra de un árbol, mirar nuestros relojes sin poder creer que había pasado tanto tiempo, caminar por el camino empedrado y sentir dolores agudos por las ampollas en los pies: esta era nuestra forma de vida. Nos movíamos de pueblo en pueblo. Pero tomó más tiempo y energía de lo que habíamos previsto. Nos agotamos en cuerpo y mente.
Los heridos fueron cinco veces más numerosos de lo que esperábamos. Estaban en todas las casas. Las personas que vivían en las casas nos dijeron que a veces desconocidos llegaban corriendo y se desplomaban ante ellos en el suelo. Otros, al no tener adónde ir, habían extendido esteras en los matorrales de bambú y yacían allí.
Nos quedamos sin vendas. La jefa de enfermeras y Tsubakiyama se ofrecieron como voluntarios para hacer el viaje de una hora por ese camino carbonizado hasta la universidad. "Si hay otro destello, nos encontraremos en el cielo", dijimos, medio en broma y medio en serio, mientras los abrazábamos y los mirábamos descender por el valle.

Cuando llegó la noche aparecieron —con qué ansias habíamos estado esperando— con caras alegres y con bolsas de vendas. Con ellos llegó la enfermera Oishi. Algún tiempo atrás había recibido la noticia de que su hermano había muerto en combate y el 9 de agosto regresó a su casa en Kita Matsuura. Ese mismo día se enteró de la destrucción de la universidad y se apresuró a regresar, esperando poder ayudar a sus compañeros y profesores. “Al menos quería saludar a los restos mortales de mis profesores”, exclamó con lágrimas corriendo por sus mejillas.
Con la ayuda adicional de la enérgica enfermera Oishi, nuestro trabajo avanzó rápidamente.
A las diez de la noche habíamos recorrido todos los pueblos que habíamos previsto visitar ese día y regresamos a Fujino-o.
Encendimos un fuego en la chimenea y hervimos batatas y calabazas. Sentados alrededor del fuego, discutimos los síntomas de los distintos pacientes que habíamos tratado. Ahora quedó claro que las lesiones más graves causadas por los rayos radiactivos se producían en el sistema digestivo. Alrededor de la boca aparecieron erupciones pustulosas y había inflamación dentro de la boca. Estos eran síntomas que nunca antes habíamos visto. Arrojamos trozos de leña a las llamas, entramos en una acalorada discusión y, antes de darnos cuenta, las batatas y las calabazas estaban humeantes y desprendían un olor delicioso.

14 de agosto. Hoy visitaríamos cuatro pueblos: Azebetto, Kawadoko, Tobita y Kotani. En total, un recorrido de nueve kilómetros.
El camino zigzagueaba atravezando valles y montañas, uniendo las casas que estaban esparcidas por la zona.
“¡Hay una casa en la cima de esa montaña!' Instintivamente nuestras piernas se resisten.
Pero puede que haya personas enfermas en la casa. ¿Cómo podríamos dejarlas?”
Y así, poniendo fuerza en nuestras manos que sujetaban nuestros bastones, subimos paso a paso la montaña. Encontramos allí familias rebosantes de alegría a nuestra llegada.
Los heridos, al saber que recibirían ayuda, ahora que algunos médicos habían venido a tratarlos, comenzaban a quitar las vendas con sus manos discapacitadas.
Desde la cocina llegaba el sonido de un cuchillo cortando pepinos... ¡tac! ¡tac! ¡tac! Al terminar nuestro trabajo, comeríamos con nuestros anfitriones.

Y así caminábamos de pueblo en pueblo en nuestra peregrinación para ayudar a los heridos, para llevar alegría a las familias, para promover el progreso de la ciencia médica. Cuando el sol de la tarde se convirtió en una bola de fuego rojo, estábamos hambrientos, exhaustos, abrumados por el dolor, a punto de desplomarnos. De dos en dos, tomados de la mano, regresamos en silencio por aquel sendero de montaña iluminado por el sol del atardecer. De repente, Choro soltó un pedo largo y ruidoso.
“¡Ho! ¡Ho! ¡Ho!”, se rió la enfermera jefe mientras corría hacia delante.
“¡Es horrible!”, exclamó Porotito.
“No pasa nada, no pasa nada”, dijo Choro con indiferencia. “Esto es una plataforma de lanzamiento de cohetes”. Y volvió a soltar otro pedo. Pero esta vez el sonido no fue tan fuerte.
“El peróxido de hidrógeno no es puro”, se rió el joven Nagai, burlándose de él.
“La máquina está bien, pero no hay suficiente combustible”, replicó Choro.
Y luego, con una risa, y sin siquiera darnos cuenta de la distancia, continuamos nuestro camino.
La luna del atardecer brillaba débilmente.

“Ya es tarde y el camino es largo”, murmuró el profesor Seiki.
Y justo en ese momento un espasmo de dolor recorrió mi pierna derecha, la pierna que me estaba dando problemas desde hacía algún tiempo. Fue un calambre y me doblé de dolor en el suelo. Mis compañeros corrieron a mi lado y comenzaron a masajear la pierna vigorosamente. La luna iba cayendo poco a poco y todo alrededor se oscureció.
Nadie pasó por allí. Todavía nos quedaban tres kilómetros por recorrer antes de llegar a Fuji-no-o. Pero cuando habían pasado treinta minutos, los músculos de mi pierna volvieron a suavizarse y, apoyándome en el hombro de Porotito, arrastré los pies por el camino.
Pero apenas habíamos recorrido un kilómetro cuando la propia Porotito se debilitó y se desplomó. Y así Barrilito y la enfermera Oishi entrelazaron sus brazos y la cargaron, mientras Choro me llevaba a mí en su espalda. Por fin llegamos a la casa de Takami-san y pudimos descansar. “¡Dios mío, llegan tan tarde!” exclamó la mujer de la casa; e inmediatamente nos preparó la cena. No tuvimos el valor ni siquiera de protestar. Atragantándonos y tosiendo como perritos, engullimos arroz, calabazas, camotes y ciruelas.

15 de agosto. Fiesta de la Asunción de la Virgen María. Al amanecer se celebró la misa en la iglesia de Koba. Pero el rugido de los aviones enemigos que surcaban el cielo nos obligó a interrumpir la misa. El padre Shimizu llevó rápidamente la Eucaristía al refugio en la parte trasera de la iglesia. Después de la misa partimos inmediatamente hacia el pueblo de Inutsugi para continuar nuestro tratamiento médico. Hoy sentimos que estábamos llegando al límite de nuestra resistencia. De hecho, empezamos a pensar que pronto podríamos llegar a ser los casos más graves de todos. Mientras los pacientes podían hablar, nosotros teníamos que hacer una pausa y reflexionar antes de responder.
La gente seguía muriendo. Parecía ser el día crítico para los heridos. «¡Es la guerra! ¡Aguantad!», nos decíamos unos a otros mientras nos animábamos mutuamente y seguíamos trabajando.
A primera hora de la mañana, Choro había ido al edificio principal de la universidad para reponer nuestras provisiones de comida. Al atardecer regresó. Había ido deprisa y estaba sin aliento. Abrió las bolsas de arroz y los paquetes de pasta de judías y sacó las conservas. Le dimos una gran bienvenida. ¡Y entonces, qué noticias salieron de sus labios!
“Parece que la guerra ha terminado”, dijo.
“¿Y las condiciones?”, preguntamos.
“Rendición incondicional. Aceptación total de la Declaración de Potsdam.”
Por un momento hubo un silencio sepulcral.
“Es mentira”, dije.
“Hay una confusión tremenda en el pueblo”, prosiguió Choro.
“Algunos insisten en que es mentira. Otros dicen que es verdad. Al mediodía hubo un anuncio importante por radio. Había tanta interferencia que no se podía escuchar bien. Pero la palabra ‘Chin’, reservada para el propio emperador, siguió sonando. Algunas personas dijeron que era la voz del propio emperador. Pero la policía militar seguía recorriendo la ciudad en camiones, gritando que la transmisión del mediodía era un truco del enemigo y que no debíamos creerla. Decían que lucharíamos hasta el final, incluso en nuestro propio territorio. Varias personas que decían que la guerra había terminado fueron golpeadas por jóvenes que se encontraban cerca.”
La tristeza se apoderó de nuestro grupo. De nuevo caímos en silencio y centramos nuestra atención en los heridos.
¿Era cierto? No. Debía de ser mentira. Debía de ser un falso rumor. Pero quizá era verdad. Era como si un camión estuviera dando vueltas dentro de mi cabeza.

Cuando terminamos nuestro trabajo y nos lavamos las manos, eran de nuevo las diez de la noche. Preparamos una comida sencilla con las latas que Choro había traído del pueblo. Teníamos el estómago vacío, pero la comida no tenía sabor.

16 de agosto.
Ha caído una bomba atómica... una pequeña bomba de uranio con un mecanismo similar al de un reloj. Está haciendo tic, tic, tic. Dentro de cinco minutos explotará. Pero nadie sabe que ha caído aquí. Me vuelvo loco y me agito. Debo destruir esta cosa. Afortunadamente, tengo una lanza de bambú. “¡Eh!”, grito mientras apuñalo la bomba con la lanza. Pero la lanza no penetra y se dobla. A mi lado hay varias lanzas de bambú. Cojo otra y la clavo hacia delante, pero esta bomba atómica es muy resistente y la lanza se dobla y se rompe. Ahora me irrito, luego me enfado. “¡Eh! … ¡Ya!” “¡Eh! … ¡Ya!”. Grito mientras le doy otro golpe con la lanza. Me duele al respirar; el sudor brota por todo mi cuerpo. La bomba seguramente explotará. Estoy temblando de miedo. El ruido sordo ha comenzado. ¡Ahora se vé el terrible destello de luz! Los rayos me golpean la cara. “¡Se acabó todo!”, grito.
“¡Doctor! ¡Doctor! ¿Qué pasa?” El rostro de la jefa de enfermeras apareció sobre mí cuando abrí los ojos. Porotito abrió las contraventanas y un rayo de sol cayó sobre mi rostro.
“¡Querido, querido! Tienes fiebre”, dijo la jefa de enfermeras mientras ponía su mano en mi frente y secaba el sudor con una toalla. Intenté levantarme pero me sentí mareado. Noté que me dolía la pierna derecha y no podía moverla. La jefa de enfermeras estaba examinando la pierna.
“Todas tus heridas están supurando. ¿Por qué dejaste que las cosas llegaran tan lejos sin decir nada?”, dijo, regañándome.
“Es una guerra”, dije impertérrito. Pero sabía que no podría levantarme ese día. Comenzaron a tratar mis heridas y a ponerme inyecciones. Luego partieron hacia Kawahira, Tsubakiyama fue a la ciudad para obtener noticias confiables.Me quedé sola con mis gemidos para cuidar el lugar mientras ellos no estaban. “¡Doctor!” dijo una voz. Era Tsubakiyama, de regreso del pueblo. Con cara oscura y triste me entregó el periódico. Con una sola mirada vi toda la historia. Estas fueron palabras que nunca quise ver. Durante años había luchado y sufrido para no verlos:
Por decreto imperial sagrado, la guerra ha terminado.
“¡Japón ha sido derrotado!” Alzando la voz comencé a llorar. Las lágrimas se desbordaron y me tapé los oídos. Durante veinte minutos, durante treinta minutos lloré como un niño. Cuando mis lágrimas se secaron, mis sollozos no pararon, Tsubakiyama yacía sobre el tatami convulsionada por las lágrimas, sus hombros temblaban mientras sollozaba. A primera hora de la tarde regresaron nuestros compañeros que habían salido a realizar tareas de socorro. Al ver sus rostros, nuevamente rompí en lágrimas torrenciales.
Todos nos tomamos de la mano y lloramos. Y seguimos así. El sol se puso y la luna salió; pero no podíamos dejar de llorar. Allí nos quedamos sentados, sin tocar la comida, sin beber el té, sin pensar en nada, sin decir una palabra. Nuestros rostros, blancos como la leche, se hundieron en un mar de lágrimas. Cuando ya no hubo más lágrimas que derramar, el cansancio del día salió a la superficie y caímos en un sueño profundo.

17 de agosto.
Los imperios se desmoronan, pero las montañas y los ríos permanecen.
Abriendo las puertas corredizas, miré las montañas. Los tres picos de Mitsuyama estaban tan tranquilos como siempre. Ni siquiera parecían notar los fragmentos de nubes que flotaban bajo sus imponentes alturas. Todas las cosas pasan. Todas las cosas son como un

fragmento de nube. Nuestra fe en la estabilidad eterna del Imperio japonés se había derrumbado en un momento. En el claro cielo azul de la mañana, los aviones estadounidenses volaban victoriosamente en círculos a su antojo. Primero vino un Grumman. Luego un Lockheed. Todos volaban bajo, a una velocidad pausada, como si quisieran observar bien el terreno que se extendía debajo. Apareció un B-29. Su enorme fuselaje parecía casi tocar los tres picos de Mitsuyama. Luego se alejó volando.

La guerra terminó y fuimos derrotados. Hoy simplemente nos la pasaríamos durmiendo y sin hacer nada. Después del desayuno nos tumbamos en nuestras colchonetas mirando las nubes, los árboles, los aviones. No teníamos ganas de hacer nada. Había tazas y platos junto al fuego, sucios y abandonados.

Llegó un hombre pidiéndonos que visitáramos a un herido.

“Japón ha perdido. ¿Por qué hablar de los heridos? Hoy hay cien millones de personas llorando. ¿Vamos a armar un escándalo por la vida o la muerte de uno o dos de ellos? Aunque les ayudemos, ¿servirá de algo? Japón nunca volverá a levantarse...

¡Recházalo!”. Y rechacé secamente nuestra ayuda.

Hoy estábamos enfermos e irritables. La más mínima cosa nos hacía pelear y discutir.

“Ya veo”, dijo el hombre sin vida. Y se alejó, abatido y triste. Desde mi lugar en la estera, lo observé atentamente mientras cruzaba el campo frente a la casa y estaba a punto de desaparecer de mi vista.

Entonces, de repente, me levanté de un salto y le dije a Porotito que lo llamara. En un instante había cambiado de opinión. Incluso una sola vida preciosa merecía ser salvada. Japón había sido derrotado, pero los heridos seguían vivos. La guerra había terminado, pero el trabajo de nuestro equipo de socorro continuaba. Nuestro país estaba destruido, pero la ciencia médica seguía existiendo. ¿No acababa de empezar nuestro trabajo? Independientemente del auge y la caída de nuestro país, ¿no era nuestro principal deber atender la vida y la muerte de cada persona? La base misma de la Cruz Roja era atender a los heridos, fueran amigos o enemigos. Precisamente porque los japoneses habíamos tratado la vida humana con tanta simplicidad y descuido, precisamente por eso nos habíamos visto reducidos a nuestra miserable situación actual. El respeto por la vida de cada persona: esa debía ser la piedra angular sobre la que construiríamos una nueva sociedad.

A nuestro pueblo le habían dicho que debía sufrir estas terribles heridas para ganar la guerra; pero en realidad habían sufrido para perder. Ahora se encontraba en la situación más lamentable y desesperada. Y no había nadie que lo consolara ni nadie que lo ayudara excepto nosotros. Debemos levantarnos y acudir en su ayuda. Me quedé allí de pie, tambaleándome sobre mis piernas vacilantes. Y entonces todo el grupo se puso de pie a mi lado. Recuperamos el valor. La determinación de continuar con nuestro trabajo nos dio fuerza y alegría.

“¡Es una guerra!” Con estas palabras nos vimos obligados a luchar una y otra vez.

Con estas palabras nos habíamos visto obligados a hacer cualquier cosa sin razonar ni cuestionar. Pero esas palabras ya no nos conmoverían. Ahora veíamos que nadie más que nosotros podía salvar esta preciosa vida, y nos movíamos espontáneamente para ayudar y servir. Por supuesto, nuestros cuerpos estaban completamente agotados; pero no descuidaríamos a los heridos, incluso cuando nuestras propias heridas nos lastimaran a cada paso. Un avión de combate con claras marcas estadounidenses voló bajo sobre nuestras cabezas. Hoy no pasaría nada a pesar de que parecíamos bastante numerosos mientras caminábamos por el camino. Cada vez que un avión americano sobrevolaba

teníamos una extraña sensación de alivio al saber que no teníamos que correr en busca de refugio.

18 de agosto.
Se extendió el rumor de que las fuerzas aliadas estaban desembarcando y que las mujeres debían huir a las montañas en busca de seguridad. Fue un espectáculo a la vez triste y divertido ver a los japoneses adinerados cargando sus pertenencias y corriendo de aquí para allá presas del pánico. Durante algunas semanas después de la rendición, la agitación tomó diversas formas y a nuestro alrededor reinaba la confusión. Pero nosotros mismos no teníamos ninguna posesión: no teníamos nada que perder. Lo único que teníamos era un gran número de enfermos y heridos. Así que continuamos con calma nuestras rondas, llevando ayuda a los necesitados. Pero estábamos tristes y con el corazón apesadumbrado. Nuestro Japón, el Japón simbolizado por el monte Fuji atravesando las nubes e iluminado por el sol que salía por el mar oriental, estaba muerto. Nuestro pueblo, el pueblo de Yamato, fue arrojado a lo más profundo de un abismo. Nosotros, los que estábamos vivos, vivíamos sólo en la vergüenza. Felices en verdad eran nuestros compañeros que habían dejado este mundo en el holocausto de la bomba atómica. Vivíamos con un profundo dolor interior. Todos los días, después de cenar al aire libre bajo los rayos de la luna o, cuando la lluvia golpeaba el tejado, las montañas y el mundo circundante, alrededor del hogar, nos reuníamos y entrábamos en una discusión reflexiva. Hablamos del futuro. ¿Dónde estaba nuestro camino? Pero durante el día pudimos trascender todos estos problemas y concentrar nuestros esfuerzos en salvar cada vida humana que podíamos. La terrible enfermedad atómica se manifestó cada vez más en nuestros pacientes, en los refugiados que antes parecían bastante sanos y en nosotros mismos. Ciertos síntomas eran exactamente los que esperábamos en experimentos de laboratorio anteriores. De hecho, casi nos sentimos orgullosos de que se confirmaran tan bien nuestras teorías. Pero otros síntomas surgieron repentina e inesperadamente y nos dejaron profundamente perplejos.
De esta manera continuamos nuestra labor de socorro en Mitsuyama durante dos meses; es decir, hasta el 8 de octubre. Uno a uno, los miembros de nuestro equipo cayeron enfermos, postrados. Las heridas de las bombas atómicas, el exceso de trabajo y la desnutrición habían minado nuestras fuerzas de manera peligrosa. Los glóbulos blancos del profesor Fuse se redujeron a la mitad del recuento normal. Moriuchi comenzó a sangrar. La enfermera en jefe perdió el cabello. Los que se caían dejaban las rondas y yacían retorciéndose de dolor.
Mientras tanto sus compañeros, que regresaban de las aldeas, pasaban la noche cuidándolos; y cuando amanecía, volvían a hacer sus rondas habituales de pueblo en pueblo y de casa en casa, caminando penosamente a través del valle abrasador, una distancia de unos ocho kilómetros cada día. Cuando, al cabo de un tiempo, los que estaban en la cama se recuperaron y pudieron levantarse, sus compañeros que los habían cuidado se desplomaron con fiebre alta.
Mostrar y recibir cuidados tiernos, dar y recibir inyecciones: esta era nuestra vida.
Cuando alguien decía que tenía sed, otro bajaba al arroyo del valle y, cogiendo agua fresca, la traía. O si alguien no podía comer, otro le daba un par de peras recibidas en casa de algún paciente. Para conseguir medicamentos e inyecciones, algunos miembros de nuestro grupo viajaron hasta Nagasaki y regresaron por la carretera de montaña, recorriendo una distancia de unos veinticinco kilómetros.
El 20 de septiembre yo mismo enfermé gravemente y abandoné toda esperanza de vida.

Habían aparecido síntomas de enfermedad atómica y la fiebre alta continuó durante una semana. Y justo en ese momento llegó una petición de ayuda desde Kida, un pueblo en la cima de la montaña. Sabía que si iba probablemente moriría pero, pensando que ofrecer mi vida por una persona desconocida sería un sacrificio que valía la pena, emprendí el viaje.
Mis piernas temblaban. En el camino me detuve a descansar en el refugio del Convento Junshin en Kawadoko. “No lo entiendo! ¡No entiendo por qué te exiges tanto!”. dijo el superior en tono de regaño. Pero logré curar al herido. Y luego, al llegar a casa, tarde en la noche, me desplomé en la cama como una piedra que cae al valle, para nunca volver a levantarme. Cuando desperté dolorosamente de mi estado inconsciente, noté algo extraño en mi respiración.
Atendiendo ansiosamente a mi cuerpo, reconocí los síntomas de la respiración de Cheyne-Stokes. Se trata de un tipo especial de respiración que comienza unas horas antes de la muerte.
"Cheyne-Stokes", dije en voz alta.
Al lado de mi cama estaba sentado el Doctor Tomita, ex estudiante de investigación de nuestro departamento. Lo habían llamado al frente y ahora, inesperadamente, había regresado.
“Sí”, dijo con una mirada avergonzada.
“Ha recorrido un largo camino, doctor”, le dije, extendiendo mi mano a modo de bienvenida.
“Lamento causar tantos problemas.” En ese momento apareció Morita-san, la jefa de enfermeras del hospital militar, "Está bien, Doctor Nagai”, dijo con firmeza.
“Solo descanse.’’ Y con eso me puso una inyección en el brazo. A juzgar por el dolor, debió ser coramina. Mi pulso también era débil y sentí un dolor inquietante y agonizante en el pecho, como si un auto vacío estuviera dando tumbos dentro de mí. Pero la enfermera había dicho que todo estaría bien, así que todo estaría bien. Sin embargo, no podía mover la cabeza, ni siquiera podía abrir los ojos. De alguna manera sentí que se había reunido un gran número de personas y estaban susurrando entre sí y había mucha conmoción.
“¿Dónde está el Doctor Fuse?”, Pregunté débilmente.
“Él está fuera desde hace un momento. Pero pronto volverá”, dijo la jefa de enfermería.
“Ya veo”, dije, y luego perdí el sentido.
No sabía que el Doctor Fuse, desesperado por ayudarme, había hablado con el profesor Cho, le había suplicado al profesor Kageura y había visitado al profesor Koyano. Desde la mañana hasta la noche había estado corriendo de un lado a otro tratando de conseguir la información y la medicina que me ayudaría. Pero todos los médicos que se enteraron de mis síntomas concluyeron que no había esperanza. Cuando entré en coma, sin que yo lo supiera, muchos amigos corrieron a mi lado y se reunieron alrededor de mi cama. Todos habían hecho sacrificios por salvar mi vida.
Vino el padre Tagawa y me preparé para el final. Creo que entonces habría muerto feliz. Pero la muerte no llegó.
Cuando abrí los ojos y salí del coma, parecía que era de tarde, al ver a mis amigos alrededor de mi cama, un escalofrío de felicidad invadió mi ser. Mi corazón me estaba causando un dolor agudo. Sabía que si me llegaba otro calambre moriría.
Las puertas correderas estaban abiertas y desde donde estaba recostado podía ver los tres picos de Mitsuyama. Elevándose tranquilamente hacia ese cielo despejado, eran un símbolo de la Santísima Trinidad.El otoño había comenzado.

La brillante nube otoñal
se eleva en lo alto del cielo

y desaparece de la vista.

Repetí dos veces estas palabras y luego caí en mi último estado de coma. Una semana después salí del coma. Todos lo llamaron un milagro.
¡Qué profunda amistad, qué unión, qué intimidad nos unió en aquellos días difíciles!
Por la noche, a la luz de la linterna y en medio del coro de los insectos, rezábamos por el descanso de nuestros compañeros fallecidos. Si Takimi-san nos daba caquis, pensábamos en los ojos brillantes de Inoue. Si Harada-san nos daba pasteles de arroz para la fiesta del pueblo, pensábamos en Hama. Si la esposa del fabricante de cestas nos daba cerezas de invierno para el altar de la casa, la nariz roja de Yamashita flotaba ante nuestros ojos. Si Matsushita-san nos daba patatas, lamentábamos que Oyanagi y Yoshida tuvieran que haber atravesado el campo de patatas justo en ese momento. Se nos llenaron los ojos de lágrimas cuando consideramos lo felices que seríamos si tan solo Fujimoto, Kataoka y Kosasa estuvieran disfrutando de esta comida con nosotros.

9) La enfermedad de la bomba atómica

Ya se habían realizado una gran cantidad de investigaciones sobre los efectos de la radiación de fisión nuclear en los seres vivos, mediante pruebas clínicas y experimentos con diferentes tipos de animales antes de que explotara la bomba atómica.

Aunque existen grandes diferencias dependiendo si la la radiación se liberó en grandes cantidades en un corto tiempo, o en pequeñas cantidades durante un largo periodo, la radiación siempre tiene un efecto destructivo en las células del tejido.

Cuando se expone a la radiación, el tejido comienza a deteriorarse. Sin embargo, el efecto no aparece de inmediato y cada órgano interno tiene su propio período de latencia. Es posible que la persona no sienta ningún dolor o que no se dé cuenta de que está herida en el momento de la irradiación. Cuando la radiación penetra en el cuerpo humano no estimula el sistema nervioso, por lo que la persona ni siquiera sabe que ha sido irradiada hasta que los síntomas aparecen algún tiempo después.

Algunos órganos son muy resistentes a la radiación mientras que otros son muy sensibles a ella. La médula ósea, los ganglios linfáticos y las glándulas generativas son los más débiles y pueden sufrir grandes lesiones.

La médula ósea produce células sanguíneas. Y por ende, cuando se lesiona, tanto los glóbulos blancos como los rojos disminuyen. Cuando el grado de lesión es alto, la médula ósea cambia y envía continuamente glóbulos blancos incompletos al torrente sanguineo.

Este aumento de glóbulos blancos anormales causa leucemia. En particular, cuando se recibe una pequeña cantidad de radiación durante un largo período de tiempo, la leucemia se contrae fácilmente.

Las amígdalas (un ganglio linfático) son muy susceptibles a la radiación y con frecuencia mueren. Cuando se dañan las glándulas sexuales, el resultado es la pérdida de energía sexual, deficiencia en la producción de esperma, cese de la menstruación y esterilidad. Pueden darse abortos y nacimientos de niños deformes. Los senos también se vuelven pequeños.

La siguiente más débil es la membrana mucosa. Cuando esta se lesiona, se produce congestión e inflamación. En casos extremos, se forman úlceras. Cuando se dañan las mucosas de los órganos digestivos, se contrae estomatitis, gastritis e inflamación intestinal.

Esto conduce a una diarrea similar a la disentería. Además, las raíces del cabello se dañan y el cabello comienza a caerse. Pero esto se puede curar y el cabello vuelve a crecer. Los pulmones desarrollan neumonía y los riñones se atrofian. Si se lesiona la glándula suprarrenal, la piel se oscurece.

Un ejemplo de síntoma que afecta a todo el cuerpo son las náuseas por radiación, que aparecen unas horas después de la exposición y duran algunos días. Mientras más joven es la persona, más violento es el efecto. Los jóvenes pueden morir mientras que los mayores sobreviven. Existe una dosis mortal determinada para cada tipo de radiación. Dado que cada célula tiene su propio período de latencia antes de la aparición visible de la lesión, la muerte no ocurre inmediatamente. Sin embargo, una persona irradiada con una dosis superior a la letal no puede curarse, sea cual sea el tratamiento.

Cuanto mayor sea la dosis, más violentos serán los síntomas y puede producirse la muerte inmediata.

Pero ¿qué tipo de síntomas aparecieron realmente como resultado de la bomba atómica? Los síntomas eran más o menos similares a lo que nos ha enseñado la radioterapia hasta ahora.
La radiación operante en el caso de la bomba atómica fue causada por los neutrones y los rayos gamma que volaban en el momento de la explosión, y por la radiactividad que permaneció durante mucho tiempo en la zona alejada del viento en el centro de la explosión, es decir, en la región oriental. Estrictamente hablando, cada uno de estos tipos de radiactividad era diferente. Por mucho, el más potente era el neutrón. Muy problemática, aunque mucho más débil, fue la radiactividad remanente. Esto sirvió de base para la teoría de que la zona contaminada permanecería inhabitable durante setenta y cinco años. Cuando la gente decía que habían inhalado gas o que habían sido alcanzados por la explosión atómica, en realidad querían decir que habían sido irradiados. Como a veces la gente piensa que las enfermedades sólo entran por la boca, hacen este tipo de interpretación, diciendo que han inhalado gas. Pero, en realidad, la radiación puede penetrar fácilmente en cualquier parte del cuerpo y tener efectos violentos.

Permítanme examinar brevemente las enfermedades atómicas causadas por la bomba según el momento de su aparición. Aproximadamente tres horas después de la explosión, comenzaron a sentirse náuseas por radiación y alcanzaron su punto máximo al cabo de veinticuatro horas. Después de eso disminuyó gradualmente. Por lo general, al tercer día aparecían lesiones en los órganos digestivos que mataban a muchas personas en aproximadamente una semana. Para aquellos que habían sido levemente afectados, la diarrea duraba poco tiempo. Durante la segunda semana algunas personas empezaron a sufrir hemorragias. Esto fue causado por trastornos circulatorios; y mucha gente murió. La caída del cabello comenzó a lo largo de la tercera semana. La cuarta semana trajo síntomas graves debido a la disminución de los glóbulos blancos; y nuevamente, mucha gente murió.
Las lesiones de las glándulas sexuales continuaron apareciendo durante más de diez semanas después de la explosión.
En general, los síntomas aparecieron antes y fueron más graves en el caso de los niños que en los adultos.
Incluso ahora, en el momento de redactar este informe, queda una pequeña cantidad de radiactividad en el centro de la explosión y se nota un aumento de glóbulos blancos entre los habitantes de esta zona.
Ahora permítanme comentar brevemente algunos otros puntos importantes. Ya he hablado de las náuseas por radiación al hablar de las heridas causadas por la bomba atómica. Nuestras observaciones de lesiones en los órganos digestivos coinciden exactamente con los resultados de los experimentos realizados con animales. Es decir, hay congestión e inflamación ulcerosa de la mucosa. Algunas personas que habían quedado enterradas bajo casas derrumbadas y otros escombros a un kilómetro del centro de la explosión estaban al principio felices de haber sobrevivido ilesas. Pero unos tres días después empezaron a aparecer pústulas del tamaño de frijoles alrededor de sus bocas; y al día siguiente les dio estomatitis con intenso dolor. Luego experimentaron grandes dificultades para comer y beber. Les subió la temperatura y perdieron el apetito. Siguieron más dolores de estómago y diarrea. Aparecieron síntomas de inflamación intestinal. Al principio la diarrea era líquida pero poco a poco se fue mezclando con mucosa. Más tarde apareció sangre, la temperatura corporal subió a 40° centígrados y algunos de los casos fueron diagnosticados erróneamente como disentería. Se debilitaron mucho y murieron al cabo de una semana o

diez días. Otros, en cambio, que sufrieron heridas leves sólo se quejaron de diarrea y pérdida de apetito.
Como ya he dicho, quedaron ciertos rastros de radiactividad. Algunas personas sufrieron diarrea simplemente por pasar por Urakami durante los primeros diez días después de la explosión. Algunas muertes, pero no muchas, se produjeron por hemorragia durante la segunda semana. Se produjeron hemorragias nasales repentinas, vómitos de sangre, diarrea con sangre y nuevos sangrados de viejas heridas, lo que provocaba la muerte. Las plaquetas sanguíneas se destruyeron produciendo una tendencia al sangrado. Se habían hecho experimentos con conejos sobre este punto.
Con la llegada de septiembre y el frío, la confusión tras la capitulación se calmó. Los pacientes ahora comenzaban a tener esperanzas de vivir. Sin embargo, hacia el 5 de septiembre, cuatro semanas después de la explosión, aparecieron de repente desórdenes en los glóbulos blancos. La gente empezó a morir rapidamente. Esto sumió a todos en un estado de miedo y pánico agudos. Sucedió de esta manera.
Muchas personas que vivían en casas a un kilómetro de distancia de la explosión, personas que no habían sufrido nada más que una ligera diarrea y que se habían dedicado a ayudar a los demás, enfermaron repentinamente.
Al principio hubo algunos síntomas de advertencia. Hubo fatiga en todo el cuerpo, mientras que la piel se puso blanca. Luego la temperatura superó los 40° centígrados y se mantuvo en ese nivel durante algún tiempo. Luego contrajeron estomatitis y úlceras en las encías que provocaban la necrosis de las encías. No podían comer ni beber debido a la rugosidad de la membrana laríngea y a la amigdalitis ulcerosa. Luego comenzaron a aparecer manchas de color rojo violáceo en la piel, primero en el tronco y en la parte superior de los brazos y luego en los muslos. Su tamaño creció desde el de un alfiler hasta el de un grano de arroz, el de un frijol y finalmente llegaron a ser tan grandes como la yema de un dedo.
Sin embargo, las víctimas no sintieron ni dolor ni picazón. Finalmente los glóbulos blancos disminuyeron mucho; y los que tenían menos de dos mil no pudieron salvarse. El proceso fue bastante rápido y murieron en unos nueve días. Las lesiones por radiación indirecta fueron menos comunes.
Pero permítanme contarles algo: la hierba, los árboles y todo lo que crecía en un radio de dos a siete kilómetros: todos fueron irradiados en el momento de la explosión y quemados de rojo. Además, las hojas sobre las que caían las grandes gotas de lluvia negra se marchitaron y murieron. El día después de la explosión, dos agricultores cortaron parte de un miscanthus muerto y lo cargaron sobre sus hombros. Y al día siguiente, sus brazos, piernas y hombros, que habían sido tocados por las hojas muertas, sufrieron un edema rojo que les picaba. Parecía una intoxicación cutánea pero desapareció en unos días.

Pero ¿qué pasa con la influencia de la radiactividad residual? ¿Qué pasa con las personas que no estaban en Urakami en el momento de la explosión y, en consecuencia, no resultaron heridas, personas que no estuvieron expuestas al destello pero que vinieron a vivir en el centro de la explosión? Para estudiar estos casos cerré la estación de socorro de Mitsuyama y construí una cabaña en Ueno-cho, en el centro de la explosión, donde vivo ahora. He observado atentamente los alrededores hasta el presente. Inmediatamente después de la explosión, se demostró la existencia de una radiactividad sustancial. El elemento que fue la fuente de esta radiactividad fue el nuevo átomo producido por la fisión nuclear. Al principio flotaba en el cielo como una nube en forma de hongo; pero finalmente cayó a la tierra, tomando la forma de un polvo extremadamente diminuto que por sí solo no era visible al ojo humano. En el momento de la división del uranio se produjeron bario y

estroncio radiactivos. Además, la poderosa radiación de la explosión provocó que los átomos de la materia terrestre sufrieran fisión y es posible que algunos se volvieran temporalmente radiactivos. Sin embargo, todas estas sustancias radiactivas irán recuperando poco a poco la estabilidad en sus átomos y perderán radiactividad. Algunas ya han sido arrastradas por el agua, y los recuentos radiactivos en la zona central de la explosión disminuyen cada día. Sin embargo, incluso ahora, un año después de la explosión, todavía queda una pequeña cantidad que continúa su trabajo de irradiación.
De lo que he dicho quedará claro que el efecto de la radiación sobre el cuerpo humano fue más violento al principio.
El distrito de Ueno donde vivo ahora se encuentra a seiscientos metros del centro. Todos los habitantes fueron asesinados excepto un niño que estaba escondido en lo profundo de un refugio. De hecho, la zona se convirtió en un montón de cenizas y escombros. Quienes vinieron a vivir aquí tres semanas después de la explosión comenzaron gradualmente a experimentar náuseas y lesiones en los órganos digestivos. Esto duró más de un mes. También sufrieron diarrea severa. La condición de las personas que cavaban entre las cenizas para sacar los restos de las casas quemadas, o que llevaban tejas, o que cuidaban los cuerpos de los muertos, era la peor. Sus síntomas se parecían a los de las personas que habían sido profundamente irradiadas durante la propia explosión. Sin duda, este fue el efecto de una intensa y continua irradiación residual en todo su cuerpo. La condición de las personas que se mudaron al lugar después de un mes fue mejor. Sin embargo, las náuseas y las lesiones en los órganos digestivos eran muy evidentes. El pus se forma fácilmente en las picaduras de mosquitos, pulgas o cualquier pequeña herida. Además, la cantidad de glóbulos blancos pareció disminuir. Después de tres meses no aparecieron más síntomas evidentes de lesión. La gente empezó a mudarse y a construir casas. Se trataba en su mayoría de soldados desmovilizados, evacuados y repatriados.
Y, sin embargo, al examinar los glóbulos blancos, se pudo observar que un mes después de mudarse a la zona hubo un aumento extraordinario: el recuento se duplicó. Estos síntomas fueron el resultado de la exposición continua a una pequeña cantidad de rayos radiactivos. En otras palabras, en este lugar todavía queda una cantidad muy pequeña de radiactividad; Y eso es exactamente lo que nos advirtieron los estadounidenses en el momento de la explosión. Pero como la velocidad de disminución de la radiactividad es bastante rápida, la teoría de los setenta y cinco años no es sostenible. Me parece que el peligro de la radiactividad no durará mucho. Actualmente la salud de los habitantes es buena, aunque los glóbulos blancos han aumentado.
Aunque vivo aquí desde hace algún tiempo, nunca me han pedido que examine a los pacientes, excepto en casos de enfermedades parasitarias. Yo mismo duermo en una pequeña cabaña con carámbanos colgando de las paredes y el techo y con nieve filtrándose. Sólo tengo una fina manta para protegerme. Y, sin embargo, no he contraído neumonía, ni siquiera un resfriado. Incluso si me hago una herida o un rasguño, no tengo miedo de que se produzca una infección o que se forme pus en las heridas. De hecho, me siento como un habitante de una región de aguas termales.
Lo que más me preocupa es la lesión de las glándulas sexuales. Sin embargo, veo que algunas esposas jóvenes ya están embarazadas, aunque la tasa de embarazos parece haber disminuido un poco. No oímos hablar de muertes fetales y no ha nacido ningún bebé deforme.
Aunque deberíamos ser precavidos a la hora de hacer predicciones sobre el futuro, soy bastante optimista y estoy persuadiendo a la gente a regresar a las ruinas y reconstruir sus casas.

Otro tema que preocupa actualmente es el pronóstico de las quemaduras en la piel.
Estas graves quemaduras han sido causadas no sólo por el calor intenso sino también por la irradiación tanto de neutrones como de rayos gamma. De hecho, son bastante diferentes de las quemaduras comunes. Incluso en el caso de quemaduras comunes, algunas personas sufren edema de pie zambo, dependiendo de su condición. Pero de los quemados por la explosión atómica casi todos sufrieron los síntomas del edema del pie zambo. En la ciudad de Nagasaki uno se encuentra a menudo con personas cuyas caras y manos se ven rosadas, brillantes e hinchadas. Estos son síntomas del edema del pie zambo.
Si uno sufre una lesión por radiación que provoca un edema del pie zambo, la piel pica y, si continúa rascándose, al cabo de unos años podría desarrollar una úlcera; y aún muchos años después se puede contraer cáncer. Esto se ha demostrado frecuentemente en el caso de la irradiación con radio y rayos X.
¿Las lesiones derivadas de las quemaduras de las bombas atómicas provocan cáncer? Éste es el problema más grave que queda para el futuro. Quienes hayan sufrido este tipo de lesiones deben tener cuidado de no rascarse la piel. Después de bañarse no deben frotarse la parte lesionada y deben evitar el uso de cualquier tipo de medicamento.

10) Terapia de la Enfermedad Atómica

La inyección de vitamina B y azúcar de uva fue muy eficaz para contrarrestar las náuseas. Para las quemaduras, la terapia con agua mineral era mucho mejor que cualquier otra cosa. Dividimos a los pacientes en dos grupos: el primer grupo recibió terapia con agua mineral y el segundo grupo, terapia ordinaria con medicamentos. Y observamos el proceso de curación.
El primer grupo tardó un promedio de sólo veinte días en curarse por completo, mientras que el segundo tardó treinta y ocho días. Es decir, quienes tomaron la terapia con agua mineral sanaron, en promedio, dos semanas antes. Bañarse en agua mineral es bueno para cualquier lesión externa; y yo mismo me he beneficiado mucho de ello.

Fuimos los primeros médicos en aplicar a los pacientes afectados por la bomba atómica la llamada terapia de choque con la propia sangre del paciente. Esta terapia se ha extendido rápida y ampliamente; Les pedimos a todos los médicos que lo siguieran. Yo mismo creo que es extremadamente eficaz, pero como las opiniones de los médicos que lo utilizan varían considerablemente, aún no se ha dicho la última palabra. Todo lo que podemos decir es que muchos médicos lo encontraron beneficioso. Esta terapia se había utilizado en otros pacientes, pero el 10 de septiembre el Doctor Fuse la probó por primera vez en pacientes con bomba atómica. Así es como empezó.
A principios de septiembre, muchas personas enfermaron repentinamente de gravedad con síntomas de hematoma subcutáneo: fiebre alta, necrosis de encías y úlceras en la garganta. Comenzamos a preguntarnos si esto era septicemia o alguna nueva enfermedad epidémica, pero mientras observábamos de cerca, dándole tratamiento sintomático, nos dimos cuenta de que había similitudes con la deficiencia de granulocitos, que es una enfermedad de la sangre. Finalmente descubrimos que los síntomas eran causados por una disminución de los glóbulos blancos debido a una lesión en la médula ósea por la irradiación.
Los pacientes murieron rápidamente. Bajo la dirección del Doctor Fuse, los atendimos día y noche, mientras hacíamos todo lo posible para encontrar una terapia adecuada. Y fue en ese momento cuando llegamos teóricamente a la conclusión de que el tratamiento de shock con la propia sangre del paciente sería eficaz. Actuamos de inmediato, tomando 2 centímetros cúbicos de sangre del paciente y se los inyectamos en el músculo de su cadera. Los resultados fueron buenos. Todos los pacientes moribundos se salvaron.
De hecho, después de nuestro descubrimiento de esta terapia no se produjeron más muertes por esta enfermedad.

En cuanto a la nutrición, se adoptó una forma de terapia alimenticia a base de hígado y vegetales. Se daba el hígado de cualquier animal; si era posible se le daba crudo o ligeramente cocido. El paciente también fue alimentado con muchas verduras. Y esto fue bastante exitoso. El vino de arroz, o sake, resultó ser una excelente medicina. Hubo ejemplos de moribundos que se curaron en el último momento bebiendo una gran cantidad de su sake favorito. La recuperación en casa de los pacientes fue excelente, como quedó claro en muchos casos. No es posible imaginar el valioso descanso y refrigerio que obtienen los pacientes (especialmente en tiempos de caos y confusión) al recuperarse en casa, entre familiares y amigos comprensivos que los cuidan con cariño. Esto es mucho mejor que pasar días aburridos sintiéndose incómodo en algún puesto de primeros auxilios.

Las rondas diarias que realizaba nuestro equipo de relevo para dar este tratamiento eran agotadoras y onerosas. No recibimos ni un centavo por nuestros servicios. Por eso quería al menos regalar a cada una de las enfermeras un par de zuecos de madera.

11) Visitantes en mi cabaña

Se tomó la decisión de reabrir la universidad. El trabajo y la investigación médica comenzaron en los edificios de la escuela pública Shinkozen. Los pocos supervivientes de la bomba se reunieron; y nosotros también bajamos del valle de Mitsuyama y regresamos a nuestra universidad. El 2 de noviembre realizamos un servicio conmemorativo en el que oramos por el descanso de las almas de nuestros 807 compañeros fallecidos.

Me instalé en una pequeña cabaña de hierro galvanizado que me hicieron en Ueno-cho, cerca del centro de la explosión.

La parte trasera de mi cabaña es un muro de piedra, muy práctico porque puedo guardar papeles y otras cosas en los agujeros.

Pero cuando llueve tiene sus inconvenientes.

Mis colegas lo llaman caja. Vienen visitantes de todo tipo. Un día puede ser el obispo. Otro día podría llegar un mendigo. El capellán militar estadounidense me hizo una visita. “¿Es éste tu palacio?”, bromeó. Y mientras recibía la visita de un profesor de una universidad lejana, las autoridades militares me enviaron un par de zapatos viejos, un regalo para una víctima de la guerra, dijeron. Yamamoto y Hamazato, mis antiguos alumnos, regresaron de la guerra. Se sentaron frente a mí en silencio, sin una sola palabra. Sabíamos que si se decía una palabra, estallaríamos en lágrimas. Por fin rompieron el silencio.

“¡Profesor, es una tragedia!”

“Lucharon bien. ¡Gracias! ", dije.

“Es una situación intolerable. Debemos vengarnos. Aunque nos lleve diez años, ganaremos esta guerra.”

“¿Creen que es una tragedia?”

“Sí, así lo creemos.”

“Si perdemos una guerra que deberíamos haber ganado, podemos decir que es una tragedia o que es una lástima. O podemos usar estas palabras cuando todavía tengamos poder militar.”

“Japón no era tan débil. En realidad, no fuimos derrotados.”Todavía tenemos mucho poder militar.”

“¡Eso es extraño! ¿No se ha rendido Japón incondicionalmente? Nos dimos cuenta de que habíamos perdido todo poder para luchar y nos rendimos a las fuerzas enemigas.”

“¡No! Todavía tenemos fuerzas para seguir luchando.”

“Eso es aún más extraño. De hecho, es horrible. ¿Por qué Japón no utilizó todo su poder militar antes de la capitulación? Y cuando nuestro país ha perdido su poder de resistencia, ¿aún conservan ustedes, como individuos, ese poder? Su forma de hablar me recuerda a una familia que ha perdido todo su dinero y está al borde del colapso, y luego el hijo pequeño se jacta de haber escondido su dinero en el banco. ¡Escuchen! Durante la guerra obedecí fielmente a mi país y luché con todo lo que tenía. Nuestra universidad también luchó con la mayor determinación hasta el final. En los ataques aéreos más salvajes acudimos valientemente al rescate de los heridos; Éramos fieles al espíritu de la Cruz Roja. Hasta el momento en que la bomba atómica explotó sobre nuestras cabezas, estábamos dispuestos a ir a cualquier lugar y en cualquier momento para ayudar a la gente que sufría. Es más, siempre fuimos fieles a la misión básica de una universidad: impartir nuestras clases y realizar nuestras investigaciones médicas. Cuando la universidad fue destruida por la bomba atómica, nos mantuvimos firmes en nuestro puesto, sin abandonar la universidad hasta haber hecho todo lo humanamente posible. Nuestros jóvenes continuaron su labor de

socorro con la mayor dedicación y sin rastro de cobardía; eso es algo hermoso, algo espléndido. Y eso es válido incluso si Japón es derrotado; incluso si se demuestra que nuestro motivo para la guerra fue injusto."
"Sí, estamos de acuerdo. Independientemente del destino de nuestro país, es hermoso ver a estos jóvenes con amor por la humanidad entregarse a su deber hasta el final."
"La universidad lo ha perdido todo. Los edificios están totalmente destruidos. La mayoría del personal y los estudiantes han muerto, y los que sobrevivimos estamos lisiados e inútiles, como puedes ver. Mi esposa está muerta; mi propiedad se perdió; mi casa está destruida.
Lo he perdido todo, no tengo nada. Di todo lo que tenía pero fui derrotado. ¿Por qué debería decir que es una tragedia o una situación lamentable? ¿Por qué es lamentable? Nuestra situación actual es como la de un hombre que mira la luna después de la lluvia. Fue una guerra. Perdimos. No me arrepiento."
"Cuando hablas así nos haces sentir avergonzados."
"Y yo también me habría sentido avergonzado; habría sufrido espiritualmente si la capitulación hubiera llegado cuando aún tenía a mi esposa, mis bienes y mi casa. ¿No habría sentido una carga intolerable al ver a mi país en ruinas y a mis compatriotas quemados en sus hogares? Pero cuando reflexiono que con la destrucción de mi país me quedé sin hogar y sin dinero, entonces, en medio de la tristeza, surge en mí un espíritu fresco, de alegría."
"Pero ante nosotros nos vemos forzados a contemplar a un grupo de personas que se alegran mañana y tarde porque se han beneficiado de la guerra."
"Sí, eso es cierto. Ellos son las personas que deben ser aplastadas. La guerra es un negocio para hacer dinero. Esta gente sabe que si hay una guerra cada diez años se harán millonarios. Ellos son unos cerdos. Y es la avidez de dinero, precisamente esto, lo que será la fuente del belicismo en el futuro. Esta es la pandilla que seduce a nuestros jóvenes e inocentes hablando de venganza."
"Realmente son cerdos, que se alimentan a costa del país. Pero, ¿es la guerra un negocio que realmente genera beneficios para la nación?"
"Si ganas, supongo que sí."
"Pero si la guerra se hace para generar ganancias para la nación, ¿se puede llamar justa a esa guerra?"
"No puede haber victoria en una guerra que es injusta a los ojos de Dios."
"Pero durante la guerra orábamos constantemente a Dios. En particular, rezamos al dios de la guerra."
"¿El dios de la guerra? Es un dios creado por el hombre, como el dios que cura la tos ferina."
"No. No me refiero a los dioses que estuvieron en Japón desde la antigüedad."
"Esos dioses fueron creados por nuestros antepasados cuyo conocimiento de filosofía y teología era más primitivo que el nuestro. Hicieron sus dioses según su propósito y luego les pidieron lo que querían. En realidad, esos eran sólo dioses de papel. Y así llegamos a creer en la invencibilidad de nuestro país y en leyendas sobre el viento divino y cosas por el estilo. Estábamos rindiendo homenaje a ídolos muertos."
"¿Crees que nos faltó sinceridad?"
"Para nada. Pero por muy sincero que uno sea, es inútil rezar a seres que no existen. No podríamos hacer frente a personas que no confiaban en dioses creados por el hombre sino en el Dios verdadero."
"Pero así como los japoneses tenemos nuestro propio espíritu, el espíritu de Yamato, también deberíamos tener nuestros propios dioses."

“Si estos dioses son aceptados libremente por el pueblo y no impuestos a punta de espada, ¡sí! Pero su forma de pensar revela una religión que no es más que un nacionalismo primitivo. Fue criticada y juzgada en Roma hace dos mil años.”
“Dejemos esta charla sobre dioses para más tarde. ¿No se dice que la guerra es la madre de la civilización? ¿No supone un gran estímulo para la ciencia? ¡Piense, por ejemplo, en la bomba atómica!”
“Todas estas vidas humanas, toda esta riqueza material, todo este tiempo, toda esta movilización de los poderes de la raza humana... si todo esto hubiera estado dirigido a la paz, habría tenido un efecto mucho, mucho mayor. En cualquier caso, la guerra ya no es un negocio lucrativo…Cuando regresaron del ejército, ¿qué les dijeron sus oficiales?”
“¡Es una desgracia! ¡No se puede evitar! Obedezcan a los estadounidenses por el momento. Pero así como Alemania resurgió de las cenizas de la Primera Guerra Mundial, nosotros también nos levantaremos de nuevo, espada en mano. ¡Esperen y prepárense para ese día! Eso es lo que dijeron.”
“Las estratagemas de los ingenuos sólo terminan en desastre. Rechacen estas ideas por completo. Dígame, ¿tienen estos oficiales alguna experiencia en guerra real?”
“No. Su trabajo estaba en casa."
"Por supuesto. ¡Oficiales que no tienen experiencia en la guerra real! Para satisfacer su propia vanidad, gritan órdenes a jóvenes inocentes y los envían al frente. La guerra real es un asunto cruel. Oh, sí, es hermoso e inspirador recostarse en un sillón y leer literatura de guerra y luego reflexionar: ‘A mí también me gustaría ir al frente’. Pero la realidad es diferente. La censura ha detenido los libros que describen el verdadero rostro de la guerra.
Por supuesto, hay fotografías de las batallas de Yoshitsune. Y hay poemas sobre el general Nogi. ¿Pero dónde está la belleza de la bomba atómica? Si hubieras estado aquí ese día y a esa hora, si hubieras visto el infierno que se abrió en la tierra ante nuestros ojos, si hubieras tenido siquiera un vislumbre de eso, nunca, nunca habrías abrigado el loco pensamiento de otra guerra. Si hay otra guerra, las bombas atómicas explotarán por todas partes y innumerables personas corrientes serán aniquiladas en un instante. No habrá hermosas historias, ni canciones, ni poemas, ni pinturas, ni música, ni literatura, ni investigaciones. Sólo muerte. Así como un hormiguero es aplastado por una apisonadora, así toda la tierra será aplastada por esta guerra. ¿No es una locura para las palabras?”
“¿Quiere decir que Japón ha sido derrotado una vez y para siempre?’’
“Escuchen la palabra de Dios: «La venganza es mía. Yo pagaré». Dios tiene su propia manera de castigar a aquellos que son injustos a sus ojos. La venganza no es asunto nuestro.”
“Bueno, y entonces ¿cuál es nuestro camino para el futuro?”
“Para encontrar un camino, me siento a pensar y meditar en esta pequeña cabaña. Pero hasta el momento no he encontrado respuesta.”
“Me gustaría sentarme en algún lugar y pensar también en este problema.”
“¡Ve a las montañas y medita! Si permaneces en el alboroto de este mundo, correrás en círculos sin encontrar nunca el camino. Te convertirás en el tipo de persona que simplemente patea y grita. Pero las montañas azules son inamovibles y las nubes blancas van y vienen. Miro constantemente estas tres montañas de Mitsuyama y continúo mi meditación.”

Mis visitantes me dejaron con el corazón cambiado. Un profundo silencio descendió sobre mi choza. Escuché a mi hija Kayano, de cinco años, hablar sola. Al salir la encontré haciendo de ama de casa con sus juguetes. La cabeza de una muñeca, algunas botellas,

platos, el marco de un espejo están reunidos sobre una roca chamuscada, Todos sus amigos habían muerto. Ella estaba charlando consigo misma.
“La casa de Kaya-chan era grande, ¿no? Tenía un piso de arriba. Mi mamá estaba allí. Me dio de comer pasteles de mermelada de frijoles. Dormí con una colcha. Teníamos electricidad.”
Me quedé allí en silencio. Kayano siguió hablando de recuerdos, uno tras otro. Mientras ella seguía charlando, cerré los ojos y dentro de mí surgió una visión de una vida que había pasado. Era como la leyenda de un magnífico palacio en el fondo del océano. Abrí los ojos y, como Urashima que habitó en ese palacio durante cien años, vi mi hermoso sueño derrumbarse y desaparecer. Ante mí no había nada más que un páramo árido y atómico. El viento otoñal gemía. Las tejas del tejado parecían llorar.

De repente apareció Ichitaro. Llevaba su uniforme militar con la parte inferior de los pantalones atada a los tobillos. Tan pronto como fue desmovilizado, regresó apresuradamente, para encontrar su ciudad en ruinas y en lugar de su casa un montón de cenizas, mientras los huesos negros y carbonizados de su amada esposa y sus cinco hijos estaban esparcidos aquí y allá. “No tengo ninguna alegría en la vida”, se lamentó.
“¿Quién se alegra cuando hemos sido derrotados en la guerra?”, respondí.
“Supongo que tienes razón. Cualquier japonés podría decir lo que estoy diciendo. La bomba atómica fue un castigo del cielo. Los que murieron eran gente mala; los que sobrevivieron recibieron una gracia especial de Dios. Pero entonces. ¿Eso significa que mi esposa y mis hijos eran personas malvadas?’’
“Bueno, tengo una opinión completamente diferente. De hecho, tengo la opinión contraria. La bomba atómica que cayó sobre Nagasaki fue un gran acto de la Divina Providencia. Fue una gracia de Dios, Nagasaki debe dar gracias a Dios”
“¿Dar gracias?”
“Mira, pasado mañana habrá un funeral en la Catedral de Urakami para las víctimas de la bomba. Como representante de los cristianos, he escrito un discurso que tengo intención de leer allí. ¿Quieres leerlo ahora?” Ichitaro tomó el papel y empezó a leer.
Al principio su voz era vigorosa y fuerte, pero a medida que avanzaba se detenía un momento para reflexionar.
Las lágrimas corrieron por sus mejillas.
Aquí está el texto de mi discurso:

Discurso fúnebre para las víctimas de la bomba atómica

El 9 de agosto de 1945, a las 10:30 de la mañana se celebró una reunión del Consejo Supremo de Guerra en el Cuartel General Imperial para decidir si Japón debía capitular o continuar librando la guerra. En ese momento el mundo se encontraba en una encrucijada. Se estaba tomando una decisión que traería una paz nueva y duradera o arrojaría a la familia humana a más crueles derramamientos de sangre y matanzas. Y justo a la misma hora, a las once y dos minutos de la mañana, una bomba atómica explotó sobre nuestro distrito de Urakami en Nagasaki. En un instante, ocho mil cristianos fueron llamados a las manos de Dios, mientras que en pocas horas las feroces llamas redujeron a cenizas este sagrado territorio de Oriente. A medianoche de esa misma noche la catedral estalló repentinamente en llamas y quedó reducida a cenizas. Y exactamente en ese momento, en

el Palacio Imperial, Su Majestad el Emperador hizo saber su sagrada decisión de poner fin a la guerra.
El 15 de agosto se promulgó formalmente el Rescripto Imperial que ponía fin a los combates y el mundo entero acogió con agrado un día de paz. Este día fue también la gran fiesta de la Asunción de la Virgen María. Es significativo reflexionar que la Catedral de Urakami estaba dedicada a ella, y debemos preguntarnos si esta convergencia de eventos –el fin de la guerra y la celebración de su fiesta– fue mera coincidencia o si hubo aquí alguna misteriosa providencia de Dios.
He oído que la segunda bomba atómica, calculada para asestar un golpe mortal al potencial bélico de Japón, estaba originalmente destinada a otra ciudad. Pero como el cielo sobre esa ciudad estaba cubierto de nubes, a los pilotos estadounidenses les resultó imposible apuntar a su objetivo. En consecuencia, cambiaron repentinamente sus planes y decidieron lanzar la bomba sobre Nagasaki, el objetivo secundario. Sin embargo, se produjo otro problema. Cuando la bomba cayó, las nubes y el viento la llevaron ligeramente al norte de las fábricas de municiones sobre las que se suponía que iba a explotar y explotó sobre la catedral.
Esto es lo que he oído. Si es cierto, los pilotos americanos no apuntaron a Urakami. Fue la providencia de Dios la que llevó la bomba a ese destino. ¿No existe entonces una relación profunda entre la destrucción de Nagasaki y el fin de la guerra? Nagasaki, el único lugar sagrado de todo Japón, ¿no fue elegido como víctima, como cordero inocente, para ser sacrificado y quemado en el altar del sacrificio con el fin de expiar los pecados cometidos por la humanidad en la Segunda Guerra Mundial? La familia humana ha heredado el pecado de Adán que comió del fruto del árbol prohibido; hemos heredado el pecado de Caín que mató a su hermano menor; hemos olvidado que somos hijos de Dios; hemos creído en ídolos; hemos desobedecido la ley del amor. Con alegría nos hemos odiado unos a otros; con alegría nos hemos matado unos a otros. Y ahora, por fin, hemos puesto fin a esta gran y malvada guerra. Pero para restaurar la paz en el mundo no bastaba con arrepentirse. Teníamos que obtener el perdón de Dios mediante el ofrecimiento de un gran sacrificio.
Antes de este momento hubo muchas oportunidades para poner fin a la guerra. No pocas ciudades quedaron totalmente destruidas. Pero estos no eran sacrificios adecuados; ni Dios los aceptó. Sólo cuando Nagasaki fue destruida, Dios aceptó el sacrificio. Al escuchar el clamor de la familia humana, inspiró al emperador a emitir el decreto sagrado mediante el cual se puso fin a la guerra.
Nuestra iglesia de Nagasaki mantuvo la fe durante cuatrocientos años de persecución, cuando la religión fue proscrita y la sangre de los mártires fluyó libremente. Durante la guerra esta misma iglesia nunca dejó de orar día y noche por una paz duradera. ¿No era, entonces, el único cordero sin defecto que debía ser ofrecido en el altar de Dios? Gracias al sacrificio de este cordero se han salvado muchos millones de personas que de otro modo habrían sido víctimas de los estragos de la guerra.
¡Qué noble, qué espléndido fue aquel holocausto del 9 de agosto, cuando las llamas se elevaron desde la catedral, disipando las tinieblas de la guerra y trayendo la luz de la paz! En lo más profundo de nuestro dolor vimos aquí con reverencia algo hermoso, algo puro, algo sublime. Ocho mil personas, junto con sus sacerdotes, ardiendo con humo puro, entraron en la vida eterna. Todos sin excepción fueron buenas personas por las que lamentamos profundamente.
¡Qué felices son aquellas personas que dejaron este mundo sin conocer la derrota de su país! ¡Cuán felices son los corderos puros que descansan en el seno de Dios! Comparados con ellos, ¡qué miserable es el destino de los que hemos sobrevivido! Japón ha sido

conquistado. Urakami está totalmente destruido. Ante nuestros ojos hay un montón de cenizas y escombros. No tenemos casas, ni comida, ni ropa. Nuestros campos están devastados. Sólo ha sobrevivido un remanente. En medio de las ruinas nos encontramos en grupos de dos o tres mirando fijamente al cielo.
¿Por qué no morimos con ellos aquel día, a aquella hora, en esta casa de Dios? ¿Por qué debemos continuar solos con esta existencia miserable?
Es porque somos pecadores. ¡Ah! ¡Ahora ciertamente nos vemos obligados a ver la enormidad de nuestros pecados! Es porque no he hecho expiación por mis pecados que quedo atrás. Quedan aquellos que estaban tan profundamente arraigados en el pecado que no eran dignos de ser ofrecidos a Dios.
Nosotros, los japoneses, un pueblo vencido, debemos recorrer ahora un camino lleno de dolor y sufrimiento. Las reparaciones impuestas por la Declaración de Potsdam son una carga pesada. Pero este camino doloroso por el que caminamos cargando nuestra carga, ¿no es también el camino de la esperanza que nos da a nosotros, pecadores, la oportunidad de expiar nuestros pecados? “Bienaventurados los que lloran porque serán consolados". Debemos recorrer este camino de expiación con fidelidad y sinceridad. Y mientras caminamos con hambre y sed, ridiculizados, castigados, azotados, empapados de sudor y cubiertos de sangre, recordemos cómo Jesucristo llevó su cruz al monte del Calvario. Él nos dará valor.
“El Señor ha dado: el Señor ha quitado. ¡Bendito sea el nombre del Señor!” Demos gracias porque Nagasaki fue elegida para el sacrificio. Demos gracias porque a través de este sacrificio se le dio la paz al mundo y la libertad de religión a Japón. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.
Amén.

Ichitaro terminó de leer y cerró los ojos. Al cabo de un rato habló en voz baja:
“Entonces mi esposa y mis hijos no se fueron al infierno.”
“¡Eso es seguro!”
“Pero, doctor”, prosiguió, “¿qué pasa con nosotros que nos quedamos atrás?”
“¡Usted y yo, los dos, hemos reprobado el examen de ingreso al cielo!”
“¡Reprobamos el examen! ¡Ja! ¡Ja!”’ Juntos alzamos la voz y reímos de buena gana.
Fue como si una pesada carga se nos hubiera caído de los hombros.
“Tendrás que estudiar mucho”, dijo.
“¡De lo contrario no encontraré a mi esposa ni a mis hijos en el cielo! Los que murieron en la guerra hicieron un generoso sacrificio, luchando hasta el final. No debemos quedarnos atrás. Nosotros también debemos sufrir.”
“¡Sí! ¡Sí! Deberíamos empezar de inmediato y reconstruir este desperdicio atómico, el desierto más grande del mundo, este desierto triste, solitario y terrible de cenizas y escombros en el que nos encontramos ahora. Podemos llorar con los huesos de nuestros muertos, pero debemos seguir luchando.”
“Soy un pecador. Sufrir y expiar mis pecados será un gozo. Trabajemos y oremos.”
Y con una cara sonriente Ichitaro me dejó.

12) Las campanas de los residuos atómicos

Inmediatamente después de la explosión atómica se difundió ampliamente la teoría de que la vida no podría sobrevivir en Nagasaki durante setenta y cinco años. Era peligroso, decía la gente, regresar a la ciudad en ruinas. Como habíamos perdido todos nuestros instrumentos de medición, la única manera de encontrar una solución a este problema era observar las plantas y los animales. Esto lo hicimos. Y después de tres semanas en Matsuyama, el epicentro de la bomba, encontramos un enjambre de hormigas, y eran vigorosas y fuertes. Después de un mes encontramos gusanos en grandes cantidades.

Luego encontramos ratas corriendo. Los insectos que se alimentan de las hojas de patatas que se multiplicaron rápidamente en un mes. Y comencé a pensar que si los animales pequeños podían sobrevivir, la vida humana también podía hacerlo.

En cuanto a las plantas, el trigo que había estado expuesto a la explosión atómica rápidamente brotó por todas partes. (Un año más tarde, este trigo maduró al mismo tiempo que el trigo en otros lugares y el grano era aparentemente normal.) El maíz también empezó a brotar en invierno, pero casi no produjo grano. La campanilla de la mañana inmediatamente produjo enredaderas y hermosas flores, aunque las flores eran pequeñas.

En las hojas, sin embargo, había deformidades. A las patatas también le crecieron inmediatamente zarcillos y hojas, pero casi no hubo cosecha. Todos los tipos de verduras verdes eran buenos. Con esta evidencia se refuta la teoría de que no hay vida en el desierto atómico.

Sólo agregué la advertencia de que no se debe traer aquí a niños pequeños, ya que son particularmente sensibles a la radiactividad. En aquellos desechos atómicos el pueblo vivió cuatro etapas de reconstrucción: la etapa de los refugios, la etapa de las chozas, la etapa de las casas provisionales y la etapa de las casas construidas.

La primera etapa, inmediatamente después de la explosión, duró aproximadamente un mes. Durante esta época, la gente vivía en refugios subterráneos. A veces construían un techo en la entrada para poder vivir tanto arriba como abajo. Esta podría llamarse la etapa de los refugiados. También podría denominarse etapa comunitaria porque, al no tener casas, las personas se reunían en grupos vecinales y llevaban una vida en común. Trabajaron juntos en el trato con las autoridades y en la distribución de alimentos. En los refugios había muchos heridos. Pero los pocos que todavía eran fuertes sentían una relación curiosamente profunda entre ellos. Se ayudaban unos a otros y compartían lo poco que tenían. Esta existencia extremadamente pobre era de alguna manera muy hermosa. Podría llamarse etapa perdida o período inconsciente. Los días se dedicaron a preparar comidas y buscar los cuerpos de familiares y amigos.

Era una etapa en la que (lo veo ahora cuando lo recuerdo) la gente no era plenamente consciente de lo que hacía ni de lo que haría. Del segundo al cuarto mes era el período de las chozas. También fue un tiempo de preparación para una nueva vida. La gente había encontrado ahora una razón para vivir. Conocían la suerte de sus familiares y amigos; habían enterrado a sus muertos. Salieron al ayuntamiento; juntaron el dinero que habían ahorrado y dieron el primer paso hacia la reconstrucción. Parientes cercanos, hermanos y primos, se reunieron y, utilizando chapas de hierro y postes chamuscados que quedaron después del incendio, construyeron pequeñas chozas de unos tres metros cuadrados, donde podían vivir en común. En ese momento, la alegría y el alivio de que todavía estuvieran vivos comenzaron a desvanecerse. El elemento de beneficio personal se

introdujo en sus relaciones mutuas y la tranquilidad de su vida emocional estuvo en peligro. Los parientes cercanos, sin embargo, pudieron manejar estos problemas emocionales con bastante facilidad. Pero con el paso del tiempo las chozas apenas podían protegerse de la lluvia, ni podían proteger a tanta gente apiñada en un espacio tan estrecho. Además, los soldados desmovilizados propagaban enfermedades. Ya en el quinto mes era diciembre. Soplaban vientos fríos; caía aguanieve; y se hizo imposible vivir en las chozas. De otros puntos de la ciudad llegaban carpinteros y jornaleros y la gente les daba el material con el que construir. Hermanos y primos trabajaron juntos y uno a uno lograron construir casas provisionales. Primero construirían para el hermano mayor, quien entraría y establecería su residencia. Luego construyeron para su hermano menor y luego para todos los familiares, uno por uno. “Las paredes tenían una capa tosca de yeso y no había un verdadero techo, sólo un techo de paja. Eran como casas modestas de campo. Tenían tatamis en el suelo y contraventanas para protegerse de la lluvia. Eran lugares donde se podía vivir cómodamente. La gente empezó a mudarse a estas casas. Comenzaron a casarse; y las bodas se celebraban a razón de más de diez por semana.Esta fase también podría denominarse etapa de rehabilitación.
El período de reconstrucción final aún está por llegar. Será un período de lujo y sólo será posible cuando Japón recupere su estabilidad económica y espiritual. Actualmente, a pesar de las viviendas toscas y preparadas, los residentes llevan una vida rica y feliz. De hecho, esta vida en casas provisionales entre los desechos atómicos es del mayor valor humano. Mi antiguo profesor, el Doctor Suetsugi, bendijo mi pequeña cabaña y me regaló un pergamino que decía: No tener nada pero poseerlo todo. La persona que ve a Urakami desde la ventanilla de un tren podría pensar que siempre será un montón de cenizas y escombros y que la resurrección es imposible. Pero no es así. Poco a poco la gente va poniendo orden y reconstruyendo sus hogares. Aunque no sea evidente a simple vista, el desierto atómico está generando gradualmente nuevos brotes de vida. Viviendo con una fe profunda y perseverando con valentía, este pequeño grupo de personas, que conocen la felicidad del llanto, sufren para enmendar los pecados del mundo. La gente sin fe no ha regresado. Sólo la fe es la fuerza motivadora detrás de la reconstrucción de Urakami.

Por las noches, como no hay electricidad, me acuesto con mis hijos en brazos.
“¿Qué tamaño tiene el átomo?”, pregunta mi hijo Makoto, que ahora está en cuarto grado.
“Es muy, muy pequeño. Si lo consideramos de forma circular, entonces el diámetro es una cienmillonésima de centímetro.”
"'¡Guau! Entonces no podemos verlo con nuestros ojos. Ni siquiera podemos verlo con un microscopio. Es como un grano diminuto, ¿no?”
“No es un grano. En la escuela aprendiste que la Tierra, Saturno y los demás planetas giran constantemente alrededor del Sol. Puedes imaginar la inmensidad del sistema solar por su diámetro. Bueno, el átomo tampoco es sólido; más bien, en su centro hay un núcleo atómico y, alrededor de éste, los negatrones giran constantemente. El diámetro del camino recorrido por estos negatrones es de una cienmillonésima de centímetro. Y entre éste y el núcleo atómico no hay más que espacio vacío. El diámetro del núcleo es la cienmilésima parte del átomo. Es muy, muy pequeño.”
“¿Pero qué es este núcleo?” “Es como las semillas dentro de una uva.”
“Así es. Dentro del núcleo hay partículas llamadas neutrones y protones. El protón tiene electricidad positiva pero el neutrón no tiene electricidad.”
“Cuando el átomo se divide, ¿qué sucede”

“Algunos de los neutrones o protones se pierden y en su lugar se desata un poder terrible que explota con fuerza tremenda. Esa energía puede convertir fábricas y casas en montones de escombros. Y luego los neutrones y el resto también desaparecen. Una vez que penetran en el cuerpo humano, causan enfermedades atómicas.”
“¡Y la calva del hombre que hace tatamis es causada por estos neutrones!”
“Si un átomo se divide, envía una enorme cantidad de energía. Como en un gramo de materia hay un número incalculable de átomos, si un gramo explota, el resultado es terrible.”
Pero, ¿hay algún uso para los átomos además de la bomba?”
“Si, en lugar de esta explosión instantánea, podemos dividir el átomo gradualmente y controlarlo, entonces la energía atómica moverá barcos, trenes y aviones. No necesitaríamos carbón, petróleo o electricidad. No necesitaríamos máquinas grandes.
¡Qué feliz podría ser la familia humana!”
“¡Guau! ¡De ahora en adelante todo se hará con energía atómica!”
“Sí, estamos en la era atómica. Mirando hacia atrás en la historia, vemos que la raza humana ha ido pasando progresivamente por la Edad de Piedra, la Edad del Bronce, la Edad del Hierro, la era del carbón, la era del petróleo, la era de la electricidad, la era de la radio. Y este año hemos entrado en la era atómica.”
“La era atómica. ¡La era atómica!” Murmurando estas palabras, los niños se quedan dormidos. Debajo de nosotros los insectos chirrían y cantan.

¿Será feliz la raza humana cuando entre en la era atómica? ¿O será miserable? Dios escondió dentro del universo una espada preciosa.Primero, la raza humana percibió el olor de este terrible tesoro. Entonces empezó a buscarlo. Y finalmente lo agarró en sus manos.
¿Qué tipo de danza realizará mientras blande esta espada de dos filos? Si utilizamos bien su poder, supondrá un tremendo salto adelante en la civilización humana; si lo usamos mal, destruiremos la tierra. Cualquiera de estas alternativas se puede tomar de forma bastante sencilla. Y girar a la izquierda o a la derecha está confiado al libre albedrío de la familia humana. La raza humana, con este descubrimiento de la energía atómica, ha captado ahora la clave de su destino futuro: una clave para la supervivencia o la destrucción.
Este es un pensamiento realmente terrible. Yo mismo creo que el único camino para el uso adecuado de esta clave es la religión auténtica.
Los insectos chirrían y cantan. Estoy en la cama con Kayano en mis brazos. Sigue buscando los pechos de su madre, sólo para descubrir que está con su padre. Ella comienza a sollozar suavemente. Entonces su respiración me dice que ha caído en un sueño profundo, que no estoy solo en este sufrimiento. Esta noche, en estos desechos atómicos, ¡cuántos huérfanos lloran! ¡Cuántas viudas lloran! La noche es larga pero mi sueño es corto. Mis sueños se van volando mientras la luz blanca de la mañana se filtra por las rendijas de las contraventanas, “¡Dong! ¡Dong! ¡Dong!’ ¡Las campanas están sonando! Éstas son las campanas del Ángelus que suenan y nos avisan que ha llegado el amanecer. Bajo la dirección de Ichitaro, Iwanaga y los jóvenes de Honno desenterraron esas campanas a metros de la torre de la catedral, y no estaban rotas.
La noche de Navidad, Iwanaga y sus compañeros los alzaron y los tocaron mañana, mediodía y noche hasta que resonaron: “El ángel del Señor declaró a María.”
Makoto y Kayano saltaron de la cama y, sentados en la manta, dicen “¡Dong! ¡Dong! ¡Dong!” ¡Qué querido sonido de esas campanas!—repitiendo el mensaje de paz y sus bendiciones.
Estas son las campanas que no sonaron durante semanas y meses después del desastre.
¡Que nunca más haya un tiempo en el que no suenen! ¡Que resuenen este mensaje de paz hasta la mañana del día en que se acabe el mundo! ¡Hombres y mujeres del mundo, nunca

más planeéis la guerra! Con esta bomba atómica, la guerra sólo puede significar el suicidio para la raza humana.
A partir de estos residuos atómicos el pueblo de Nagasaki se enfrenta al mundo y grita: ¡No más guerra! Sigamos el mandamiento del amor y trabajemos juntos. El pueblo de Nagasaki se postra ante Dios y ora: Concede que Nagasaki sea el último desierto atómico de la historia del mundo.
Las campanas siguen sonando. “Oh María, sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a ti.” Makoto y Kayano hacen la señal de la cruz mientras terminan sus oraciones.